

LAS MONTERÍAS

EN

Sierra Morena

á mediados del siglo XIX.

LAS MONTEÑAS

Montañas

Es propiedad del autor.

XIX siglo del siglo XIX

LAS MONTERÍAS

EN

SIERRA MORENA

á mediados del siglo XIX



NARRACIONES DE CAZA

escritas por

D. Pedro de Morales Prieto



VALLADOLID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL COLEGIO DE SANTIAGO.

1904.

Las Monterías
EN
SIERRA MORENA
á mediados del siglo XIX.

I

EN la antes villa y hoy ciudad de Arjona, de la provincia de Jaén, ha habido siempre gran entusiasmo por las monterías, y muchos de sus buenos habitantes se han distinguido en todas épocas por su destreza en el tiro de escopeta, su resistencia en las fatigas, su sobriedad, y su afición sin límites á tirar reses, y en general á toda clase de caza. Verdad es que la proximidad á la sierra, y tener en ella propiedades algunos de los aficionados, ha sido un gran aliciente para ejercer la afición y mantener latente el deseo de que menudearan las expediciones.

Como para lograr la caza de reses se necesita buena cantidad de perros de acreditada fiereza, resistencia y olfato, y la manutención de éstos es cara, muchos aficionados se decidían á sostener una pareja ó collera de podencos, que en un momento dado se reunían bajo la dirección de un hábil podenquero, y se formaban jaurías, realas ó recovas que aseguraban el éxito de las expediciones.

Generalmente estas realas improvisadas se formaban bajo la base de otras que ya había organizadas en el pueblo; así es que las colleras independientes, al reunirse á los núcleos ya formados, no hacían más que reforzarlos; y como aquéllos habían, en lo general, hecho campañas con los perros de las realas con quienes se unían, y estaban habituados al trato de los podenqueros, no les era difícil entrar en la disciplina, y desde el mismo momento que se verificaba la unión, se establecía la unidad más perfecta entre todos.

El perro predilecto para la caza de reses en Sierra Morena, ha sido siempre el podencó; y se ha notado en todas ocasiones, que mientras es más fino y mejor enrazado, mejores resultados ha dado. En la actualidad han sufrido las realas una transformación grandísima. Hoy día la constituyen perros podencos cruzados con mastines, alanos, mastines de pura raza, bulldoks, y, por rara excepción, alguna collera de podencos finos.

Las antiguas realas de solo podencos finos

se utilizaban no sólo para la caza de reses, sino también para la de conejos y liebres, y cada una tenía un perro amaestrado y de mayor poder que los demás, que se llamaba *el quitador*, que ordinariamente no cazaba, é iba cerca del podenquero atento siempre á la labor de sus compañeros, y en cuanto se percataba de que éstos cogían un conejo ó liebre, acudía velozmente al sitio de la captura, cogía la caza y la traía gallardamente á su dueño.

En ciertas ocasiones suele el quitador librar batalla con los demás perros que se encuentran en la muerte de la pieza, pero ordinariamente sale victorioso; y si alguna vez se vé comprometido, acude el podenquero y le ayuda á dejar bien puesta la subordinación. Sin embargo, se han dado casos de que los demás perros de la reala hayan despedazado al quitador en los momentos de querer éste arrebatárles la caza, y se haya encontrado lejos el podenquero para auxiliarle en la lucha; pero estos casos son muy raros.

En la actualidad los perros de las realas no se emplean más que para la caza de reses, y es causa de diversión ver cómo, por casualidad, cogen un conejo y se lo engullen, sin entretenerse siquiera en mascararlo.

Dentro de las realas se clasifican los perros, entre ellos mismos, por orden de poder, no sin librar antes luchas, que á veces suelen ser sangrientas y decisivas. El que más puede es el

quitador y el amo de la voluntad de los demás, incluso de las hembras. Esta condición es inherente á todas las colectividades formadas de animales, sin excluir á las aves, que son, tal vez, en donde más se acentúa.

El que sigue en poder al quitador es su rival más implacable y el jefe de la camarilla enemiga de aquél. Dicho rival está siempre acechando la menor muestra de debilidad de su superior, y en cuanto cree obtener alguna ventaja sobre él, le acomete fieramente. El poder del quitador es absoluto, y para sostenerlo en toda su pujanza, castiga con frecuencia á los demás perros, hasta conseguir que se le rindan á discreción. Ordinariamente no suele el quitador ir de montería, por lo mucho que se expone á los colmillos de los jabalíes.

Se ha probado en Sierra Morena llevar en las reales perros sabuesos de la montaña de Santander; pero no han dado resultado. En cierta ocasión concurrió á una montería una collera de estos perros criados en Renedo de Piélagos y educados en las montañas de Cabuérniga, y en el primer portillo que batieron se precipitaron tras de un venado, y no volvieron á parecer más, encontrándolos muertos á los pocos días unos ganaderos en la orilla de un arroyo.

En cambio el podenco fino de las islas Baleares ha dado unos resultados satisfactorios. El duque de la Torre llevó á Arjona una collera de éstos, que se llamaban Mahón y Mola, que deja-

ron en las monterías del Socor muy alta su justa fama, y fueron la base de la excelente raza que aún se conserva en el pueblo, aunque muy cruzada.

Los perros de las realas, en cuanto termina la temporada de caza, que suele ser á fines de Mayo, se dispersan en los cortijos y caseríos de sus propietarios, y allá pasan el verano cuidando las eras y distrayendo sus ocios persiguiendo á las liebres del contorno y destruyendo nidos de perdiz y de toda clase de aves. El quitador, las perras y algunos cachorros, suelen quedar en la casa del dueño, y se entretienen *hueseando* por las calles y aprovechando descuidos de las cocineras de la vecindad. Los que veranean en los cortijos se alimentan con su ración de pella de harina de cebada, y los que lo hacen en el pueblo, con una libra de pan de harina de trigo revuelta con harina de centeno.

Los podenqueros se dedican en esta temporada de holganza á la faena de la labor ó á los quehaceres domésticos de la casa de sus dueños; pero no pierden de vista á sus perros, y cuidan de irlos reponiendo con los cachorros que nacen en el año y con otros perros de reconocida bondad y facultades.

Dichos podenqueros, respondiendo á su ruda misión cinegética, son jóvenes, de estatura media, anchos de pecho y de hombros, ágiles para trepar por toda clase de terrenos, sobrios en la alimentación, incansables en las fatigas, y

tienen bien puesta la afición, no sólo á la caza, sino también en lo que se refiere al cuidado de los perros de su reala. Están dotados de valor personal para no escasear su presencia en los momentos de peligro, y conocen algunas fórmulas y remedios que utilizan para curar á los perros sus enfermedades y heridas.

Constituye su traje un terno de estezado, delanteras, polainas y abarcas de cuero, sombrero de fieltro y un capote de monte para abrigo. Sus armas son un retaco de un cañón de pistón y una hijuela; y su equipo un morral de cuero, una canana, un frasco de cuerno en donde lleva la pólvora para las salvas, y un caracol grande con el que llama á sus perros.

En Sierra Morena se hace una división convencional del personal que concurre á una expedición de caza, y en el momento de figurar en ella, pierde uno su personalidad para convertirse en escopeta *blanca ó negra*, según su calidad. Las blancas son los *señoritos* y los convidados, y las negras los *cucones*, ó gente de sierra que se contrata para el servicio de la expedición, gente muy práctica y de gran habilidad en el tiro de escopeta, que conoce al dedillo todas las veredas y vericuetos de la sierra, y que tiene siempre abierta cuenta corriente con la Guardia civil; no porque sean de instintos criminales, sino porque se dedican á ser cazadores furtivos, y este oficio tiene sus quiebras con la Benemérita y los guardas de las *dehesas*.

Se llaman *cucones*, porque se valen del canto del cuco para darse avisos y señalar la aproximación de las piezas de caza; y suelen imitar tan perfectamente el canto de dicha ave, que á las citadas piezas, aunque sean mayores, no les produce recelo ni escama el oírlo.

Entre las escopetas negras, merece párrafo aparte y descripción minuciosa una, que es el jefe técnico de la expedición y que se llama el *postor*. Es un personaje importantísimo, de cuya competencia depende muchas veces el éxito de las expediciones.

Conocedor al detalle del terreno que se ha de montar, es el que pone las escopetas en los puestos, é indica á los podenqueros los puntos por donde han de entrar batiendo con los perros y las horas precisas en que deben ponerse en movimiento. Es el que asesora á los expedicionarios sobre los terrenos que conviene cazar, y ultima los detalles á fin de que las batidas resulten fructuosas. Es el jefe, digámoslo así, de las escopetas negras y de los podenqueros, el que preside sus comidas, el que utiliza sus servicios según las facultades especiales de cada uno, y el que resuelve las cuestiones que se suscitan entre ellos, aun las más enojosas.

El postor calcula el tiempo que ha de invertirse para llegar al puesto de la primera escopeta y el que se emplea para hacer la postura de las demás, así como el que necesitan los podenqueros para tomar posiciones en los límites opues-

tos del ojeo, y con arreglo á sus cálculos, que siempre son exactos, pone con oportunidad á la gente en movimiento, instruye á los podenqueros respecto al camino que deben seguir, y localidades que con más empeño se han de reconocer, y comisiona algunos hombres de su confianza para que cubran puestos importantes y difíciles, y concierta con los guardas y el jefe de la expedición el punto de reunión para después de terminado el ojeo.

En las marchas va siempre delante sirviendo de guía, con la vista fija en el suelo para observar los rastros de las reses, y cuando encuentra alguna huella de ellas se detiene, é instantáneamente deduce, por una simple observación, la clase de res que la ha producido, su magnitud, sexo, el tiempo que hace pasó por el punto observado, si iba al paso ó corriendo, y el punto donde probablemente se habrá echado. Todo esto lo hace en un momento, pero sus observaciones, aunque rápidas, no pasan inadvertidas á los expedicionarios, y contribuyen á enardecer los ánimos y concebir halagüeñas esperanzas.

El postor es hombre de buena memoria, y en breve tiempo aprende los nombres y apellidos de los expedicionarios, sus condiciones como tiradores, si son prácticos ó novatos en la afición; y con arreglo á las condiciones de cada uno, lleva ya hecha su composición de lugar y asignado en su mente el puesto que le reserva en el ojeo. Así es que al llegar á uno de dichos luga-

res, se detiene, y dirigiéndose á la persona que debe ocuparlo, le invita á hacerlo en esta lacónica forma:

—D. Antonio, ó D. Juan; aquí se queda usted. Déjelas cumplir hasta tal parte, que indica, y cuando se concluya el portillo, marche donde se han quedado las bestias, ó espere á que yo venga á recogerlo.

Algunas veces corta ramas de romero ó brezo y las pone para que sirvan de asiento á la persona que va á ocupar el puesto; pero esto es una distinción que sólo tiene con personas de mucha autoridad y de grandes respetos.

Las armas que han usado los cazadores de calidad hasta la séptima decena del siglo xix para la caza de reses, han sido escopetas de dos cañones de antecarga, de fabricación española, belga ó inglesa. Por los años 1866 al 70, empezaron á usarse escopetas Lefauchaux de dos cañones, calibres 16 y 12, que ordinariamente adquirían en casa de Arenas, célebre armero que tenía su establecimiento en Madrid en la subida de Santa Cruz; cuya casa surtía también á los cazadores de excelentes pólvoras y cártuchos, así como de todos los utensilios propios para ejercer la afición.

Mucho trabajo costó á los verdaderos aficionados entrar por las armas de retrocarga y abandonar las de antecarga, de tan grata y gloriosa memoria, y si al fin se decidieron por el nuevo sistema, fué por grados, adquiriendo primero

una Lefaucheux de un cañón, que la tenían como arma complementaria y de lujo, que sólo usaban para tirar caza menuda, y para disparar á las reses un tercer tiro.

Generalmente los cazadores de reses cargaban el cañón derecho de sus escopetas con dos balas esféricas *encadenadas*, y el izquierdo con una. Las balas se encadenan ó unen vaciando con una navaja un pequeño casquete esférico en cada una de ellas, y poniendo ambas incisiones en contacto y dándoles después, con fuerza, una media vuelta como si se atornillasen, quedan los proyectiles unidos y así entran en el cañón.

Algunos cazadores cargaban el cañón derecho con tres balas esféricas encadenadas y el izquierdo siempre con una, mientras que otros preferían cargar ambos cañones con sólo una bala esférica bien calibrada. Estos últimos nos parece que estaban en lo cierto.



II

VORRÍA el año 1864; época feliz en que España, á raíz de una guerra victoriosa, se encontraba en su mayor prosperidad. En dicha época existían en Arjona, entre otros muchos, dos caballeros, que por su esclarecida prosapia, su desahogada posición social y su afición á la caza, constituían, digámoslo así, la base de cuantas expediciones de montería se organizaban en aquel tiempo. Se llamaba el uno D. Diego Manuel de Alférez, y el otro D. Francisco Talero; y nombro á D. Diego antes que á D. Francisco, á pesar de ser éste último de mayor edad que el primero, para clasificarlos así según sus grados de afición.

Contaba D. Diego en la época á que nos referimos unos cuarenta y cinco años, y á juzgar por su continente, agilidad y energías, bien podría atribuírsele la edad de Cristo. De elevada estatura y de hercúleas formas, podía dar una idea, con su presencia, de lo que serían los soldados de Viriato, los almogávares y los coraceros de Napoleón *el Grande*. Mayorazgo andaluz de principios del siglo, se crió y educó en el ambiente que presidía en la sociedad que le vió

nacer, y siguiendo los derroteros que le trazaban la tradición y las costumbres, pasó su vida á caballo y cazando en Sierra Morena.

Era de trato agradable, refería con mucho gracejo los episodios de caza; era cazador y tirador á la vez. Tenía conocimiento exacto del terreno donde se efectuaban las expediciones, y estas circunstancias le hacían tener gran autoridad y ascendiente sobre la indomable y medio salvaje gente de la sierra.

Tenía una reala de catorce á diez y seis perros podencos finos, dirigidos por un podenquero que llamaban Barrerilla, que era la admiración de la sierra, lo mismo para cazar conejos que reses. Entre los perros había una collera que se llamaban Unión y Liberal, que hicieron época, y un quitador que le llamaban Hidalgo, que era de primerísima. También formaba parte de la reala una perra que atendía por Curiosa, que fué la madre de los canes ya descritos, y la *ilustre* abuela de otros no menos célebres, que se llamaron Gambeta, Artillero, Verdugo, etc.

Montaba D. Diego un buen caballo tordo de gran alzada y de excelentes remos, que estaba identificado con su amo en lo que respecta á la afición á la caza. Noble animal, que lo mismo andaba por las carreteras que por los vericuetos más intrincados de la sierra, sin dar un tropezo ni recelarse de nada, y que en soltándole la cadenilla de barbada, lo mismo comía monte que los pastos más apetitosos al ganado caballar,

teniendo además la estimable cualidad de permitir que su amo disparase la escopeta montado en él, con la misma confianza y seguridad que si la disparara pie á tierra.

Las armas que usaba D. Diego era un buen cuchillo de monte fabricado en Albacete, y una escopeta inglesa de dos cañones calibre 16, de antecarga, con la cantonera, guardamonte y trompetilla de la baqueta de metal dorado. Era un arma muy bien concluída y que llamaba la atención, no sólo por el metal de sus guarniciones, sino también por la delicadeza del cincelado de sus piezas, especialmente el de los dos percutores, que representaban dos leones admirablemente modelados.

Esta escopeta la cargaba con tres balas esféricas encadenadas en el cañón derecho, y con una en el izquierdo; y cuando iba á caballo la llevaba siempre terciada sobre el arzón de la silla, con las bocas de los cañones hacia la izquierda. También llevaba en el costado derecho de la grupa, colgada de una anilla, una caldereíta de cobre sujeta por el asa á una cuerda larga, que le servía para beber agua en los arroyos y pozos, sin necesidad de apearse del caballo.

El traje que vestía nuestro D. Diego en sus expediciones de montería, era el más usado de los que ordinariamente se ponía en el pueblo, pues no era partidario de tener un traje especial para la caza, á cuyo traje agregaba un pañuelo de seda que se ponía en la cabeza bajo el som-

brero de fieltro y de anchas alas, á usanza de los contrabandistas gaditanos; y por todo abrigo, un buen capote de monte y una manta morellana.

D. Francisco Talero era un señor ya sexagenario, pero todavía con fibras y energías para alternar dignamente en todas las expediciones de caza. Tenía decidida afición á las monterías, y por tirar una res era capaz de soportar las mayores penalidades. Aunque no tan buen tirador como D. Diego, mataba las reses con bastante maestría, y tenía conocimiento exacto de la sierra y de sus habitantes. Usaba una buena escopeta belga de antecarga, de dos cañones, calibre 16, ó que calzaba bala de á onza, como entonces se decía, y cargaba el cañón derecho con dos balas encadenadas y el izquierdo con una.

Era muy esmeroso en el cuidado de su escopeta y partidario del principio cinético de que «no es tan reprehensible que un cazador yerre una res, como el dejarda de tirar porque no dé fuego la escopeta»; y así, para que la suya estuviera siempre en buenas condiciones de disparar, ponía sobre los pistones un pedacito de paño, que sujetaba haciendo descansar sobre él los percutores, y que quitaba cuando se estacionaba en el puesto.

Montaba una jaca castaña de poca alzada, de buenos remos y de excelentes condiciones, y vestía sus trajes ordinarios más usados. Era D. Francisco una excelente persona, muy benévolo y complaciente; siempre estaba de buen

humor y alternaba con la gente joven aún en las bromas más pesadas. Únicamente tenía un defecto, y era que roncaba horriblemente, y en cuanto se quedaba dormido, era cosa de ponerse algodones en los oídos, porque no había ser viviente que lo aguantase, ni aun los perros; pero como en la sierra se acuesta uno rendido, y ordinariamente se queda dormido antes de que caiga la cabeza en la almohada, no eran sensibles los ronquidos de D. Francisco más que para los trasnochadores y para los que se acostaban después que él.

Tenía una bonita reala de diez y ocho podencos finos, que regentaba un buen podenquero que llamaban Juan Acebes, y entre los perros había dos que atendían por Fandango y Pilatos, que eran de primera. Estos perros estaban perfectamente hermanados con los de D. Diego Manuel, y juntos monteaban y adquirieron el justo renombre que no se borrará jamás de la mente de los antiguos aficionados.

Tales son los retratos de las dos personas más importantes, en materia de caza, que han de figurar en nuestras referencias cinegéticas, y que eran factores comunes á todas las expediciones de montería que se organizaban y realizaban en la época que hemos citado; pero no podemos pasar en silencio la descripción de otro, no menos importante, que si no concurría á todas las monterías por efecto de sus quehaceres, figuraba en muchas de ellas desempeñando papeles impor-

tantes. Tal es la simpática personalidad de don Sebastián de Lara.

Este apreciable señor era aficionadísimo á las monterías y mataba las reses y toda clase de caza con singular maestría. Tenía un carácter dulce, conciliador y festivo, y era un hombre hábil para todo. Si se trataba de agricultura en todas sus partes, nadie como él sabía dar la solución más acertada y práctica á todos los problemas que le presentaban. Si de arboricultura, podía ser maestro en este ramo, y pocos le aventajaban en echar injertos de todas clases, podar una cepa y arreglar un olivo. Si de ganadería, él conocía todas las razas de los diferentes animales que utiliza el labrador, sus cualidades más recomendables y sus rendimientos más positivos.

En la caza no digamos nada. Sabía imitar el canto de algunos pájaros y la chilla de los conejos, y desde la caza de pajarillos con liga, hasta la de reses en Sierra Morena, se hacía notar por su maestría, y por el entusiasmo y gusto que revelaba al realizarlas.

Lo minucioso y detallista que era en sus cosas, y la paciencia que demostraba en todos los actos de su vida, aparte de la confianza absoluta que inspiraba á todos los que le trataban, hacía que en las monterías se le eligiera por aclamación dispensero y encargado del ható, y á la vez administrador, pagador y representante de la sociedad. Y téngase en cuenta que estos múltiples cargos no se ejercen así como se quiera,

pues exigen un carácter especial y gran dosis de habilidad para tratar con la gente de sierra y para atender á los muchos servicios que lleva tras de sí una montería. D. Sebastián los atendía con gran solicitud, y se creía muy recompensado con las justísimas alabanzas que le prodigaban sus compañeros y con la compasión que les inspiraba siendo víctima del dolor de estómago, que sufría con frecuencia, y de los ronquidos atronadores de D. Francisco Talero, que le privaron de no pocas horas de sueño.

D. Sebastián de Lara era de estatura media, fornido y ágil. Montaba una yegua negra de condiciones excelentes y vestía en las monterías sus trajes ordinarios más usados. Tenía una escopeta de antecarga de dos cañones, de fabricación española, con los muelles de las llaves al exterior, y cargaba ambos cañones con una bala esférica.

También son dignos de mencionarse otros personajes que concurrían con frecuencia á las expediciones de montería; pero de éstos nos iremos ocupando conforme vayan entrando en escena.



III

Las primeras expediciones de montería á Sierra Morena se realizan siempre en el otoño, después que las lluvias refrescan la atmósfera, fertilizan el suelo y hacen correr los ríos y arroyos, que ordinariamente se encuentran cortados desde Julio y estancadas sus aguas en los pozos y tablas de sus lechos, produciendo su inacción y el calor estival evaporaciones peligrosas para la salud. Los cazadores ven caer las primeras aguas con singular complacencia, y les incitan á preparar sus armas y pertrechos para utilizarlas en la primera campaña.

Una mañana de los últimos días de Octubre de 1864, en que llovía á canal tendida, y por cuyo motivo se hallaba muy concurrido el casino de Arjona, titulado «Sociedad de Labradores», se presentaron en sus salones D. Diego Manuel de Alférez y D. Francisco Talero, y sacando el primero del bolsillo un pequeño caramol, lo hizo sonar con gran energía, produciendo en los concurrentes el mayor entusiasmo.

Este toque, que fué secundado por los aullidos de dos perros que acompañaban á dichos señores, era el reclamo más elocuente y la invi-

tación más expresiva para la organización de la primera montería. Así es que al oírlo los aficionados, rodearon en seguida á D. Diego y en un momento se formó la lista de los expedicionarios, figurando en ella, además de D. Diego y D. Francisco, D. Sebastián de Lara, D. Antonio Luis Cardera, el cura Pérez, D. Manuel Bellido y D. Pedro Herrera; conviniendo todos en el acto nombrar administrador de la montería á D. Sebastián de Lara, y en reunirse aquella misma noche, á primera hora, en casa de este último, para tratar de la organización y ultimar los detalles de la montería.

Pero antes de acudir á la reunión, bosquejaremos á los señores expedicionarios que deben concurrir á ella, y que aún no han sido presentados á nuestros lectores.

D. Antonio Luis Cardera era un joven muy alto, ¡pero muy alto! y al propio tiempo muy delgado. Cuando vestía de levita y sombrero de copa, se asemejaba á un palo de telégrafo, y cuando permanecía sentado, parecía un hombre de estatura media. Lo que indica que tenía unas piernas excesivamente largas y un cuerpo pequeño con relación á aquéllas.

Cuando se talló al entrar en quintas, ascendió su estatura á un metro ochocientos cincuenta milímetros, y al verle una gitana bajar de la plataforma de la talla, muy satisfecho de la cifra que había cantado el medidor, se dirigió á él y le dijo muy admirada:

—¡Zeñó! ¿ha sido sumercé crio en umbría?
¡Hay Jezús!! ¡Si parece sumercé dos cuartos de
guita bien despachaos!

Lo que provocó la hilaridad de los señores del Ayuntamiento y de todos los concurrentes al acto, pues la verdad es que la gitana retrató bien su físico en cuatro palabras.

Era aficionadísimo á la caza. Tiraba regularmente y tenía una reala de unos ocho ó diez podencos finos, que regentaba su paje en las monterías.

Tenía un carácter alegre, pero absorbente, que hacía que en muchas ocasiones tuviera rozamientos y piques con sus compañeros de caza, cuando éstos no se amoldaban á sus proposiciones. Pero era hombre bien educado y razonable, y estas buenas cualidades neutralizaban sus defectos, y las cuestiones que ocasionaba pasaban como nubes de verano. Tenía una escopeta de dos cañones de retrocarga, de un sistema especial que hacía que se cargase con cartuchos de papel. Fué la primera arma de retrocarga que se presentó en el pueblo.

Montaba un caballo negro con grandes manchas blancas, que se asemejaba á una urraca, y cuando iba en él montado, parecía un quebrado impropio, pues realmente era el numerador mayor que el denominador.

El señor Cura, D. Manuel Pérez, era un venerable sacerdote, ya de edad madura, que tiraba magistralmente con una escopeta de un cañón

de antecarga, de aquellas antiguas de Bustinduy. Tenía la afición bien puesta, y su mayor delicia consistía en tirar una res á la carrera y muy enmontada, para vanagloriarse después de haberla muerto en difíciles condiciones. Tenía mucho amor propio en lo que concernía á su indiscutible habilidad en el tiro, y no podía resistir que se alabara delante de él á otro cazador, sin que antes se salvase su honorable personalidad. Con D. Diego Manuel tenía mucha emulación. Montaba una mula de paso de buenas condiciones.

D. Manuel Bellido era de dulce y complaciente trato. Tiraba bastante bien, y había que buscarle puestos despejados, porque era bastante sordo y no se apercibía de la llegada de las reses, si éstas venían *de buenas* y enmontadas. Era un buen compañero de caza y faltaba á pocas expediciones. Fumaba más que un tudesco, y sus goces principales estribaban en matar una res y en bromear á sus compañeros, especialmente á D. Antonio Luis Cardera. Montaba una jaca negra muy resistente y á propósito para andar por la sierra, y disparaba con una buena escopeta de dos cañones de fabricación española.

D. Pedro Herrera era un joven oficial del ejército, que por primera vez concurría á una expedición formal de caza mayor. Siendo casi un niño mató una marrana jabalí en la dehesa del Peral, en circunstancias excepcionales, y

esto le hizo adquirir tal afición á las monterías, que jamás se le ha entibiado. Tiraba bastante mal, y se metía en los puestos de reses con una escopeta de un cañón de antecarga, una carabina Minié, un rewólver, un cuchillo de monte y un machete; queriendo así neutralizar los defectos de su puntería, con el exceso de armas para matar las reses. Por este motivo, le llamaba D. Francisco Talero, D. Pedro Espetera.

Montaba en las expediciones una yegua negra, que á pesar de dar diez tropezones por minuto, se mantenía siempre sobre ella en equilibrio estable, y sólo manifestaba su contrariedad dirigiéndole á la cabalgadura esta sentida reconvención: «Yegua, no me des disgustos». Cuyas frases, al oirlas sus compañeros y comprender la causa por que D. Pedro las profería, volvían todos la cabeza para ver si se había estrellado; pero siempre quedaban chasqueados.

Tenía un carácter alegre y expansivo; un estómago capaz de digerir los cantos rodados del río Jándula, y lo mismo dormía en el duro suelo que en la cama mejor mullida. No tenía jamás penas, y si alguna vez le asaltaban contrariedades, las ahuyentaba componiendo aleluyas alusivas á los casos.

En cuanto dió la Oración, empezaron los alistados á presentarse en la casa de la cita, muy embozados en sus capas, más por el agua que caía que por conjurar el frío; y con exac-

titud militar, se encontraban á los pocos momentos sentados todos en la cocina alrededor de una buena lumbre, saboreando empanadas de carne con tomate, algunas golosinas y un exquisito vino blanco de Albaida de la cosecha de D. Sebastián, extraído sin duda de uno de aquellos doce famosos toneles que tenía en su bodega y que se llamaban Los Apóstoles. Porque Don Sebastián era muy obsequioso con sus amigos, y el que entraba en su casa, no salía de ella sin llevar en el estómago alguna muestra de su esplendor.

D. Diego tomó la palabra y después de breve discusión, se convino por unanimidad en que la montería saldría de Arjona al amanecer del primero de Noviembre, y que ésta duraría una semana, contando el día de ida y el de la vuelta, estacionándose el hato, tres en la Choza de la dehesa de Montealegre, y dos en la casa de Juanico Navarro de la Centenera, para desde ella montar los valles.

Se decidió ajustar la recua de un arriero para llevar las vituallas, que consistían en buena cantidad de pan para las personas y los perros; aceite, vinagre, tocino, jamón, arroz, garbanzos, bacalao, patatas, sal, aliños y aguardiente. El vino era cosa de lujo, y no se bebía más que en casos muy extraordinarios, y para eso se hacía llevar de las viñas de la Centenera. También conducía la recua el pienso para las caballerías, las camas ó petates de los expedicionarios, las

municiones y el tabaco para los monteadores y escopetas negras; una gran sartén, un buen puchero de hierro, una alcuza de hoja de lata, y un amplio dornillo ó fuente honda de madera.

El tabaco y las municiones particulares de cada cazador de la Sociedad las llevaban consigo sus dueños respectivos, transportando cartuchos de bala en algunos de los senos de la canana, y en los restantes balas sueltas, perdigones y pistones. También llevaban en los bolsillos de la canana yesca de manzanilla, eslabón y piedra de encender, sacatrapos, un botecito con árnica, tafetán inglés y algunas pequeñas vendas para curar heridas de poca importancia. Además llevaba cada cazador en los bolsillos de sus prendas de vestir, una cuchara de palo de enebro ó de boj, una navaja, una bolsita de paño llena de buena pólvora de Granada, y dos agujas ensartadas con hilo blanco y negro, que se prendían detrás de las solapas de la chaqueta.

La cama de cada cazador la constituía una almohada y dos buenas zaleas, que se colocaban encima de las haldas de paja que se llevaban para el ganado, y se formaban cómodos lechos en donde dormían los expedicionarios arropados en sus mantas, que transportaban los caballos. En los primeros días de expedición, eran bastante cómodas estas camas; pero conforme se iba gastando la paja, disminuía el confort, y concluía por quedar de colchón sólo la tela de los embases. Entonces se recurría á llenarlos de

cogollos de romero y de otras plantas olorosas, y se dormía en una cama, que si bien no era muy mullida, por lo menos era higiénica.

Algunos cazadores solían llevar camas de campaña; pero eran los menos. También llevaba cada cazador un morral de caza, en donde transportaba el tabaco y las municiones de respeto; cuyo morral junto con la almohada y alguna ropa y calzado, se liaba en las zaleas y se formaba un pequeño bulto de fácil transporte.

Cada cazador de los asociados llevaba á su servicio un criado, que ordinariamente era cazador de oficio ó aficionado á la caza, ó tenía aptitudes para desempeñar los servicios de la montería. Estos iban armados, hacían las jornadas á pie, atendían á sus amos y á los demás señores de la montería, y eran pagados por sus dueños respectivos. El administrador de la expedición utilizaba los servicios de éstos, según sus aptitudes, y á cada uno le daba á representar el papel que más cuadraba á sus aficiones y á los intereses de la colectividad.

Todos los gastos de la montería, incluso alquiler de caballerías, jornales de la gente, propinas, etc., eran distribuídos después á escote entre los expedicionarios, y por término medio salía cada uno á seis ú ocho pesetas diarias, contando todos los gastos. Algunos socios solían hacer regalos que redundaban en beneficio de todos, y eran recibidos con reconocimiento. Don Francisco Talero regalaba garbanzos de su cose-

cha del cortijo del Obispo, y D. Sebastián de Lara un barrilito de vino extraído del Tonel de San Felipe, y un frasco de aguardiente elaborado con sus ricos vinos de Albaida.

Pero así como eran á escote todos los gastos de la montería, también eran á escote todos los productos; y tanto la carne de las reses que se mataban, como las piezas de caza menuda que se recogían, eran distribuídas con gran pulcritud entre los socios; excepción hecha de las cabezas y pieles de las reses que mataban éstos, que por derecho propio pertenecían á los matadores. Las cabezas y pieles de las reses que mataban las escopetas negras, eran también distribuídas entre los socios con religiosa equidad, y las de las que mataban los perros, constituían un legítimo botín de guerra de los podenqueros.



IV

LA cuenca del río Jándula, cuyo curso fluvial tendremos ocasión de nombrar varias veces, es una zona de terreno que se extiende de Norte á Sud por las provincias de Ciudad Real y Jaén. Tiene por el Norte las de los afluentes del Guadiana, Javalón y arroyo de la Vega. Por el Este la del Rumblar, tributario del Guadalquivir, y por el Oeste las del Guadalmez y el Yeguas, que llevan sus aguas, el primero al Zújar, que luego va al Guadiana, y el segundo al Guadalquivir. El Jándula es también afluente del Guadalquivir por su derecha.

Su cuenca resulta dividida en dos porciones desiguales por Sierra Morena, puesto que los arroyos ó riachuelos, que contribuyen á formarle, nacen al Norte de dicha línea de montes, y ya reunidos la cortan, y en un sólo cauce corren al Guadalquivir.

Resulta, pues, que podemos dividir el terreno en tres partes: Primera, al Norte de Sierra Morena. Segunda, en el cruce de la misma Sierra. Tercera, al Sud de la propia línea de montes.

La parte primera está toda en la provincia de Ciudad Real. Es una comarca algo montañosa á

sitios, y en otros fuertemente ondulada. Abunda en dehesas, escasea de poblados, siendo los que hay de corto vecindario, y aparece subdividida en valles fértiles y abundante en cereales, vides y olivos, con la contra de que á veces la escasez de aguas pluviales malogran los esfuerzos de los cultivadores. En las dehesas se cría bastante ganado de todas clases, y en Puertollano, al extremo Norte de la cuenca, hay minas de carbón de piedra ya en explotación. Los buenos caminos escasean, y el todo resulta una comarca de suelo movido y de buenos productos, que tienen difícil salida.

La recorren cuatro riachuelos: Primero, el Fresnedas. Segundo, el Ojailen, ó Valmoral ó río de Puertollano. Tercero, el Tablillas, ó arroyo de Cabezas Rubias. Cuarto, el Montoro.

El Fresnedas nace cerca del Viso del Marqués. Describe una curva cóncava al Sud, y luego marcha al Sudoeste, como paralelo á Sierra Morena. El Ojailen, ó Retamar, que también así se llama, nace en los montes de Almadén; corre al Sudoeste por cerca de Puertollano y afluye al Fresnedas.

El Tablillas se origina en la parte occidental de la cuenca y en un lomo que la separa de la del Guadalmez; corre al Este, tuerce al Sud y afluye al Montoro. Por el mediodía del Tablillas y paralela á él, hay una línea de alturas que se llama Sierra de las Ventillas.

El Montoro nace en el mismo lomo que el

Tablillas; corre también al Este por el Sud de dicha Sierra de las Ventillas. Recorre la primera parte del conocido valle de la Alcudia; le ciñe también por el Sud la Sierra de la Alcudia, que yá es parte de la Morena; recibe por la izquierda el Tablillas y se junta al Fresnedas. En esta junta pierden sus nombres Fresnedas y Montoro, y el río que resulta es el Jándula, que corre hacia el Sud.

Formado el Jándula, atraviesa Sierra Morena, hendiendo en toda su anchura la línea montañosa. Al principio pasa por dos aldeas: la del Tamaral, que queda al Oeste, y la del Hoyo, que aparece al Este. Ya por estos sitios el terreno es quebrado, y tras ellos sigue la corriente rápida por un barranco tortuoso y de altas y escarpadas laderas en muchos sitios. El barranco es solitario; no hay en él pueblos, y en su parte Este aparece el trozo de Sierra Morena, que geográficamente se llama Sierra de Quintana, y á su Oeste, otro, que suele denominarse Sierra Madrona. Aparte de estos nombres geográficos, cada cerro, cada valle ó cada piedra, tiene su nombre topográfico particular.

La Sierra Morena, sin que nos ciegue el amor á la tierra, es una de las líneas de montañas más hermosas del universo. No es grande su elevación; no tiene la magnitud ostentosa de los Alpes, los Pirineos ó Sierra Nevada; pero su clima apacible, su frondosísima y variada vegetación; lo gracioso del perfil que forman sus redondeadas

cumbres, lo caprichoso de sus vaguadas, lo enhiesto de sus peñascos, la variedad de sus árboles y matorrales y la grandiosidad de sus recónditos retiros, morada de ciervos y jabalíes, justifican la fama de que goza, como sitio abundante de toda clase de bellezas naturales.

Baña el Jándula sucesivamente en su curso, las dehesas nominadas El Manzano, El Polluelo, Valtrabieso, La Lancha, El Peral, La Nava de Martín Velasco, Cerrajeros, El Encinarejo, El Lugar Nuevo, Peña Rubia, Valdelipe, El Rincón y Mencali; muchas de ellas abundantes en caza mayor y menor. Su lecho ó caja es en su mayoría muy accidentado; pues si bien recorre algunas llanuras de relativa extensión, como las Navas del Peral, Martín Velasco y Peña Rubia, también pasa por precipicios, como los de los Borondos, La Lancha y los Burcios de la Tía Rita, donde las aguas se despeñan con gran impetuosidad.

Por las comarcas mencionadas cruza el Jándula, aumentando su caudal de aguas con el riachuelo Sardinilla por su derecha, y con los arroyos Madroñalejo, Escoriales, Cerrajeros, Encinarejo y otros por su izquierda, hasta que por fin sale á terreno abierto, y empieza á recorrer la zona estrecha que riega en la última parte de su curso.

En esta zona, las pendientes de Sierra Morena se suavizan presentándose en forma redondeada; las encinas, pinos, alcornoques, fresnos, acebuches, robles, carrascos, lentiscos, cornicabras, madroñeras, labiérganas, arrayanes, brezos, ro-

meros, torbiscos, cantuesos, estepas, tomillos, jaras y otras plantas concluyen, y aparecen los olivares, las viñas, las huertas y los campos de cereales; y ya á la vista de Guadalquivir, los cortijos y las casas de labor sustituyen á la soledad montañosa, el suelo fácil al suelo áspero, el cultivo á la frondosidad natural, y en medio de esto, el majestuoso y poético Guadalquivir recibe las aguas del torrentoso Jándula, entre Andújar y Marmolejo.

Es nuestro río de escaso caudal en tiempos ordinarios; pero en las avenidas crece tan fuera de medida y corre tan furiosamente, que cubre puentes, derriba árboles, arrastra peas y hace estragos sin cuento. Est bien clasificado al llamársele torrente, y aun se puede añadir que es uno de los más temibles de España.

La comarca en cuestión debe muy poco á los Gobiernos en punto  caminos. No hay más carreteras que una, aún no acabada, que remonta el río Yeguas, al Oeste del Jándula; cruza la Sierra de Sud  Norte, llega  Fuencaliente, orígenes del mismo Yeguas, y aquí se bifurca siguiendo un ramal  Puertollano, y otro, algo más al Oeste, al pueblecillo de Veredas. Una vez acabado los dos ramales, quedarán en contacto con el ferrocarril de Madrid  Badajoz, tanto en Veredas como en Puertollano. Ferrocarril no hay más que un pequesimo trozo del ya dicho de Madrid  Badajoz, que toca  la comarca en Puertollano.

Debiera haber por lo menos otra carretera que, á partir de Andújar, marchara Jándula arriba, á salir de la Sierra por el Hoyo y el Tamaral, y siguiendo por la cuenca del Fresnedas, llegase á la Calzada de Calatrava, donde se relacionaría con la vía férrea de este punto á Valdepeñas; lo que resultaría un camino más corto para llegar al interior de España, que partiría de una ciudad de reconocida importancia, recorrería los terrenos más fértiles de la cuenca y podría servir de principio para hacer en el Jándula una colonia semejante á la que hizo en el Despeñaperros ó Magaña, el famoso D. Pablo Olavide, de meritorio recuerdo. Aumentada así la población y el cultivo, quedaría útil y provechoso todo lo que no es peñasco ni escarpado; porque Sierra Morena, no sólo en el Jándula, sino en otros muchos sitios, poblada y con caminos, puede ser una gran fuente de riqueza.

El río Cabrera, en cuya región se van á desarrollar la mayor parte de los sucesos cinegéticos que nos proponemos describir, nace en los pantanos de Nava la Horquilla, en la dehesa de Nava Muñón; pasa por Siete Revueltas en la del Peñón del Rosalejo; por la Posada de los Pinos y por Valhondo; terrenos todos situados al Oeste del Jándula y casi equidistantes de este río y el Yeguas. Desde Valhondo recorre terrenos de la dehesa de Montealegre, pasando por los llanos de las Minillas, cerro de D. Simón y la Cabreruela.

Pasa también por tierras de la dehesa de Nava del Asno, recorriendo el Sopié del Cabril, Majada Rasa, Vueltas del Molinillo, fertilizando la Nava del Espinarejo, y á poco desemboca en el río Yeguas, que sirve de límite á los terrenos de Nava del Asno. Este río desde que nace corre por entre peñascos, y sólo en la Nava del Espinarejo se dulcifica su corriente.

Su caudal es escaso de ordinario; pero como su lecho es muy profundo y flanqueado por extensas y empinadas laderas, aumenta sus aguas considerablemente en cuanto las fluviales, por escasas que sean, riegan su cuenca, haciendo imposible su paso, aun por los vados más accesibles. Lo bueno que tiene este río es que con la misma facilidad que toma el agua, la deja. Su recorrido, desde que nace hasta que afluye en el Yeguas, es relativamente muy corto.




 las siete de la mañana del primero de Noviembre se encontraban los expedicionarios á caballo en las inmediaciones de la Fuente Vieja de Arjona, después de haber oído la misa del alba en la Iglesia de Santa María, dicha por el cura Pérez, y de tomar el desayuno en sus respectivos domicilios. D. Pedro Herrera lo tomó en casa de D. Diego Manuel, y ambos reunidos se encaminaron al lugar de la cita, adonde llegaron con gran exactitud. Las cargas del hato y las reales acollaradas, regidas por sus podenqueros, emprendieron la marcha una hora antes.

Los perros se acollararon uniendo cada dos por los cuellos con un fuerte ramal de esparto, y se prefería este procedimiento al usado en la actualidad de emplear colleras de cuero unidas por una pequeña y fuerte cadena de hierro, por las facilidades que aquel primer sistema ofrece á los canes de romper con los dientes el ramal que los une, en caso de enredarse en las matas.

Se han dado casos de haberse extraviado algunas parejas de perros, unidos con colleras de

hierro, por alejarse demasiado del camino de la jornada persiguiendo conejos y quedarse enredados en las matas, sin haberse apercebido el podenquero ni nadie de la desaparición de dichas parejas.

Á las nueve y cuarto pasaban los cazadores el Guadalquivir por el puente de Andújar, y don Sebastián pagaba el portazgo que entonces se exigía á los dueños de las caballerías y carruajes que lo atravesaban, y á las once y media cruzaron el del Jándula, en donde alcanzaron la recua y los perros. En este sitio se hizo un pequeño descanso, que se aprovechó para apretar las ligaduras de las cargas, algún tanto flojas por las seis horas de movimiento que llevaban las caballerías, para ponerlas en buenas condiciones de ser transportadas á la Centenera, sin peligro de desbaratarse en la rápida y larga subida por donde tenían que ser conducidas.

Puestos nuevamente en movimiento todos los de la expedición, animados por los ladridos de los perros, embriagados por la vista de la Sierra y por los suaves perfumes de las primeras matas de monte, empezaron á subir la vereda de la Centenera, uno tras otro, por no permitir el camino marchar en otra forma, dirigiéndose los unos chanzonetas de buen gusto y cantando los otros. La cabalgadura de D. Pedro dió varios tropezones, que causaron la hilaridad de los viajeros y la desesperación del jinete; pero éste se mantenía enhiesto sobre la silla, con gran pena

de Cardera, que de muy buena gana lo hubiera visto proyectarse en el suelo y hacer la triste figura.

Después de la una y media dominaron la cuesta de la Centenera, y al hallarse en la planicie, y al divisar el Santuario de la Virgen de la Cabeza, se descubrieron todos con religioso respeto y dirigieron una oración y una súplica á la Excelsa Patrona de Sierra Morena y de Andújar. Esta laudable costumbre es tradicional practicarla los caminantes que atraviesan la Sierra al dar vista al Santuario á la ida y al perderla de vista á la vuelta, y aun hoy día se observa con gran religiosidad.

Al poco tiempo llegaron al raso de los Arrayanarejos, y allí, al pie de una pequeña fuente, se dispusieron á merendar. Todos se apearon de sus cabalgaduras. Los criados les aflojaron las cadenillas de barbada, y aquéllas se dispersaron por el raso, royendo la hierba nueva, que ya empezaba á manifestarse. También fueron descolgadas las alforjas que llevaban los caballos en la grupa, y colocadas encima de una buena cubierta de pleita, que de antemano se había tendido en el suelo para que sirviera de mesa.

Los cazadores se sentaron, á lo moro, alrededor de la cubierta, y empezó cada uno á extraer las viandas que contenían sus respectivas alforjas. Las tortillas de patatas estaban en mayoría, por lo que se eligieron tres ó cuatro para que sirvieran á todos de primer plato, y las demás se

guardaron para otra ocasión. Lo mismo se hizo con las esportillas de aceitunas y alcaparrones, y con el queso, granadas, manzanas de Ronda, nueces é higos, que todos llevaban en la alforjas. D. Sebastián destapó una horterera de madera llena de boquerones fritos, unidos por las colas en forma de abanico abierto, que por aclamación fueron elegidos para segundo plato y devorados con gran entusiasmo.

Después se hicieron los honores á un buen trozo de lomo de cerdo mechado, que proporcionó D. Francisco Talero, y con estos tres platos y los postres consiguientes, á los cuales se agregaron un riquísimo melón extraído de las alforjas del señor Cura y varios racimos de uvas de teta de vaca que salieron de las de don Sebastián, terminó la comida campestre.

Se cerraron las navajas, metiendo antes las hojas en la tierra para limpiarlas, bebió cada uno un buen trago de agua en la fuente, salieron á relucir las monumentales petacas de cuero, y cada uno encendió un buen cigarro de papel con los chismes de la yesca.

Estas comidas en el campo son deliciosas para los que tienen verdadera afición á la caza, y presentan un cuadro muy animado y típico. En primer término, aparecen sentados en el suelo alrededor de la cubierta de pleita los cazadores de calidad; más allá otro grupo de criados y podenqueros, unos de pie y otros sentados, cada uno con la navaja en una mano y un buen

pedazo de pan y otro de queso en la otra, devorando ambas viandas. En una mata próxima, se ven amontonadas las escopetas, como si aquella les sirviera de armero. Más allá, pero no lejos, dispersadas las caballerías, paciendo por donde les place; y entre todos estos grupos, las colleras de perros, atentas á lo que cae, disputándose la posesión de un hueso ó de un pedacito de pan, originando pendencias que muchas veces terminan entre las piernas de los concurrentes, dando lugar á lances cómicos que promueven la hilaridad de todos, y también, algunas veces, gritos de dolor, por sufrir los canes equivocaciones lamentables, con perjuicio de las pantorrillas que debían respetar.

Cuando se disponían los cazadores á proseguir la jornada, aparecieron tres personajes, uno de los cuales merece que lo describamos con alguna extensión, en gracia al importante papel que le está reservado ejercer en la montería. Era un hombre de estatura media, de unos cuarenta y ocho años, fornido, con la barba afeitada como los sacerdotes, vestido con el traje usual de la sierra, y armado con escopeta de un cañón de antecarga. Se llamaba Juanico Navarro; tenía su residencia habitual en una casita de la Centenera, y era el guarda jurado, según podía verse por la bandolera que llevaba puesta, de los valles de aquel nombre, de la propiedad de D. Martín Muñoz Cobo y Úbeda, dueño también de la dehesa de Nava del Asno,

Poseía gran autoridad entre la gente serreña por su honradez, seriedad en todos sus actos, habilidad en el tiro, y, sobre todo, porque no se le arrugaba el ombligo, aun en los lances más difíciles y peligrosos. Hablaba poco, medía muy bien sus palabras, sin faltar ni exceder; era respetuoso con las personas de calidad, pero sin bajeza, y tenía conocimiento acabado de toda la región del Jándula, desde la Solana del Tamaral y la Humbría de Mingo Negro, hasta los terrenos contiguos á la desembocadura de dicho río en el Guadalquivir. También conocía al dedillo la cuenca del Cabrera, y podía andar por ella con la misma seguridad que por su casa propia.

Por este motivo lo contrató la expedición, con anuencia de su amo, para servir de postor ó maestro en la montería; y como se le tenía avisado el día fijo en que los expedicionarios habían de pasar por la Centenera para ir á Montealegre, se presentó en el raso de los Arayanarejos, en donde tenía la certeza de que se habían de detener á merendar.

Los otros dos hombres que le acompañaban, eran dos viñeros del terreno y cazadores de oficio, buenos tiradores, que Juanico Navarro los había contratado para concurrir á la expedición, en virtud de órdenes recibidas de D. Diego Manuel. Así es, que desde el momento en que hicieron su presentación, formaron los tres parte de la montería.

La voz de «vamos andando» resonó entre los expedicionarios, y á los pocos momentos desfilaron cuesta abajo á buscar el vado del río Cabrera, que pasaron sin dificultad alguna. La gente á pie lo atravesó montada en las grupas de los caballos de los señores, y los perros lo hicieron á nado. Algunas colleras de cachorros se resistieron á arrojarse al río y estuvieron aullando y ladrando algún tiempo en la orilla opuesta; pero animados por las llamadas de los podenqueros y por algunas pitadas de caracol que éstos dieron, y más que nada por ver que se alejaban sus amos, se decidieron por fin á tomar un baño, y pasaron el río como unos veteranos.

Inmediatamente después de pasar el vado se empezó á subir la empinada cuesta del Piquituerto, recordándose mientras se recorría, la célebre y antigua copla, que dice:

Si vas á Carchenilla
niña, te advierto,
que no pases por la vereda
del Piquituerto.

Y pasando por los Bonales y después por la Nava de Carchenilla y el Toril Redondo, divisaron por fin la antigua choza de Montealegre, y allá se encaminaron.

VI

LA choza de Montealegre era, por su construcción y condiciones, semejante á las que en muchísimas dehesas de Sierra Morena servían, en la época á que nos referimos, de morada á los guardas de las fincas y á sus familias. La constituía un cercado rectangular de piedras de bastante espesor, trabadas con barro, de unos dos metros de altura, cubierto de una techumbre de madera sin labrar, en forma de ángulo diedro, con las caras muy ingeniosamente revestidas con ramas de adelfa y de retama. La que nos ocupa tenía una superficie de 16×10 metros; estaba orientada de Norte á Sud, con la puerta al Oriente, y una ventana de unos $0,60 \times 0,50$ metros, á Occidente. El hogar estaba en el centro del hueco de la izquierda, conforme se entraba en la choza, y correspondiendo á aquél, tenía abierta en la techumbre una pequeña abertura por donde salían los humos.

En el interior de los muros había sujetas fuertes estacas y cuernos de venado, que servían de perchas; y una cantarera con dos senos, una mesa pequeña, mugrienta y desvencijada, cuatro asientos, hechos de rodajas de corcho, unidos

por clavos, de madera de jara; un candil, una sartén, unas trévedes, dos cántaros cañeteros desportillados, una jarra de barro de Andújar con las boqueras averiadas, dos pequeños lebrillos y un par de pucheros de barro, constituían el ajuar de tan campestre morada.

El guarda era de unos treinta y ocho años, viudo, sin hijos, buen tirador, inteligente y de trato agradable; y por toda compañía tenía un perrito que atendía por *Tabique*, una burra con su ruchejo, una urraca domesticada, que lo mismo andaba por la choza que por el campo, media docena de gallinas con su gallo, dos gatos, una cabra, un cerdo y una perdiz macho enjaulada.

Tenía su roza muy bien cuidada y sembrada de trigo, y las amelgas exteriores de centeno; un huertezuelo, próximo á la choza, en donde sembraba patatas y alguna hortaliza; un cercado de piedra, sin techar, que servía para encerrar ganado, y un pequeño horno para cocer pan. En un ángulo interior de la choza del lado opuesto al hogar, había un pequeño apartado, hecho con zarzos de varetas de adelfa, de torbiscos y de acebuche, que servía al guarda de despensa, granero, desván y dormitorio.

Hemos hablado de rozas en el párrafo anterior, y por si á algunos de nuestros lectores le choca la palabra, creemos oportuno explicar su significado.

La roza es un pedazo de terreno fértil y de

mucho monte, que dedican los guardas á la labor por sólo un año. En el mes de Mayo, ó antes, lo talan á raíz de la tierra con cortantes hocinos, dejando las ramas en el suelo sin cuidarse de hacinarlas, y por Santa María de Agosto le pegan fuego, ardiendo todo como la yesca. Allá por Octubre, y después de las primeras aguas del otoño, se siembra de trigo y las amelgas exteriores de centeno; y como la tierra se encuentra virgen de cultivo, y además se halla abonada por las cenizas del monte quemado en ella, suelen criarse sembrados, que si no fuera porque los conejos, perdices y reses lo merman considerablemente, y más que nada por la falta de aguas pluviales en la primavera, se criarían mieses que competirían ventajosamente con las mejores de la campiña.

Estas rozas son el *modo de vivir* y el amparo de los guardas, y los dueños de las dehesas les consienten que anualmente las echen en diferentes sitios, porque además de servirles de gran auxilio, benefician el terreno, crían mucha caza, afinan los pastos y renuevan el monte que después se cría en ellas.

Al dar vista á la choza, los expedicionarios fueron saludados por los ladridos de *Tabique*, que salió á bastante distancia, sin duda á hacerles los honores; pero apercibiéndose del huésped los perros de las realas, arremetieron contra el pobre gozque, que lo hubiera pasado muy mal si no gana pronto la choza y se oculta

en el sitio más recóndito de ella, aterrado por los ladridos de sus perseguidores.

Estos, en su persecución, espantaron á la urraca y á las gallinas, que tomaron en seguida posiciones en la arista superior de la techumbre de la choza, y también á los gatos, que se encaramaron en una encina próxima, desde cuyas ramas, y validos de la impunidad más absoluta, bufaban furiosamente á los canes, que desde abajo les ladraban.

La perdiz, que estaba en la puerta en su jaula, al ver aproximarse el alubión de perros, se llenó de terror, como los demás animales domésticos, é hizo grandes esfuerzos por escapar del peligro, y cuando llegaron los cazadores, la encontraron en el llanete de la choza, dentro de la jaula volcada, con un ala estropeada y la cabeza descalabrada. Aquello fué un verdadero cataclismo.

El guarda se presentó en el acto con su bandolera y su escopeta de un cañón de antecarga, y saludó particularmente á D. Diego y á D. Francisco, á quienes ya conocía, y á los demás, en general, quitándose el sombrero y dando las buenas tardes.

En el momento de llegar á la choza, que fué casi al ponerse el sol, se descargaron las caballerías y se acondicionaron las cargas en el interior de aquélla. Las albardillas, bocados, grupas y ropas de los arzones de los caballos de los señores, fueron puestas en las estacas que servían de perchas, y las cabalgaduras se ataron á

otras que, para este objeto, había clavadas en la parte exterior de la pared del lado Sud, en donde se les dió pienso con largueza.

De todo este arreglo se encargó D. Sebastián de Lara, auxiliado por varios criados. Dos sirvientes fueron con un hacha y dos pollinos á cortar y á acarrear leña á la choza, otro se encargó de llenar los cántaros de agua, y varios señores con el guarda, las escopetas negras de la Centenera, los podenqueros y Juanico Navarro, se dedicaron á cazar conejos en las inmediaciones, logrando en poco tiempo apiolar ocho ó diez y dos perdices. Á los perros se les encerró en el cercado del ganado sin quitarles las colleras, y armaron un gran escándalo de ladridos, cuando se apercibieron de los tiros que disparaban los cazadores.

Al anochecer se reunió todo el personal de la expedición en la choza y en sus alrededores, y se procedió á preparar la cena para todos, que por aquella noche consistió en una buena sartenada de arroz substanciado con conejos. El criado de D. Sebastián, que entendía algo de cocina, fué el encargado de esta faena culinaria, y por cierto que lo hizo tan á satisfacción de todos, que mereció, por su buen arte, ser nombrado cocinero en jefe de la expedición, y se le asignó un ayudante, que fué el criado de don Francisco Talero.

El arroz fué confeccionado en la lumbre que se encendió en el hogar de la choza, alrededor

de la cual y sentados en los taburetes de corcho y en albardas dobladas, que al efecto se arrimaron, se sentaron los señores. Los criados, escopetas negras, arrieros y podenqueros, encendieron una buena lumbre en las afueras de la choza, y allí establecieron su vivac y su dormitorio. Á los perros se les quitó las colleras, y se les propinó su ración de cena, consistente en media libra de pan de trigo revuelto con harina de centeno.

Mientras se confeccionaba el arroz, se citaron á la choza á Juanico Navarro y al guarda de la dehesa, y embebidos en el círculo que formaban los señores alrededor del hogar, se procedió á celebrar el primer *Consejo de ministros*.

Antes de dar comienzo á este importantísimo acto y como preliminar del mismo, fueron obsequiados los prácticos ó maestros con un buen trago de vino de la bota que á prevención llevaba D. Sebastián y con un cigarro de papel de la petaca de D. Diego; y encendidos éstos con un gamón y paladeada que fué la primer chupada, se quedaron atentos á las preguntas que se disponía hacerles D. Diego.

El primer interrogado fué el guarda, quien expuso que en todos los portillos de su dehesa había reses, tanto de cerda como cervunas; pero especialmente, donde más muestra ó *fólliga* se veía de ellas, era en el Cerro de las Minas y en el del Mortero. Añadió que desde el mes de Junio no había entrado ganado en la dehesa; dato

importantísimo para concebir esperanza sobre la permanencia de las reses en sus habituales que-rencias, y terminó su información asegurando que aquella misma mañana, al reconocer el terreno de su guarduría, había visto dos venados entrar *de buenas* en el cerro de D. Simón.

Manifestó la conveniencia de que se montearse al día siguiente el Cerro de las Minas, primero, y después el de D. Simón, y apuntó la casi certeza de que se habían de matar muchas reses, si se disponía de buenos perros para batirlas, y de escopetas suficientes para cubrir siquiera los puestos más importantes, y éstas afinaban bien la puntería.

Estas reflexiones hicieron á D. Diego dar al guarda noticias exactas del número de escopetas y de perros que se disponían, que en resúmen ascendían las primeras á catorce, y los perros á cuarenta y tres, divididos en tres realas, compuesta de diez y seis la de D. Diego; diez y ocho la de D. Francisco, y nueve la de Cardera. Esta última iba regida por el criado de dicho señor, y con ella entraba á montar. Al guarda le parecieron pocos los elementos en escopetas y perros con que contaba la expedición; pero como no había medio de reforzarlos, tuvo que hacer sus cálculos con los que se disponían.

Esto dió lugar á una animada discusión entre D. Diego y los maestros, sobre los puntos que con más empeño había que cubrir, y aquellos menos importantes, que podían muy bien

atenderse de dos en dos, eligiendo un buen puesto de observación que los abarcase, y aun se eligieron las escopetas que habían de cubrir estos puestos dobles, que, como es consiguiente, se reservaron á las dos de la Centenera, y al cazador de D. Pedro Herrera, que era un famosísimo tirador de los Villares de Jaén, que estaba armado con escopeta de dos cañones y sabía ya matar reses.

También se designaron los puntos por donde habían de entrar batiendo el portillo cada una de las realas, y aun se hizo presentar en la reunión al podenquero Acebes, que era el jefe de tres realas, y se le dieron instrucciones concretas y terminantes sobre el asunto. Y ultimados algunos otros detalles de menor importancia, y puestos perfectamente de acuerdo el jefe de la expedición, los postores y el podenquero, terminó el consejo con otro trago de vino y un cigarro á cada uno de los postores, de cuyo obsequio disfrutó también el podenquero Acebes.

Inmediatamente después de terminado el consejo se sirvió arroz con conejo, que ya estaba condimentado y apartado de la lumbre. La vianda se hallaba en la gran sartén de la expedición, y como no había á la mano otra vasija en donde apartar la porción de comida para los señores, se decidió que comieran éstos en la misma sartén, y después que los criados apurasen el resto, y así se hizo.

La sartén era monumental y estaba repleta

de arroz hasta el borde, así es que no podía haber temores de que les faltase comida á los criados, aun desplegando algunos señores sus excelentes condiciones gastronómicas; y eso que había algunos, como D. Pedro Herrera y D. Antonio Luis Cardera, que podían hacer competencia, con ventaja, al mismísimo Heliogábalo.

Puesta la sartén sobre las trévedes, al lado de la lumbre del hogar, y sentados todos alrededor de ella, alumbrados por la ténue llama del candil, provistos de un buen trozo de pan, la navaja en la mano izquierda y la cuchara de palo en la derecha, se esperó á que el señor cura Pérez, como más anciano y de mayor respeto, introdujese su cuchara en la vianda y pronunciase el «Jesús, María y José», que no solía omitirse en aquella época, y una vez pronunciadas dichas frases, sepultaron instantáneamente los comensales sus cucharas en el arroz, cada uno por su lado, sin permitirse invadir los sitios de los demás.

Era un cuadro que bien merecía reproducirse en una de las máquinas fotográficas instantáneas de las buenas que ahora están en uso, ó, mejor aún, haberlo pasado al lienzo con todos sus coloridos, por un pintor bien reputado.

Por el momento se guardó un profundo silencio, que sólo era interrumpido por el movimiento de las mandíbulas; pero bien pronto se fueron llenando los estómagos, y empezó la alegría inherente á los que se encuentran con

su apetito saciado. Entonces empezaron á hacerse mutuamente obsequios de pedazos de conejo, de los que aparecían envueltos en arroz por sus respectivos lados. D. Pedro y Cardera fueron muy favorecidos, y los demás se complacían en verlos comer, no sólo lo que ellos extraían de la sartén, sino también los pedazos que les regalaban sus compañeros.

Una esportilla de aceitunas y alcaparrones, de las que se guardaban en las alforgas, granadas y nueces, sirvieron de postre á esta típica cena, que sólo en las entrañas de Sierra Morena, y consumida por gente aficionada á la caza, eran capaces de tolerarla y hasta de parecerles deliciosa.

Terminada la cena de los señores, se zarandeó la sartén, para que se extendiera el arroz por igual en los huecos que habían dejado hechos aquéllos, y en unión de las trévedes fueron colocados ambos enseres al lado del vivac que tenía encendido la gente del exterior, y bien pronto se vió rodeada por aquélla. Juanico Navarro presidió esta comida con la formalidades practicadas por el cura Pérez en la de los señores, si bien variaba el cuadro, pues en esta segunda permanecía la gente de pie y había aquello de *cucharada y paso atrás*, y lo animaban los perros que metiendo la cabeza entre las piernas de los comensales, no dejaban caer hueso al suelo, por arrebatarlo en el aire. También variaba este segundo cuadro del primero, en que el uno era

alumbrado por el candil y el otro por la llama de la lumbre.

Satisfecho el apetito de los expedicionarios, fumado el cigarro que complementó la cena, y dada una vueltecita por los alrededores de la casa, para ver el tiempo que hacía, se pensó en el descanso, reparador de tanto movimiento, y al efecto, desliaron, tendieron y arreglaron los criados los petates y las aldas de paja, en las inmediaciones del rescoldo de la lumbre de la choza, y sin más que quitarse el calzado y el sombrero, se acostó cada uno en su lecho y se arropó con las mantas, quedándose en seguida dormidos profundamente.

Los criados hicieron lo propio al aire libre, al lado de la lumbre del vivac, después de cuidar las caballerías, y los perros hicieron la rosca donde pudieron, no siendo pocos los que invadieron la choza furtivamente, y aun las camas de los cazadores. Con D. Pedro durmió el *Gari-baldi*, perro notable de la reala de D. Diego; con Cardera, el *Cachaliche*, de la suya, y con D. Francisco, su mimada *Coqueta*. D. Sebastián fué el último que se acostó, porque tuvo que ocuparse de la cuestión culinaria del día siguiente, y aseguró después que le costó mucho trabajo conciliar el sueño, por causa de los ronquidos de D. Francisco Talero. Los demás señores durmieron como lirones, lo mismo que la gente auxiliar.

Un detalle. Los expedicionarios durmieron

todos con sus escopetas cargadas á la cabecera de sus camas, más por costumbre que porque hubiera temores de que ocurrieran sucesos desagradables. Esta tradicional costumbre, era motivada por consecuencia de las terroríficas historias y leyendas de los bandidos de Sierra Morena de principios del siglo XIX. Hoy día, no sólo ha desaparecido aquella costumbre, sino hasta causa rubor recordarla.



VII

EN cuanto los primeros albores del 2 de Noviembre se dibujaron en el Oriente, empezó la gente á desperezarse y á ponerse en movimiento. Los primeros que dieron ejemplo de actividad fueron Juanico Navarro y el guarda, los que, poniendo *de punta* á los que dormían cerca del vivac, les hicieron avivar el fuego á los unos, cuidar las caballerías á los otros y desmenuzar las migas á los restantes.

El cocinero llamó á D. Sebastián, que bien pronto abandonó la cama, y entregando al primero un gran frasco con aguardiente y un vasito de estaño, empezó éste á repartir á los señores, y después á los demás de la expedición, pequeñas proporciones de este licor, que tan bien sienta en el campo y tan perfectamente contribuye á *matar el gusanillo*, y á desperezar aún á los más calmosos.

En seguida se avivó el fuego del hogar, se atizó el candil y los señores se sentaron en sus camas, saludándose con afecto, al propio tiempo que encendían el primer cigarro, y, mientras lo fumaron, se recitaron versos de *D. Juan Teno-*

rio, de Zorrilla, por el Sr. Bellido; de la zarzuela *Zampa ó la esposa de mármol*, de Serra, por D. Pedro Herrera; y aun pretendió Cardera recitar la hermosa relación de Lope de Vega en la zarzuela *El loco de la guardilla*, del propio Serra; pero lo hizo tan mal, que sólo pudo decir los dos primeros y los dos últimos versos, y para eso los declamó con una entonación tan lúgubre y tan quejumbrosa, que, lejos de merecer aplausos, llevó la gran silba.

El recuerdo de estas composiciones poéticas parecía que estaba acorde con la solemnidad que en dicho día celebra la Iglesia católica en honor de los fieles difuntos.

Á todo esto, clareó por completo el día, y poco después apareció el sol, radiante y sin que nube alguna interceptara sus espléndidos y benéficos rayos, augurando con esto un día hermoso y sereno. Los señores abandonaron sus camas, se calzaron y lanzaron al campo á respirar el aire libre y á lavarse en la fuente, sacando, al efecto, de sus respectivos morrales, una toalla y una pastilla de jabón. Los criados plegaron las camas y las colocaron debajo de las perchas de cada uno de los señores, y después se dedicaron á ensillar los caballos de sus amos.

Mientras tanto se hacían las migas en la gran sartén de la expedición al amor de la lumbre del vivac, encargándose de este cometido el bueno de Juanico Navarro, que decía que no cedía á nadie tan importante faena. D. Sebastián

aprovechó las árguenas, que debían llevarse á los portillos, de pan, cebollas, granadas, queso, bacalao, huevos cocidos, aceitunas y algunos comestibles más, y metió en ellas la aceitera y el dornillo, que todo debía servir para la merienda. Después llamó á los podenqueros y les entregó el pan necesario para la primera comida de los perros, que en seguida fué distribuído, y últimamente abrió una arquilla, en donde llevaba el tabaco y las municiones, y repartió á la gente auxiliar las necesarias para el día.

Es costumbre antigua en la sierra contratar á la gente auxiliar de las monterías, y aun á la que concurre á las expediciones de caza menuda, bajo las siguientes condiciones. Primera: jornal diario, que varía entre cinco y seis reales, para las escopetas negras, y de ocho á diez para los postores, incluyendo como días de jornal el de llegada al rancho y el de regreso á sus hogares. Segunda: el alimento necesario para la vida de la sierra. Tercera: una cajetilla de tabaco picado, con el papel de fumar correspondiente, un día sí y otro no.

Además, se les provee diariamente de la pólvora, balas y pistones necesarios para el consumo que prudencialmente se calcule que puedan hacer en el día. En las monterías suelen las escopetas negras echar la pólvora en los cartuchos de hoja de lata que llevan en la canana, que luego cierran con tapones de corcho; y en las expediciones de caza menuda, suelen echarla en

un pequeño cuerno que llevan pendiente del hombro izquierdo con una correa. Cada cartucho de la canana hace, en lo general, cinco cargas de pólvora, y para las monterías ordinariamente se les llenan dos. Á los monteadores y podenqueros se les llena por completo el frasco, para que no escaseen las salvas y éstas sean enérgicas cuando se levanten las reses.

Lo difícil del municionamiento es la provisión de balas por la variedad de calibres de las escopetas, algunas de las cuales tienen las ánimas tan fuera de las dimensiones usuales, que aunque se lleven balas de todos los diámetros conocidos, hay veces que no se acierta á dotarlas. Á los dueños de estas armas se les provee de proyectiles de calibre superior, los que alargan, y después forman los que ellos llaman *cuadradillos*, que ajustan al calibre, y con ellos matan las reses aun á largas distancias.

Municionada que fué la gente, procedieron á cargar sus armas, disparando antes una pequeña salva para cerciorarse de que las chimeneas comunicaban bien el fuego á la carga. Algunos ramales viejos de esparto fueron deshechos para emplearlos como tacos, pues prefieren esta substancia, siempre que esté seca, á otra cualquiera, incluso á los tacos de corcho, que ahora llevan á prevención, cuyo uso se ha generalizado en la sierra para confeccionar los cartuchos de las armas de retrocarga.

En esto resonó en el vivac un gran palmoteo

acompañado de frases de alegría, que hizo á todos volver la cabeza hacia aquel lado. Era que Juanico Navarro había volcado las migas con tal arte y precisión, que á pesar de haberlas elevado á más de dos metros, volvieron á caer apiñadas en la monumental sartén sin que se desviara la más insignificante migaja. Á los señores se les apartó en un pequeño lebrillo que para este objeto cedió el guarda, y las comieron en la mesa de la choza, y los demás las comieron en la sartén al lado del vivac, en la misma forma que lo hicieron con el arroz de la cena, y todos las acompañaron con rábanos que el guarda proporcionó de su huerto.

Eran las ocho y media, y calculando Juanico Navarro que para llegar y hacer la postura del portillo de las Minas se emplearía una hora, expuso á D. Diego la conveniencia de emprender la marcha, y así se efectuó.

Los tres podenqueros con sus respectivas realas acollaradas marcharon en cuanto comieron las migas á tomar posiciones en el lado opuesto al de la postura ó al del *ataje*, bien instruídos de los parajes que habían de reconocer y de los puntos donde debían *caer* al terminar la batida. También se les encargó que no soltaran colleras hasta después de las nueve.

Los señores montaron á caballo, las escopetas negras se ajustaron los morrales y cogieron sus armas, y todos se pusieron en marcha guiados por el postor. Tras de éste iba el guarda de la

dehesa, después toda la gente de á pie, luego la de á caballo, yendo D. Diego á la cabeza, y últimamente el arriero arreando dos burros de la recua que conducían las árguas con la merienda y algunas sogas de esparto para cargar las reses que pudieran matarse.

En la choza quedaron el cocinero y su ayudante, á quienes dejó D. Sebastián lo necesario para que á la vuelta encontrasen los expedicionarios hecha la comida.

Durante el camino se guardó un silencio relativo, á pesar de recomendar el postor varias veces que se guardase en absoluto; pero ¿quién no lo interrumpía al ver á D. Pedro hacer equilibrios prodigiosos sobre su yegua cada vez que ésta tropezaba? Tampoco podían evitarse las muestras de satisfacción originadas porque el postor se apercibía de las *fólligas* recientes de las reses, y señalaba la dirección de éstas hacia el terreno que se iba á montar; y aunque las indicadas manifestaciones eran hechas por señas y gestos, no podía evitarse que éstos produjeran la risa de los menos dispuestos á contenerla, mayormente si los hacían algunos cómicamente.

Al fin llegaron á un sitio en donde todos se pararon y concentraron. El postor invitó á los señores á apearse y ordenó al arriero y al criado de D. Diego que atasen corto los caballos en las matas que había en las inmediaciones, y que permanecieran allí hasta que terminase el portillo ó se les diera otra orden. Y poniéndose en

inteligencia con el guarda, empezó á nombrar á las escopetas que debían marchar con este último, que en seguida se pusieron en camino.

Entre ellas figuraban el cura Pérez, D. Sebastián, Cardera, las dos de la Centenera y el cazador de D. Pedro. Este grupo de escopetas cubrió la parte derecha del portillo á partir del punto donde se habían estacionado las caballerías, quedándose en el primer puesto el cazador de D. Pedro, después D. Sebastián, luego el cura Pérez, en seguida Cardera y sucesivamente las de la Centenera y el guarda.

La banda de la izquierda la puso Juanico Navarro, quedándose en el primer puesto el criado del Sr. Bellido, y sucesivamente D. Pedro, D. Diego, el criado del cura, D. Francisco, el Sr. Bellido y el postor; y á todas las escopetas, tanto de una como de otra banda, se les hizo la advertencia por los postores, de concentrarse en el sitio donde quedaron los caballos después que terminara el portillo.

Al posesionarse las escopetas de sus puestos y recibir las instrucciones de los postores, formaron las pantallas con ramas de monte iguales á las de la mata, tras de la cual debían ocultarse, bien tupidas aquéllas, porque se tenía casi la evidencia de que había cervunas en el portillo, y es sabido que estas reses son muy recelosas y varían de dirección en cuanto observan el menor visaje ó sienten el más leve ruido. Después cortó cada cual un buen haz de cogollos de monte

para que sirvieran de asiento, doblaron sus mantas y las pusieron encima, cargaron sus escopetas con esmero y se sentaron, encendiendo un cigarro, á esperar los acontecimientos.

Las tres reales llegaron al extremo del portillo casi á la misma hora en que se hizo la postura, y mientras los podenqueros descansaban y fumaban un cigarro para hacer tiempo, indicó Acebes á Barrerilla y al criado de Cardera las posiciones que debían tomar, para desde ellas iniciar la batida hacia las escopetas, encargando al que tenía que ir más lejos, que cuando llegase al sitio que se le había señalado, diese una pitada de caracol para que sirviera de contraseña para quitar colleras y entrar á montar.

Esta operación de quitar colleras es bastante interesante. Antes del acto, los perros se encuentran ordinariamente echados alrededor del podenquero, indiferentes á todo y como si estuvieran descansando tras una larga fatiga; pero de pronto oyen el lejano caracol, y comprendiendo su significado y que va á empezar la batalla, se levantan presurosos, empiezan á ladrar enardecidos y ellos mismos se presentan al podenquero para que les quite las colleras.

Aquél las desabrocha, primero á los perros punteros, los que al verse libres, tienden la nariz hacia el portillo y se dirigen sin vacilar á donde se encaman las reses. Después les siguen los otros conforme se ven sueltos; y ya todos en libertad, se dispersan por todas partes, al propio

tiempo que el podenquero, guardando las colleras en su morral, marcha tras ellos animándolos con sus continuas, potentes y prolongadas voces, intercalando en ellas frases no muy cultas, como para darles fuerza y pujanza.

Á los pocos minutos se siente un perro ladrar muy enérgicamente, con ese ladrido típico que los aficionados definen diciendo que *late de parada*, y seguidamente un estruendo bien marcado en el monte, como si lo arrollara un caballo á la carrera sin fijarse donde pone los pies; y comprendiendo los podenqueros que ha sido levantada una res, redoblan sus gritos é interjecciones nombrando al perro que ha hecho el hallazgo, al propio tiempo que hacen salvas con sus escopetas bien cargadas de pólvora para dar ánimo á los perros y contribuir á que la res no se vuelva y vaya á las escopetas.

Este es un momento singular y emocionante; y para apreciarlo en todo su valor, nos trasladaremos á la línea de escopetas.

Algunas de éstas, que estaban colocadas en sitios determinados, oyeron la pitada de caracol muy vagamente, así como un eco que arrastra el aire y se va desvaneciendo poco á poco; pero lo que sí oyeron todos fueron los tiros de los montadores; esos tiros que retumban como si fueran cañonazos, y que batiendo el aire se apagan ó animan conforme los ecos pasan por las vaguadas ó cumbres del terreno; y siendo éstos la manifestación más elocuente de haberse levantado

reses, prepararon sus armas, hicieron esfuerzos por contener la emoción que embarga en estos momentos aun á los más veteranos en la caza de reses, se ocultaron bien detrás de las pantallas y redoblaron la vigilancia hacia los puntos del terreno que los postores habían señalado como de especial atención.

En esto se oyen algunos latidos que se desvanecen y vuelven á sentirse de nuevo con más claridad, delatando que la res se aproxima. Momentos después, estos latidos se oyen con más intensidad, y por lo precipitados y enérgicos se comprende que son dirigidos á una res cervuna. Poco después se aprecia la marcha ó *el viaje* de ésta, y se calcula, con bastante precisión, el punto de la línea de escopetas á donde se dirige, y todos esperan un disparo de bala.

No se hizo esperar. La res era, en efecto, una hermosa cierva de la raza albar, que venía con su jabatilla siguiendo la dirección de la banda derecha de escopetas. Á los primeros latidos del perro que la levantó, acudieron dos más de la reala de D. Francisco, y la cierva venía *que encendía*, perseguida por los tres canes, arrojando monte, rodando piedras y tronchando cándalos, apareciendo á los pocos momentos en el puesto del señor cura.

Éste la dejó aproximar ó *la dejó cumplir*, según el tecnicismo de la gente de la sierra, y al tenerla muy próxima le disparó la escopeta. La res dió al tiro un salto bastante pronunciado

y siguió su derrotero rozando parte de la mata del puesto, y aperciéndose D. Sebastián de la dirección que llevaba, le disparó dos tiros á *asoma traspón* y á bastante distancia, y la cierva se marchó ilesa á buscar nuevas guaridas.

Los tres perros que la seguían pasaron poco después latiendo por su huella y continuaron algún tiempo dándola escolta, hasta que convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, retrocedieron al portillo.

La jabatilla, al oír el primer disparo que le dispararon á su madre, cambió de ruta á su izquierda y tomó una dirección paralela á la línea de las escopetas; y pasando sucesivamente por el puesto de Cardera, que le disparó dos tiros, y por los de las escopetas de la Centenera y el guarda, que cada uno le tiró otro, logró, por fin, escapar de peligro y burlar á sus enemigos, sin embargo de haberle tirado todos en buenas condiciones para matarla.

Los ocho disparos de bala efectuados en tan poco tiempo y con tan cortos intervalos, produjeron en las escopetas de la banda de la izquierda tanto entusiasmo como desesperación en las de la derecha; y mientras éstas cargaban sus armas á toda prisa, aquéllas redoblaban su atención y se llenaban de impaciencia.

De pronto se aperció D. Francisco de un ruido parecido al que produce una caballería que marcha al paso por el monte, y poco después aparece un userón que venía *de buenas*, derecho

al puesto donde aquél se encontraba, sin llevar perros detrás que lo empujaran. El cazador lo deja cumplir bien, y al emparejar por su izquierda, le disparó un tiro, casi á quemarropa, sin resultado.

Sorprendida la res, da un gran salto, y sin cambiar de viaje pasa la línea de escopetas y emprende una carrera vertiginosa; pero D. Francisco le secunda con el otro cañón y dándole un balazo en la tabla del cuello, le hace caer muerta como herida por un rayo.

Á todo esto, se estaba desarrollando dentro del portillo un drama horrible. Muchos perros habían copado á un cochino, no muy grande, y lo tenían acorralado al pie de un peñón, con el propósito de devorarlo. El pobre animal se defendía como podía de los bocados que le propinaban, y aun hirió á dos canes levemente; pero era tal el número de enemigos que le atacaban, y tal la algarabía de ladridos que movían, que aturdida y desfallecida la res, se acobardó y empezó á gruñir desesperadamente.

Entonces acudió el podenquero Barrerilla, y cogiendo á la res por una pata, le hundi6 el cuchillo en el vientre y la abrió en canal, costándole no poco trabajo separar á los perros de su víctima.

Mientras pasaba este dramático lance, otro grupo de perros había levantado una marrana y dos lechones. La primera rompió directamente á las escopetas seguida de varios perros, y le

entró á D. Sebastián en buenas condiciones, pero á todo correr, y al emparejar por su izquierda le disparó y metió la bala por los riñones, teniendo que tirarle después otro tiro para rematarla. Los lechones anduvieron vagando por el portillo é hicieron algunas asomadillas por los puestos. El criado del Sr. Bellido tiró uno y D. Francisco Talero otro; pero ambos se marcharon ilesos y con la gran fortuna de que los perros no dieran con ellos.

Después de estos sucesos cesaron los tiros de los montadores y la algarabía de los perros, y sólo se oían las voces de los primeros que animaban á los segundos, y algún que otro latido de los cachorros á los conejos; y convencidos los podenqueros de que el portillo quedaba limpio de reses, avanzaron resueltamente á la línea de escopetas; y cuando dieron vista á éstas, tocaron los caracoles para reunir sus respectivas realas.

El portillo estaba monteado. Eran las doce y cuarto. Las escopetas abandonaron sus puestos y se reunieron en el de D. Sebastián los de la banda de la derecha, y en el de D. Francisco Talero los de la izquierda, recibiendo ambos señores los plácemes más entusiastas ante los cadáveres de sus víctimas.

Juanico Navarro ateó el venado con gran maestría y distribuyó los intestinos á los perros, que se los comieron con furor, y el guarda hizo lo propio con la marrana muerta por don

Sebastián; pero los intestinos quedaron en el campo para las urracas; pues es sabido que para los perros no son bocados apetitosos estos despojos de los jabalíes.

Una vez ateadas las reses, se reunieron los dos grupos de escopetas en el sitio que se encontraban las caballerías, y allí continuaron las enhorabuenas, y volvieron á repetirse las relaciones de los sucesos por los mismos que los motivaron, haciéndose no pocos comentarios sobre ellos. Los podenqueros con sus realas se reunieron también en el grupo general, y animaban las referencias, completándolas con lo que ellos habían presenciado en su origen.

Las tres cervunas que se tiraron pertenecían á una misma familia de la raza albar, compuesta de la cierva mayor, el huserón, ó cría del año anterior y la gavatilla de la primavera última, y esto lo comprobaron los podenqueros por haber reconocido las camas en donde estaban las tres echadas.

Las de cerda también eran de una misma familia, compuesta de la marrana que mató don Sebastián y los lechones que tiraron D. Francisco y el criado del Sr. Bellido; sospechándose que el marrano que coparon los perros era un Tenorio solitario, que se encontraba en el portillo en expectativa de aventuras amorosas, pues sabido es que la época en que se efectuaba la montería, coincidía con la del período del celo de estos animalitos.

Los podenqueros fueron con una bestia á recoger el marrano que coparon los perros y que quedó en el portillo, y lo propio fueron á hacer el arriero y dos criados con el venado de D. Francisco y con la marrana de D. Sebastián, y las tres reses fueron llevadas al hato.



VIII

Don Sebastián se ocupaba en preparar la merienda para todos, y al efecto, fueron sacados de las árguenas los comestibles y utensilios necesarios para aderezarla. En el gran dornillo se echó primeramente sal y después una poca de agua para que se disolviera; luego vinagre, seguidamente picaduras de cebolla, de bacalao, de huevos cocidos y algunas ruedecitas de longaniza, y, por último, se vació una buena cantidad de aceite, quedando la vianda en disposición de comerse.

Una tortilla de patatas, una ración, por barba, de salchichón, algunas granadas, aceitunas y queso en aceite, complementaron esta singular comida, que es indudablemente la más clásica entre los cazadores de Sierra Morena. Algunas veces se echan habichuelas ó patatas cocidas en el *aceite y vinagre*, que así se llama á esta vianda, y en la primavera se le agregan naranjas picadas, y resulta una comida apetitosa, sana, fresca y de mucho alimento.

Los señores no cesaban de comentar los incidentes del portillo; pero cuando salía á relucir el lance de la cierva, hablaban bajo y miraban recelosos á todos lados, como temiendo provocar una cuestión desagradable con el cura Pérez.

Este señor no había aparecido aún en la reunión, y se explicaba su ausencia ante el temor que experimentaría de justificarse con los compañeros de la chamonada que había hecho; pues dada la manera regular con que le entró la cierva, su indiscutible fama de buen tirador y lo mucho que se preciaba de poseer esta cualidad y de que se la alabaran, era seguro que no encontraría argumentos con que explicar satisfactoriamente su conducta.

Y que en estos lances de caza de Sierra Morena, no vale exagerar ni mentir, porque la gente práctica reconstituye los hechos como si los hubiera presenciado, tan sólo con reconocer los rastros de la res que se ha tirado, y dejan al cazador que trata de alterarlos en el más completo ridículo.

El guarda dijo que cuando pasó por el puesto del señor cura, al venir replegando las escopetas de su banda, observó que dicho señor estaba rastreando con gran atención á la res tirada, y que le oyó decir varias veces:

—¡No me lo explico! ¡No me lo explico! ¿Se me habrá olvidado echar balas?

Pero que él asegura que echó dos en el cañón, puesto que encontró señales de ellas en

una labiérgana próxima al puesto, cuyas señales delataban que el tiro había ido bajo. También aseguró que después de tirar la res, tuvo que desviarse del puesto para no verse arrollado por la cierva, y concluyó manifestando que si el señor cura no pierde la serenidad y echa mano á su cuchillo, era seguro que la hubiera muerto de una puñalada á su paso por el puesto.

Estas afirmaciones del guarda, que fueron aceptadas como artículos de fe, el recuerdo del carácter tan vehemente del señor cura y sus exageradas pretensiones en cuestiones de tiro, hacían comprender lo mucho que sufriría su amor propio ante un fracaso tan notorio, y decidieron no exasperarlo con bromas, ni tampoco contrariarle ni aun replicarle cuando él explicase el lance.

Y visto que no acudía á la reunión, que la merienda estaba ya preparada y que el tiempo pasaba y había que montar el cerro de D. Simón, decidieron llamarle primero con el caracol, y después por un recado por el guarda.

Pero cuando éste se disponía á cumplir su encargo, apareció el bueno del señor cura con la escopeta al hombro, la manta en el brazo, la vista baja, la actitud recelosa y la cara de vinagre, que más parecía que iba á *robar uvas*, según gráfica frase de D. Rafael Suárez, célebre y simpático cazador moderno de Ibros, que á personarse en una reunión de amigos.

Á un infeliz y cariñoso perro que salió á su

encuentro á hacerle caricias, le propinó un terrible puntapié que le hizo rodar y proferir lamentos que partían el alma; pero no quedó esta manifestación de ira sin su oportuno correctivo, pues los canes de las realas, al sentir los alaridos de su compañero, protestaron furiosamente de tan bárbaro atropello, é improvisaron una manifestación de desagrado, que costó no poco trabajo reprimirla y disolverla á los podenqueros.

—Señores, ¡no me lo explico! ¡no me lo explico!—dijo el cura al llegar al corro.—No volveré á tirar otra res en mejores condiciones. He buscado el rastro de las balas y no lo he encontrado, lo que me hace creer que se me olvidaron meterlas en el cañón al cargar la escopeta.

—Así debe ser, señor cura, y en esa convicción estamos todos,—objetó el Sr. Bellido.—Pero vamos á comer, que el tiempo vuela y aún tenemos que montar el cerro de D. Simón.

Y, en efecto, como si esta observación del Sr. Bellido hubiera sido un mandato imperativo, se sentaron los señores en el suelo, alrededor de la cubierta de pleita, en cuyo centro se hallaba el dornillo, y empezaron á comer el aceite y vinagre con gran apetito. El señor cura comió poco, y se le notaba una preocupación que rayaba en pesadilla; y, para distraerlo, se intentó varias veces cambiar de conversación, sin lograr el objeto.

Terminada la vianda del dornillo, se echó en él buena cantidad de aceite, sal y algunas cebollas picadas, y se entregó, bien repleto, á la gente para que lo apurasen mientras que los señores comían los postres; y una vez terminada la comida de todos, y recogidas las provisiones sobrantes y los utensilios, se procedió á cargar las árguenas y las reses, y se desataron los caballos para que los montasen los señores.

Juanico Navarro y el guarda dieron sus instrucciones á los podenqueros, y éstos marcharon, con sus respectivas realas, á tomar posiciones en los límites del nuevo portillo, llevando la orden de no empezar á montar hasta las dos y media. Los señores montaron á caballo, y, precedidos por la gente á pie y guiados por los postores, se pusieron en marcha, y en breve tiempo llegaron al sitio donde debían estacionarse las caballerías.

En el acto dividieron los postores á las escopetas en dos grupos; uno de ocho, que debía marchar con Juanico Navarro á cubrir el ala derecha del portillo, y el otro de seis, que debía ir con el guarda á cubrir el ala izquierda.

En primer grupo desfilaron D. Pedro, don Francisco, el cazador de D. Pedro, Cardera, una escopeta de la Centenera, el criado del Sr. Bellido, el del cura y el postor, que sucesivamente fueron ocupando los puestos por el orden que se han nombrado; y con el segundo, marcharon la otra escopeta de la Centenera, D. Diego, D. Se-

bastián, el Sr. Bellido, el cura y el guarda, que también hicieron lo propio por orden correlativo, á partir ambos grupos del punto de estación de las caballerías, y todas las escopetas recibieron orden de esperar en los puestos hasta que los postores los recogieran.

Poco rato después de hecha la postura empezó la batida. El toque de caracol, precursor de soltar á los perros, fué oído por casi todas las escopetas, y á los pocos minutos el estampido de varios disparos, y los vagos ecos de las voces de los montadores, excitaron los ánimos é hicieron preparar las armas. Los tiros y las voces continuaban, pero no se distinguían aún los latidos de los perros, lo que hacía comprender que las reses levantadas lo habían sido al principiar el portillo.

Pasó un poco más de tiempo. Dejaron de oirse los tiros y las voces, y, en cambio, sonaron los caracoles llamando á los perros; señal evidente de que las reses se habían marchado por la *retranca*, seguidas de aquéllos. Y, en efecto, los perros habían levantado, al entrar en el portillo, dos grandes venados, que, en lugar de tomar hacia la postura, se marcharon por la izquierda de los montadores, y como los canes habían ido casi todos tras de ellos, hubo que llamarlos y esperar su llegada para continuar la batida.

En esto suena un tiro de bala en el ala izquierda de las escopetas, y después otro en el mismo sitio, volviendo á quedar todo en silencio.

Era que, en el puesto del Sr. Bellido, había entrado un lobo, y apercibido el cazador de la presencia del huésped, y puesto éste dentro de la jurisdicción de su escopeta, le disparó con acierto el primer tiro, pasándole la bala el arca del cuerpo, teniendo que secundarle con otro para rematarle.

Cuando la mayor parte de los perros se reunieron á sus podenqueros, cesaron éstos de tocar los caracoles y se pusieron en marcha, animándoles á la vez para que rastrearán con codicia. Así pasaron más de treinta minutos, en los cuales se apreciaba perfectamente lo que los podenqueros habían avanzado, por la progresiva intensidad con que llegaban los ecos de sus voces á los oídos de las escopetas.

Ya se oían algunos latidos de los cachorros á los conejos, y, cuando todos empezaron á perder la esperanza de que hubiera más incidentes en la batida, se oyó á un perro latir como si fuera á una res cervuna; poco después á otro, luego á otros y á otros, hasta formarse un infernal coro de ladridos. Pero lo particular del caso era que, á pesar de verificarse el concierto muy cerca de la línea de escopetas, no se notaban señales de avanzar ni de retroceder á la res que latían, ni tampoco hacía concebir sospechas de que fuera un cochino á quien estuvieran atacando.

Un tiro que sonó en el sitio de la refriega, disparado por una de las escopetas de la Centenera, terminó el suceso, que sólo era motivado

por un hermoso gato montés, que, para defenderse de los canes se había subido á un chaparro, y al caer muerto el pobre felino, cesó todo el escándalo.

El portillo había terminado. Los podenqueros reunieron sus perros; los postores replegaron las escopetas de sus bandas respectivas, y todos se concentraron en el punto que sirvió de partida. El Sr. Bellido fué muy felicitado, no sólo por su acierto, sino, principalmente, por haber muerto una loba preñada, cosa que es muy raro conseguir en Sierra Morena.

El gato fué recogido, y más tarde sirvió su piel para hacer un caprichoso chaleco de caza, que disfrutó el Sr. Bellido, á quien tocó aquella en suerte.

Montados los señores en sus caballos y cargadas las reses en los burros de la recua, emprendieron los expedicionarios la marcha hacia la choza, á donde llegaron siendo aún de día. Las escopetas negras y algunos señores, fueron en *mano gallega* cazando conejos con los perros, y lograron apiolar varios y una perdiz.

Descargadas las reses muertas, se les extrajeron las asaduras á los jabalíes, que sirvieron fritas de almuerzo al día siguiente, en lugar de las migas, y á todas las lenguas, riñones, lomillos, entrañas y otros menudos, con los cuales confeccionó el cocinero un plato succulento.

Después se colgaron las víctimas en la encina que asaltaron los gatos domésticos cuando llegó

la expedición á la choza, y pasaron la noche al aire libre.

Las caballerías fueron atadas en sus estacas respectivas y se las cuidó con largueza. Á los perros se les repartió su ración de cena. Las escopetas negras encendieron fuego en el vivac y los señores se sentaron alrededor de la lumbre del hogar, siendo obsequiados por D. Sebastián con una copita de vino y un mantecado, que él guardada para las ocasiones, entablado en seguida una conversación tan animada como instructiva.

D. Pedro Herrera, que era el más joven y de menor experiencia en las cosas de la sierra, suplicó á D. Diego que le explicara el por qué el venado que había muerto D. Francisco en el Cerro de las Minas, decía Juanico Navarero que pertenecía á la raza albar, y D. Diego siempre benévolo y complaciente, satisfizo su curiosidad en el acto.

—Te diré, Perico. En todas las clases de animales salvajes que se crían en Sierra Morena, tales como venados, jabalíes, cabras montesas, corzos, conejos, perdices, y en el grupo de las alimañas y contra-cazas, como lobos, zorras, turones, tejones, gatos cervales y monteses, melones, etc., existen dos razas dentro de cada una de las especies; una que se llama *albar*, y la otra *arocha*.

La primera es relativamente corpulenta, tiene claro el pelo y la cabeza proporcionada y hasta

elegante: mientras que la arocha es lo contrario; es menos corpulenta, de matices oscuros, de cabeza desproporcionada por lo grande, y de formas en general más salvajes.

Pero concretándonos á las reses cervunas y de cerda, te haré notar que un venado arocho tiene el cuerpo pequeño con relación á la cabeza, y está adornada con más cornamenta que sus congéneres de la raza albar de la misma edad. Á un jabalí arocho le sucede lo propio en lo que se refiere á la proporción de la cabeza y el cuerpo, y tiene más largos los colmillos y más fiereza que los albares.

Los venados albares llegan á pesar hasta doce arrobas, y el que más, no pasa de catorce puntas en las cuernas, teniendo la cuna de ésta en forma de campana vuelta hacia arriba, y las defensas ó candiles cerradas y muy bien y simétricamente colocadas. El peso de los arochos no suele exceder de nueve arrobas; pero en cambio las puntas de sus cuernos llegan hasta diez y ocho; la forma de la cuna es casi circular y las defensas abiertas é inclinadas á los costados. También tiene las orejas mayores que los albares.

Un jabalí arocho pesa ordinariamente una arroba menos que otro albar del mismo tiempo, partiendo del supuesto que ambos estén igualmente cebados; y la longitud de la columna vertebral del primero es una octava parte menor que la del segundo, sucediendo lo mismo en las

reses cervunas, en lo que respecta á esta última propiedad.

—¿Se manifiesta esta diferencia de razas en la caza menuda?

—Ya te he dicho que en todas las piezas de caza y de contra-caza que se crían en la sierra. La perdiz albar tiene los matices de su plumaje más claros y delicados, es más voluminosa y pesa lo menos dos onzas más que la arocha. Lo mismo pasa en los conejos.

—¿Qué clase de bichos son los melones?

—Creo que deben ser una variedad de los hurones. Son doblemente más voluminosos que los gatos domésticos; largos, estrechos y negruzcos como los hurones; las patas son muy cortas, el hocico y el rabo largos, y las orejas tiasas y enveladas como las de los perros podencos. Tienen el extremo del tubo intestinal en forma de embudo, con la parte ancha al exterior, y poseen un olfato delicadísimo. Son una contra-caza muy temible.

Camina siempre varios reunidos, uno tras de otro, en forma de rosario, y van tan juntos, que á simple vista parece que entre ellos no hay intervalos que los separe. La obra de Historia Natural de Buffon no habla de estos animales; al menos no los da á conocer por el nombre propio con que se les distingue en Sierra Morena.

—¿Encontraremos cabras montesas en los terrenos que vamos á montar?—preguntó Cardera.

—No,—contestó D. Diego.—En estos contornos sólo se crían en las Someras y en el Peñón Amarillo de la dehesa del Peral; en los burcios de Cabeza Parda, en los de la Tía Rita y en los barrancos de los Borondos, todos terrenos de la región del Jándula. Por cierto que son una caza muy divertida, pues ordinariamente se presentan á los cazadores en piaras de seis ó de ocho, y á veces de más, saltando de peñón en peñón para defenderse de los perros, y prefieren recorrer así todo el portillo y sufrir el fuego de las escopetas, á escapar por terrenos afables y limpios de riscos y peñones, en los cuales, su espíritu de conservación les dicta que serían inmediatamente alcanzadas y devoradas por los perros.

En cierta ocasión que se montearon las Someras, y tu buen padre ocupaba uno de los viajes que van á la Umbría de Gangueros, se le presentó una piara, y les disparó siete tiros de bala con escopeta de un cañón y de antecarga, y solo logró matar un macho, pero de los más grandes. ¡Considera los que hubiera tirado si llega á tener una de esas modernas escopetas que se cargan por la recámara!

—¿Abundan los corzos en la sierra?—interrogó D. Pedro.

—Hay pocos y más valiera que no hubiera ninguno; pues son tan aficionados los perros á perseguirlos, se empeñan tanto en alcanzarlos, y cuando se levantan siguen unos viajes tan

inciértos, que trastornan todos los planes y espantan cuantas reses se guarecen en los terrenos que recorren.

Además, estos animalitos no son considerados como reses de montería; así es que las escopetas los tiran con la misma ilusión que si fueran caza menuda; y como son tan pequeños, relativamente, y además entran en los puestos muy velozmente y se les dispara con bala, se suelen errar más del 75 por 100 de los que se tiran. Por eso se les llama *traga-balas*. En los valles de la Centenera suele encontrarse algunos, especialmente en los barrancos de Valpeñoso y de Valcabero.

—¿Qué costumbres observan las cervunas en el celo y las ciervas para criar sus gabatillos?—
volvió á interrogar D. Pedro.

—Dispénsame, Perico; ya te lo diré mañana. Son las siete y es preciso que tengamos el consejo de ministros, cenemos y que descansemos.

En seguida se llamaron á los postores y al primer podenquero, y con las formalidades apuntadas en la sesión del día anterior, y después de maduro exámen, se convino, por unanimidad, montar al día siguiente La Cabreruela por la mañana y el El Mortero por la tarde.

Y al decir por unanimidad, incurrimos en error, porque Cardera pretendió, con gran empeño, que se monteara por la mañana la Umbría de Malandén, á lo cual, por varias razones que

adujeron D. Diego y los postores, no pudo accederse, lo que le ocasionó un berrinche y poner el ceño de guindilla; pero pronto le pasó el disgusto.

Al propio tiempo que los señores oían con tanto gusto las explicaciones de D. Diego Manuel, se sostenía en el vivac animada conversación sobre los sucesos del día. Los podenqueros indicaron los nombres de los perros que más se habían distinguido. Acebes dijo que el primero que se fué derecho á las camas de las cervunas y las echó á correr, fué su perra *Coqueta*, y que los otros dos que se le unieron para perseguir á la cierva mayor y llevarla á las escopetas, fueron *Fandango* y *Falucho*, todos de su reala.

Barrerilla aseguró que en la muerte del cochino se encontraron más de veinte perros de todas las realas, y que los que más mordieron fueron *Unión* y *Paje*, de D. Diego, que salieron heridos, aunque levemente, y otro de D. Antonio Luis, que atiende por *Terrible*. Añadió que tenía en su reala dos cachorros, que se llamaban *Chaleco* y *Levita*, que iban á ser superiores, pues durante la lucha del cochino con los perros los vió en lo alto del peñón, en cuyo pie su aculó aquél, ladrando estrepitosamente, *mordiendo el aire*, y haciendo demostraciones de quererse arrojar á la res con gran coraje; y concluyó afirmando que no le extrañaba el buen comportamiento de ambos perros, pues lo tenían en la *masa de la sangre*, por ser hijos de su *Curiosa*

y de *Elefante*, el quitador de D. Martín Muñoz Cobo, y no había más que hablar.

El podenquero de Cardera elogió también mucho la conducta de sus perros, especialmente de *Terrible*, *Picatoste* y el *Tato*, que fueron los que llevaron á D. Sebastián la marrana que mató.

El cura Pérez no concurrió á la conferencia de D. Diego, y mató el tiempo paseando por las inmediaciones de la choza, haciendo algunas paradas en el vivac, en donde repitió varias veces «que no había echado balas,» á lo que todo el mundo asentía; y cuando se marchaba, guiñaban todos el ojo en son de burla, y no soltaban la carcajada por temor de que los oyesen y se ofendiera.

Cuando se llamó á los postores para celebrar el consejo, entró el cura con ellos en la choza y concurrió al acto, prestando su conformidad en todos los acuerdos.

Simultáneamente cenaron los señores y los sirvientes; los unos en la choza y los otros en el vivac. Los primeros comieron un buen cocido condimentado en un puchero de barro del guarda, aderezado con garbanzos, patatas y berenjenas, y substanciado con un buen trozo de espinazo de cerdo salado, otro de jamón, una perdiz y un conejo; y los segundos, otro bueno y abundante cocido, confeccionado en la olla de hierro de la expedición, aderezado con los mismos elementos que el de los señores y substanciado con tocino y dos conejos.

Ambos cocidos fueron servidos en los lebrillos del guarda, sin hacerse nadie plato, porque no los había, observándose para comerlos el orden siguiente:

Primero se desmenuzó en los lebrillos pan como si fuera para migas, y se les echó el caldo de las ollas, resultando una sopa muy substanciosa, que fué comida acompañada de rábanos y aceitunas. Después se vació todo el contenido de las ollas en los lebrillos y se volvieron á las mismas lo que no eran legumbres ni verduras; y por último, se vaciaron los elementos substanciosos, resultando tres platos, que si no eran escogidos, por lo menos eran positivos.

Los señores tuvieron además ensalada, manzanas de Ronda, y pasas, de postre. El café era objeto de lujo, y no se tomaba en las expediciones más que como medicina.

Terminada la cena, se fumó el cigarro, se hicieron los últimos quehaceres, se tendieron las camas, se dió la vueltecita de costumbre por los alrededores de la choza, y á las nueve estaba todó el mundo echado y dormido profundamente.



IX

A las seis de la mañana se personó Juanico Navarro en la choza dando unos *buenos días* muy retumbantes, y anunciando á los señores un día sereno y espléndido.

Ya estaban algunos despiertos, y los que dormían se despabilaron en seguida que oyeron la voz del postor, así es que puede decirse que contestaron todos á una con un «¡hola, Juanico!» que expresaba tanto ó más que el saludo más perfilado y elocuente.

En seguida se sentaron en las camas, en donde se sirvió el aguardiente, se fumó el primer cigarro entre bromas y cuchufletas, y se le hizo una ovación á D. Francisco Talero, que habiéndose levantado antes que nadie, se presentó en la puerta de la choza, y dirigiéndose en actitud belicosa hacia la encina en donde estaba colgado el venado que mató en las Minas, dijo con entonación trágica:

Yo soy vuestro matador,
Como al mundo es bien notorio.

Y terminó los demás versos de Zorrilla entre aplausos y bravos. El señor cura también tributó sus aplausos á D. Francisco; pero se conocía á la legua que no eran tan sinceros como los de sus compañeros.

La gente del vivac estaba ya de punta y todos dedicados á sus faenas respectivas. El cocinero freía las asaduras de los dos cochinos, á las que agregó algunos pimientos y tomates que aún había en el huerto del guarda, que dieron á la fritada un sabor apetitoso.

D. Sebastián municionó á los podenqueros y demás gente auxiliar que lo necesitaban, se repartieron las raciones de pan para los perros, se aparejaron las bestias, se aprovisionaron las arguenas, y todo quedó dispuesto para echar á andar en cuanto se tomase el desayuno.

D. Diego llamó á los postores y les encargó que pusieran al señor cura en los mejores puestos de los portillos, á ver si tiraba con suerte y tomaba el desquite de la chambonada de las Minas. Igual encargo les hizo con respecto á Cardera, y para interesarles en el asunto les dijo que era *novio*, y que si mataba una res, estaba dispuesto á solemnizar el acto con esplendidez, como era costumbre en la sierra.

En seguida fué llamado el podenquero Acebes, y recibió de D. Diego y los postores las instrucciones oportunas para la batidas del portillo de La Cabreruela, que no debía empezar hasta las nueve y media, y se le indicó el sitio

en donde se iban á quedar las caballerías, para que *cayesen* allí al concluirse la batida.

El almuerzo fué comido con gran apetito. D. Francisco obsequió á su perra *Coqueta* con algunos pedacitos de asadura, en premio de su comportamiento en las Minas; y acollarados los perros y ultimados todos los detalles, montaron á caballo los señores, los de á pie se abrocharon los morrales y tomaron las escopetas, y todos se dirigieron á La Cabreruela por distintos caminos, divididos en dos grupos, uno de podenqueros y otro de escopetas.

Á las nueve y cuarto quedaron tendidas éstas en la forma siguiente: En la banda de la derecha, y á partir del punto donde se estacionaron las caballerías, el Sr. Bellido, el cazador de D. Pedro, D. Pedro, D. Sebastián, una de las escopetas de la Centenera y Juanico Navarro; y en la de la izquierda, la otra escopeta de la Centenera, don Diego, D. Francisco, Cardera, el señor cura, su criado, el del Sr. Bellido y el guarda; y todos debían esperar en sus puestos hasta ser recogidos por los postores.

Media hora pasaría sin oirse ningún tiro ni ruido que delatara la entrada de los monteadores y perros en el portillo, y ya empezaban las escopetas á impacientarse y hacer malos augurios sobre el éxito de la batida, cuando allá á lo lejos se distingieron vagamente voces prolongadas y enérgicas acompañadas de latidos y salvas.

Era que los perros habían levantado una

piara de marranas con lechones, y al dispersarse aquéllas por consecuencia de haberse interpuesto varios de sus perseguidores, lo hicieron en todas direcciones, fijándose sólo los perros en las piezas grandes.

Dos corridas se iniciaron por la retranca, y las reses perseguidas lograron escapar á fuerza de pies. Pero otra, y en donde más golpe de perros se había juntado, siguió el viaje á la postura, y después de pequeños cambios de dirección, se dirigió al fin al puesto inmediato de la izquierda del guarda, en que no había escopeta.

El guarda abandonó el suyo, y cortándole el terreno, consiguió meterle una bala en los jamones, haciéndole disminuir notablemente la velocidad de su marcha, facilitando así el que los perros se echaran encima y la coparan. Rematada por el guarda y dispersados los perros, no sin esfuerzos, cargó aquél su escopeta y se volvió á su puesto.

Sonaron los caracoles y las voces de los montadores llamando á los perros, iniciándose una suspensión de hostilidades necesaria para que éstos se reunieran, á fin de continuar la batida.

Pero si en el portillo existía una tranquilidad relativa, en las escopetas era todo actividad y tiroteo, pues aturdidos los lechones con la batida que los perros dieron á sus madres y con los tiros y voces de los montadores, se habían amagado en las matas como conejos, y en

cuanto cesó el alarde intentaron escapar, precisamente por donde había más silencio, pero más peligro, ó sea por la línea de escopetas.

Á D. Diego le entró uno y lo dejó muerto en el acto. Una escopeta de la Centenera hirió á otro, que se cobró después; el criado del señor Bellido, erró dos; el del Cura, erró otro, y por un momento fué aquello *la guerra del Moro*, como decía Juanico Navarro.

Alborotados los perros con tanto tiro volvieron á dispersarse por el portillo, latiendo á los rastros de las reses más que á ellas mismas, y sospechándose por la dirección que los canes tomaron, que los lechones, que no fueron fogueados, habrían escapado por los costados libres de escopetas y que el portillo quedaba limpio de reses, avanzaron los podenqueros resueltamente á la línea de la postura, llamando á los perros con los caracoles, y terminó la batida.

No nos hemos ocupado hasta el presente del *señor Tabique*, el perrito del guarda, y ahora va á desempeñar con acierto un papel importantísimo, que hará trocar el desprecio con que se le miró desde los primeros momentos, por una viva simpatía.

Dicho gozquecillo estuvo escondido en la choza bastante tiempo después que le dieron la batida los perros de las realas, y sólo se aventuraba á hacer alguna asomadilla, cuando observaba que sus contrincantes estaban á honesta

distancia. Después fué tomando confianza, y ya salía de la choza, pero sin separarse dos pasos de su amo, é iba á los portillos y permanecía como muerto en los puestos, viera lo que viera y oyera lo que oyera.

Sólo daba señales de vida cuando á ello se le incitaba, ó cuando ocurrían casos extraordinarios, como el sucedido á su amo cuando tuvo que salir del puesto para matar la marrana, ó en otros que se presentan á los guardas en el desempeño de sus obligaciones, y que su instinto le previene que debe intervenir por propia iniciativa. El *señor Tabique* estaba perfectamente educado como perro de guarda, y pronto veremos una prueba patente de sus facultades.

Los postores replegaron las escopetas hacia el lugar donde se estacionaron las caballerías, y reconocieron de paso los tiros de las reses que se habían fogueado, conociendo en el acto las que se marchaban heridas ó ilesas. Al pasar por el puesto de D. Diego recogieron el lechón que había muerto, que estaba bastante estropeado, en razón á haberle tirado muy cerca con el cañón derecho, y metido en el cuerpo las tres balas.

Después se llegó al puesto que cubría la escopeta de la Centenera, y al significarle ésta la creencia de que había herido un lechón, se fijó el guarda en los rastros del desarme de la res, y pudo convencerse de que eran ciertas sus creencias, afirmándose más en ellas al observar en las

hojas de una mata de jara inmediata á los rastros de huída de la res y á la altura de los costillares de ésta, una manchita de excremento teñido con sangre, que delataba que el lechón se salió del tiro bandeado ó pasado el vientre por la bala.

Entonces suplicó á los señores que se fueran al ható, y llamando á *Tabique* le hizo olfatear la mancha de sangre, y el perrillo empezó á marchar rastreando delante su amo, que le seguía con la escopeta al hombro y preparada.

El buen *Tabique* siguió gran rato la huella, y cuando encontraba alguna nueva gota de sangre se detenía, olfateaba con más ahinco, enovelaba las orejas, meneaba el rabo con rapidez, y seguía adelante, cada vez más animado y decidido.

Así llegaron perro y guarda á la orilla de una charca de un arroyo cubierto con plantas acuáticas, entre las cuales vió perfectamente el guarda marcados los rastros, y por la circunstancia de hallarse turbia el agua, adquirió el convencimiento de que hacía poco tiempo que había pasado la res.

El perro salvó el arroyo y tras él el guarda, y como á unos cuarenta pasos después, se detuvo el primero en la inmediación de una frondosa mata de arrayán y empezó á llamar de parada. El guarda apretó el paso, y al llegar próximo á la mata, salió de ella el lechón con gran estrépito, arrastrando tras de sí á *Tabique*, que se había colgado de una de sus orejas y no

le dejaba andar con libertad, facilitando este fiero proceder del gozquecillo, que el guarda cogiera la res y la rematase con su navaja.

Destripado el lechón, se lo echó al hombro, y desandando el camino que había recorrido para encontrarlo, se presentó en el ható con él á cuestras, precedido de *Tabique*, que engreído por la hazaña que había realizado, no le intimidaron los escandalosos ladridos con que fué recibido por los perros de las realas, y hasta se atrevió á contestarles con gran furia, aunque sin perder el contacto con las piernas de su amo.

Excusado es decir que fué recibido por el guarda con grandes muestras de satisfacción. no escaseándose los elogios y las caricias al gozque, en cuanto su amo refirió los detalles de su buen comportamiento.

Y como tanto los señores como los sirvientes habían merendado, las reses muertas estaban ya cargadas y los caballos dispuestos para que los montasen sus amos, se le dió al guarda pan, queso, una granada y un cigarro puro que le regaló el Sr. Bellido, y á los pocos momentos, los podenqueros y las realas por un lado y las escopetas por otro, emprendieron la marcha para cercar el Mortero.

Hacía un calor impropio de la estación. Nubes de mosquitos molestaban grandemente á los cazadores. Las abejas y moscardones zumbaban alrededor de éstos, costando trabajo ahuyentarles, y el aire se había tornado del Sudoeste, pre-

sentándose algunos nublados en la región Sud; señales todas de un cambio de tiempo y de próxima lluvia.

Estas probabilidades de lluvia, que siempre son bien recibidas en la provincia de Jaén, en aquellos momentos disgustaron á los expedicionarios, porque veían malograrse una expedición inaugurada con tan buenos principios. Pero como no había medio de arreglar el tiempo á medida de sus deseos, se le puso buena cara, y Dios sobre todo.



X

LA situación de las escopetas en el Mortero fué la siguiente: En la banda de la derecha, el criado del cura, D. Diego, una de las escopetas de la Centenera, el señor cura, D. Pedro, el Sr. Bellido, la otra escopeta de la Centenera, el cazador de D. Pedro y el guarda; y en la de la izquierda, el criado del Sr. Bellido, D. Francisco Talero, Cardera, D. Sebastián y Juanico Navarro.

Á las dos y media estaba hecha la postura, y las escopetas con las pantallas formadas, sentados en los puestos y fumando, esperaban la batida.

No se hizo esperar. Una porción de disparos de los monteadores anunciaron que había reses levantadas; y, en efecto, no bien entraron los perros y se dispersaron por el portillo, empezaron á levantar cervunas por todos lados y con tal abundancia, que aquello se asemejaba á una carga de caballería. Cada perro seguía su res, y éstas, aturdidas de oír latidos por todas partes, cambiaban á cada momento de dirección, se cruzaban los viajes y volvían locos á los perros, monteadores y escopetas.

Los podenqueros menudeaban sus salvas y se desgañitaban dando voces, unas veces de entusiasmo para animar á los perros, y otras para manifestar su disgusto al ver marcharse muchas reses por la retranca y por los costados libres de escopetas.

Una cierva, seguida de dos perros, muy enmontada y corriendo á todo correr, le entró á D. Pedro, y al emparejar por su derecha, le disparó con la escopeta de un cañón, sin resultados. Pero la bala debió ir delantera, por lo que la cierva, en lugar de seguir su viaje rectamente, torció á su izquierda y se echó por una gran lastra de piedra de sal y pez, en donde se le vieron hasta las pezuñas. El cazador le secunda con la carabina Minié, modelo 1857, que llevaba, y que era una de aquellas que en África hicieron morder el polvo á la morisma, y la res cayó en medio de la lastra muerta, al parecer.

Loco de entusiasmo sale nuestro D. Pedro del puesto con el chuchillo en la mano; pero á los pocos pasos que anduvo, vió con sorpresa, que la res se levantó y emprendía una vertiginosa carrera, desapareciendo prontamente de su vista, trocándolo en víctima, cuando él se daba pisto de matador.

Los dos perros llegaron al tiro momentos después de levantarse la cierva, y siguieron latiendo por sus rastros, y el cazador se volvió al puesto, cargó sus dos armas, y se ocultó tras de la pantalla corrido y avergozado de que una

cierva lo hubiera chasqueado de un modo tan inocente.

En el portillo continuaba la zambra, y no se interrumpían los tiros y las voces de los montadores, ni los latidos de los perros.

Á Cardera le entró un venado que se le paró á unos setenta pasos, sin duda sorprendido al apercibirse de su persona, y le pegó un balazo en el codillo, que quedó muerto en el acto.

Otra cierva le entró al criado del Sr. Bellido, y la erró con la mayor maestría, y después de romper la línea de escopetas, y á mucha distancia, le disparó dos tiros D. Francisco, sin resultado. El criado del cura erró otro venado grandísimo, y el cazador de D. Pedro mató una cierva y erró un huserón que con ella venía.

Pero lo notable que pasó en este portillo, fué que cuando ya se apaciguó la zambra de reses, perros y escopetas y los podenqueros avanzaban resueltamente como dando por terminada la batalla, surgió de pronto una gran gritería de perros muy cerca de las escopetas, viéndose delante de ellos un venado albarón de catorce puntas que se dirigía velozmente al puesto del señor cura. Éste lo deja cumplir, y al emparejar la res por su izquierda, se echa la escopeta á la cara, dispara y le da aquélla pistonazo.

El venado dió un gran salto y siguió como alma que lleva el diablo, perseguido por más de veinte perros, quedándose el cura pateando de rabia, lamentándose de su mala suerte, preten-

diendo hacer pedazos la escopeta y jurando y perjurando que no volvería más á ninguna montería. Ya muy lejos, disparó D. Pedro un tiro al venado con la carabina Minié, sin lograr acertarle.

Con este inesperado suceso terminó el portillo, que puede decirse fué el más divertido de los cuatro que se llevaban monteados, no sólo por las muchas reses que salieron y se tiraron, sino por los singulares incidentes que ocurrieron durante la batida.

Los perros trabajaron muchísimo y su labor fué excelente, siendo lástima que no se hubiera dispuesto de más escopetas para haber atajado otros importantes puestos que quedaron vacíos, por los cuales se escaparon muchas reses.

Los podenqueros aseguraron que habían levantado lo menos veinte cervunas, y que más de la mitad se marcharon por la retranca seguidas de los perros.

El guarda reconoció á su paso por el puesto de D. Pedro los dos tiros de la cierva que aquél fogueó, no hallando en ellos señales de ir herida la res; y el haberse echado ésta en la lastra al segundo disparo, lo explicó diciendo que fué efecto de pasarle la bala muy cerca de la columna vertebral, y que este caso solía producirse algunas veces, y la gente de la sierra lo conocía con el nombre de *calentón*.

D. Pedro halló muy acertado que se le definiera con este nombre, sólo que creía que eso

de *calentón* debía aplicarse al cazador y no á la res.

Reunidos todos en el hato y recogidas y cargadas las reses muertas, montaron á caballo los señores y se dirigieron á la choza, precedidos de la gente á pie, muy satisfechos todos del buen día de montería que habían tenido.

Cardera estaba loco de contento y explicaba el lance de la muerte de su venado á todo el que quería oírle, empleando para ello palabras, gestos y actitudes. Era la primera vez que mataba una res, y tanto le alagó su hazaña, que repetía á voz en grito que estaba dispuesto á solemnizarla, como era costumbre en la sierra, y á echar la casa por la ventana, si era necesario, para que dejara buen recuerdo en todos los que la habían presenciado; cuyos excelentes propósitos fueron muy bien recibidos por los señores, y aplaudidísimos por los demás de la expedición.

El señor cura no rechistaba siquiera, y pasaba su mal humor fumando continuamente y hablando consigo mismo, oyéndosele, alguna que otra vez, decir entre dientes:

—¡Nada, entré con mala pata! ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia!

Y nadie se atrevía á distraerlo por no aumentar su disgusto.

D. Pedro^s Herrera iba haciendo esfuerzos de imaginación por componer una aleluya alusiva á lo del *calentón* de su cierva, y no hallaba más consonante que *reventón*; y era que al hombre

le había reventado el que la res lo timara tan despiadadamente.

Casi obscurecido llegaron á la choza, y en seguida fueron colgadas las reses en la encina con las demás, y se ordenó todo como en las noches anteriores.

Los señores se metieron en la choza, en donde intentaron avivar el fuego con un buen brazado de jaras, pero hubo que desistir de hacer llama y dejar solo el rescoldo, porque el humo les ahogaba. El guarda dijo que el aire ábrego que hacía, imposibilitaba encender lumbre en su choza.

Al entrar Cardera en ésta, arrojó Juanico Navarro cerca de sus pies un pedazo de cazuela, porque no encontró á mano una teja, diciéndole al propio tiempo:

—Le rompo á usted la teja, y le invito á que nombre abogado que le defienda, pues le vamos á formar consejo de guerra.

—¿Qué delito he cometido?

—Haber muerto un inocente venado.

—Me someto al fallo del consejo—contestó Cardera muy complacido—y desde luego nombro abogado defensor á D. Sebastián de Lara. Sólo ruego á los jueces que suspendan la vista del proceso hasta mañana, con el fin de que pueda mandar á la Centenera y á Andújar por las *pruebas* que creo pertinentes para mi defensa.

—Conforme,—dijo Juanico Navarro—y que-

da aplazada la vista del proceso hasta que lleguen las *pruebas*.

Sentados los señores al rededor del rescoldo del hogar, y la gente auxiliar en las inmediaciones de la lumbre del vivar, empezaron en una y otra parte los comentarios de rúbrica, y acordándose D. Diego de la pregunta que D. Pedro le hizo la noche anterior referente á las costumbres que observan las cervunas en el celo y las ciervas para criar sus jabatillos, cantestó de esta manera:

—En el mes de Julio empieza el celo ó la berrea, y dura hasta principios de Septiembre. Los venados en este período se suben á las cumbres y profieren grandes y prolongados berridos, que suelen imponer á los que por primera vez los oyen y no saben su procedencia, pues á la vez que potentes, son de entonación lúgubre y misteriosa. Este berrido sirve de toque de llamada para las hembras, que acuden amorosas á unirse con los galanes si se hallan dispuestas á aceptarlos.

Pero también ocurre que á dicho berrido contesta otro y otros, y entonces se establece una lucha que podemos llamar de dimes y directes, que concluye con una batalla entre los machos, en la que muchos salen heridos por las defensas de sus contrarios; otros sacan mutiladas sus cuernas, y algunos duelistas se entrelazan éstas en tal forma que quedan imposibilitados para la huída y pueden ser cogidos por cual-

quiera persona, como sucedió no hace mucho en la dehesa de Fontanar de Flores, que un muchacho se hizo dueño de dos venados que estaban en dicha forma, tan sólo con acercase á ellos con precaución y desjarretarlos con una pequeña navaja.

Terminado el celo se forman toradas de machos, y las hembras se dispersan acompañadas de la cría del año, y algunas veces también por las del anterior, si ésta es tardía y no llega á encelarse, y viven constituídas en familias, errantes por las selvas, y siempre atentas á donde encuentran quietud y medios de subsistencia.

Á principios de Mayo suelen empezar á parir, y lo hacen en los sitios bajos y fértiles, pero no de mucho monte, observando la madre muchas precauciones para entrar y salir de la cama, mientras no puede trasladarse la cría de un punto á otro por sí misma. La cría mayor ayuda á la madre en los cuidados de vigilancia, y acompaña á la menor cuando aquélla sale á pastar, que siempre es por la noche.

—¿Cómo luchan los venados?

—Con las defensas ó candiles, que son las puntas largas y agudas inmediatas á la frente, y á patadas y manotadas. Con las primeras hieren y con los remos contunden, pues tienen en ellos unas fuerzas que admira. La cornamenta sólo les sirve como arma defensiva.

—¿Cuántos años vive un venado?

—No creo que pase de diez y ocho á veintidós?

—¿Es cierto, D. Diego, que los venados renuevan sus cuernas todos los años?—preguntó el Sr. Bellido.

—Sí, á fines de Marzo empiezan á tirarles, y á mediados de Mayo vuelven á echarlas de nuevo. Primero les salen unos muñones largos, deformes y de color rojizo. Después se van desarrollando poco á poco y toman sus formas ordinarias, perdiendo al mismo tiempo su color rojo, que se trueca en pardo; y últimamente mudan una especie de pelusilla gris que cubre toda la nueva cornamenta y queda ésta limpia y brillante.

Cuando los venados atraviesan el primer período de la echadura de sus nuevos cuernos, huyen de los montes altos y espesos, en donde el contacto con las ramas les causa mucho daño, y andan sólo por los montes bajos y por los terrenos descubiertos; verdad es que este período es corto.

—Es común la creencia de que los venados tienen tantos años como puntas adornan sus cuernas. ¿Es cierto?—preguntó D. Pedro.

—No. El venado del año está desmochadò. Al siguiente echa dos garcetas ó cuernos largos y finos, que por eso se llaman huserones. Al tercero ya adornan sus cornamentas con cuatro ó seis puntas, y así van aumentando, sin estar en razón directa las puntas con los años, hasta llegar á los límites que te dije anoche.

Conque, señores, terminó D. Diego, vamos á celebrar el consejo de ministros; después á cenar, y en seguida á la cama á buscar otro nuevo día.

Los postores y el podenquero Acebes se personaron en la choza, y por unanimidad se decidió montar al día siguiente el cerro de los Pinos y el Lanchar.

Juanico Navarro manifestó temores de que se desgraciara el día por causa de la lluvia, en atención, entre otras señales, á la gran ceja que se había presentado al ponerse el sol, y que lo veló totalmente antes de desaparecer del horizonte; al cerco que llevaba la luna, y á la gran nublarada que se presentaba hacia el Portillo de Priego.

Los señores oyeron resignados los pronósticos de Juanico Navarro, y decidieron obrar al día siguiente conforme se presentara el tiempo.

En seguida se sirvió la cena, que para los señores consistió en cocido, un guiso de lenguas y riñones de las reses muertas, ensalada y postres; y para los criados un cocido abundante. Cardera devoró, pues decía que su hazaña del Mortero le había abierto el apetito; ¡como si él necesitara de aperitivos! El señor cura comió poco, y D. Sebastián menos. Á este último le empezaba á molestar el dolor de estómago, y sólo tomó sopa y una taza de manzanilla hecha en la caldereta de D. Diego, que, como ya hemos dicho, la llevaba siempre colgada en la albardilla de su caballo.

En cuanto se fumó el cigarro y se dió la vueltecita de costumbre por los alrededores de la choza, se acostó todo el mundo con la impresión de que amanecería lloviendo, pues ya se había nublado por completo el cielo, el aire era fuerte y puro malagueño, y se percibía un olor á tierra mojada, precursor de próximos aguaceros.



XI

EL bueno de D. Sebastián pasó la noche en vela. El dolor de estómago, que se le había iniciado antes de acostarse, se le recrudeció después, no bastando para aplacarlo ni la acción del bicarbonato ni otras medicinas que á prevención llevaba preparadas. Sentado en la cama no hacía más que mirar el reloj y desear que amaneciera, como si la luz del día le trajera el alivio tan anhelado.

En medio de su insomnio contemplaba á sus compañeros que dormían como lirones, y envidiaba su tranquilo sueño. Pretendió levantarse y pasear por el interior de la choza, á ver si con el movimiento y el cambio de posición obtenía algún alivio; pero todo fué en vano. Desesperado con sus agudos dolores volvió á acostarse, y allá á las tres de la madrugada, que aquéllos se aplacaron algún tanto, le rindió el cansancio y se quedó dormido.

Poco le duró el reposo, pues estaba cortada aquella noche para serle toledana, y no faltaron los pronósticos.

À la hora, poco más ó menos, de quedarse dormido, despertó sobresaltado por el ruido que metía la gente del vivac, que dispersada por el gran aguacero que caía, invadió la choza para buscar allí refugio. Pero aunque su despertar fué violento, se resignó bien pronto al sentirse sin dolores y observar que sus compañeros despertaban como él, se entablaba conversación y se interrumpía la tristeza y la monotonía de la noche.

Bien pronto tuvieron todos que abandonar las camas. El agua caía torrencialmente y se filtraba por la techumbre de la choza, originando una porción de goteras que eran difíciles de sortear.

Las brasas del hogar se apagaron totalmente, y para formar otras nuevas, hubo que encender lumbre, lo que ocasionó una densa humareda que no había pulmones que la resistiera, por lo que, entre asfixiarse dentro de la choza ó calarse hasta el pellejo fuera de ella, se prefirió esto último, y todos salieron al campo liados en sus capotes de monte á recibir resignados el agua, amparados contra la pared de la choza, opuesta al lado del temporal.

El cocinero y su ayudante se dieron prisa á hacer brasas. El guarda subió á la techumbre y tapó con tablas de corcho el agujero que servía de chimenea, y algunas otras goteras de más bulto, y disipado el humo, volvieron los señores á ocupar su alojamiento.

En esto amaneció, y con la luz del día se aplacó algo el temporal, cesando la lluvia fuerte y quedando sólo esa caladera que se filtra en la tierra sin perderse una gota. Esto era ya más tolerable; pero no había señales de que terminase, y esto desesperaba á los expedicionarios.

Desde luego, la mañana podía darse por perdida. ¿Qué perro cazaba con el monte chorreando y lloviendo? Era exigir demasiado á los animales. Además, que todos sabían por experiencia que en las condiciones que estaba el tiempo, los perros se repliegan y acordonan detrás de los podenqueros, y por más que se les anime, no hay ninguno que aproxime la nariz á las matas.

Eran las siete y media, y habiendo frito el cocinero en la sartén las asaduras de los lechones, se procedió á comerlas en la choza, apartándose á los señores en un lebrillo sus raciones correspondientes.

El temporal seguía; pero unos grandes vapores que se veían acumulados en el cerro de la Virgen de la Cabeza, en el Peñón del Rosalejo y en otros altos puntos de la sierra, hacían concebir esperanzas de que aquél cediese, ó por lo menos se aplacase, y así fué felizmente. Al poco rato los vapores se extendieron por todas partes, y si no cesó la lluvia del todo, quedó sólo reducida á una blandurilla que, si bien calaba, no por eso dejaba de convidar á romper el encierro forzoso de la choza y á salir al campo á expansionarse.

Señores y criados estaban aburridos, pues no hay cosa que contraríe más á un cazador que no poder ejercer su afición por causas ajenas á su voluntad, cuando se encuentra dentro de los medios más propicios para realizarla.

D. Pedro, sin embargo, no permaneció ocioso, pues observando por la ventana de la choza que gran cantidad de urracas se paraban en una encina próxima, atraídas sin duda por la reses muertas y por los desperdicios de las comidas de los expedicionarios, se propuso diezmárlas á tiros, y desde la choza lo hizo despiadadamente. El ejemplo de D. Pedro siguió Cardera; pero en cuanto las aves se vieron agredidas, volaron á otros sitios y cesó la diversión.

Los tiros animaron á los demás cazadores y los decidieron á coger sus armas y cargarlas con munición; pero como las urracas habían desaparecido, resolvieron ponerse á florear.

Fueron los blancos elegidos pedazos de corcho de unos siete centímetros cuadrados, que tiraban los podenqueros, y muchos de aquéllos fueron heridos. Á D. Diego se le tiró una moneda de dos cuartos, que tenía un diámetro próximamente igual á la de diez céntimos que ahora están en uso, y la envolvió en el núcleo del tiro y no se la vió caer al suelo.

Al cura Pérez, que estaba en la puerta de la choza recostado en los umbrales de la misma viendo el espectáculo, le impresionó esta acción, y celoso de que á D. Diego se le prodigasen ala-

banzas, cogió su escopeta y dirigiéndose á don Diego, le dijo:

—¿Quiere usted que tiremos cada uno tres tiros á otras tantas monedas de dos cuartos?

—Sí, señor.

Cardera se encargó de arrojarlas, y D. Diego tocó á las tres. El cura Pérez hirió á dos, contrariándole mucho la victoria de su contrincante.

—D. Diego, esto de florear con perdigones no tiene gracia,—expresó el señor cura,—pues las piezas de dos cuartos se ven bastante tiempo en el aire y es fácil hacerles la puntería. Le invito á florear con bala y á tenazón, y para ello tiraremos sobre granadas, que nos arrojarán desde el campo en sentido paralelo á la pared del lado occidental de la choza, y la habilidad consistirá en partirlas de un balazo á su paso por la luz de la ventana. ¿Acepta usted la proposición?

—La acepto,—dijo D. Diego con resolución,—y si le parece á usted dispararemos cada uno cuatro tiros, y sortearemos á cara y cruz, á ver á quién le toca tirar primero.

Se cargaron las escopetas con una sola bala en cada cañón, se hizo el sorteo con una moneda, y le tocó al señor cura tirar primero.

Ambos contrincantes se colocaron dentro de la choza dando frente á la ventana, y el señor cura se dispuso á disparar en cuanto se le presentase el blanco.

Cardera fué el encargado de tirar las granadas por la parte exterior, y se convino en que antes de arrojar cada una, avisase diciendo: «allá va», y así se hizo.

La primera granada fué hecha pedazos; la segunda y tercera no fueron tocadas, y la cuarta sufrió la misma suerte que la primera. Todos quedaron admirados de la habilidad del señor cura; pero no le hicieron demostración de ningún género, hasta ver el comportamiento de D. Diego.

Éste tiró la primera y segunda granada sin resultados; la tercera la hizo añicos, y la cuarta pasó por la luz de la ventana sin tocarle el proyectil.

El triunfo era del señor cura, á quien se le tributaron las mayores alabanzas, que él escuchaba visiblemente emocionado.

Desde entonces desarrugó el entrecejo, se alegró su semblante, se olvidó del lance de la cierva y se trocó su carácter retraído y taciturno hasta entonces, en decididor y chancero. Para él, haber obtenido un triunfo sobre D. Diego en cuestiones de tiro, era más que si le hubiese tocado el premio gordo de la lotería de Navidad.

D. Diego no le dió importancia á este suceso, y hasta se alegró del triunfo del señor cura. La gente auxiliar presenció el lance desde fuera de la choza, y palmoteaba frenéticamente cada vez que una granada era hecha pedazos por la bala; y cuando se enteraron de que el señor cura

había sido el vencedor, se miraron unos á otros admirados, y cambiaron instantáneamente de opinión respecto al concepto poco favorable que aquél les merecía como tirador; cambio que estaba muy justificado, sabiendo que la gente de Sierra Morena respeta y admira á una persona, tanto más, cuanto mayores pruebas da de tirar bien y prontamente.

Eran las nueve y media; la lluvia había cesado por completo; algunas débiles ráfagas de viento del cuarto cuadrante sacudieron el monte y arrastraron las nieblas y los nublos hacia el Nordeste, despejando algún tanto la atmósfera.

No había tiempo para montar los dos portillos, y con el fin de no perder toda la mañana, se convino en un *concejillo*, que se celebró al efecto, echarla de conejos, merendar en la choza entre once y media y doce y montar por la tarde el Lanchar. Y puestos en ejecución estos nuevos proyectos, se descargaron las escopetas, disparándolas á una piedra que se eligió como blanco; se volvieron á cargar de munición, se reunieron los perros, y todo preparado, marcharon los señores con Juanico Navarro á tomar posiciones en los sitios adecuados dentro de la zona que se iba á batir.

D. Sebastián preguntó al guarda si su pájaro cantaba, y recibiendo respuesta afirmativa, cogió el reclamo y poniéndole una mala sayuela, se marchó á hacerle un puesto en una alturita lejana al sitio en donde se iban á cazar los conejos.

D. Diego se quedó con los podenqueros, las escopetas negras y el guarda para entrar á montar con ellos y jalear á los perros.

La caza de conejos con los podencos en Sierra Morena, tiene verdaderos alicientes que encantan al cazador que por primera vez concurre á ella, pues sin separarse de los procedimientos usuales en otros países de cazarlos en mano ó en ojeo, participa de los dos á la vez.

Elegido el terreno que se ha de batir, que siempre es algo extenso, se colocan las escopetas en lo alto de los peñones y en los pasos y sitios de querencia, siempre á favor del viento, ó sea que éste les dé en la cara; y otras, con los podenqueros y los perros, entran por los límites del terreno elegido, tomando asimismo estas posiciones, análogas á las que ocupan las primeras.

Los perros se dispersan en seguida por el ojeo, animados por los podenqueros, y á los pocos momentos empiezan á levantar conejos y á latirles y correrles desafortadamente, armándose una zambra animadísima, pues mientras persiguen uno, levantan diez, y aquello se convierte en una continua gritería.

Los conejos más prudentes y de más experiencia, en cuanto sienten los menores síntomas de la batida, emprenden la retirada hacia sus querencias, haciendo paraditas y escuchas como para darse bien cuenta del *nublado* que se les viene encima, y son los primeros que se en-

cuentran con las escopetas y los primeros también que pagan con su vida. Los demás se mueven por donde pueden, unos hacia la retranca, otros hacia la postura y los costados; no pocos quedan en la boca de los perros, y los restantes, ó se encierran en los boquizos, ó se emboscan en una olla de monte, en donde se creen invulnerables.

Las escopetas de la retranca avanzan hacia las de la postura, ocupando sucesivamente nuevas posiciones, estrechando así más el espacio en donde trajinan los conejos y los perros, hasta que últimamente copan unas y otras escopetas en unión de los perros el tupido matorral que sirve de último refugio á los conejos, y allí se verifica aquello de «sálvese el que pueda», entablándose una refriega de latidos, tiros y chillidos que dura poco, pero que emociona, divierte y entusiasma.

En este último período los conejos se tiran como rayos, llevándose algunos cuatro ó más tiros, y á pesar de ello, se marchan muchos á criar.

Aquí termina el ojeo. Los podenqueros reúnen los perros, las escopetas negras apiolan y destripan la caza muerta, y entre tanto, marchan las escopetas á tomar nuevas posiciones en otro nuevo terreno contiguo al monteado, para continuar la misma faena descrita anteriormente.

Concluido el tercer ojeo se retiraron los ca-

zadores á la choza, llevando á ella, como trofeo de las batidas, sesenta y dos conejos y dos perdices.

D. Sebastián apareció al poco rato con su reclamo enfundado y colgado en la parte de atrás del cuello de su chaqueta, la escopeta y la manta al hombro, y en la mano izquierda cinco perdices muertas. Venía entusiasmadísimo de la bondad del reclamo, cuyo buen comportamiento le sorprendió tanto más, cuanto que fué á cazarlo en la inteligencia de que no abriría el pico.

—Sólo mi afición,—dijo al llegar, á la caza de perdices con reclamo,—me decidió hacerle un puesto al del guarda, y la verdad es que ha demostrado tanta afición como yo; porque á pesar del desdichado accidente que le ocasionaron los perros, no ha cesado de cantar en la hora y media que lo he tenido colgado, y cuando se le aproximaban las perdices del campo, las recibía con una suavidad tan admirable, que todas se las ha tirado á menos distancia de un paso de la jaula.

Ya puede usted estar contento con su pájaro,—añadió, dirigiéndose el guarda—y si alguna vez le conviene deshacerse de él ó venderlo, sepa que yo tendré mucho gusto en comprarlo.

—Para venderlo lo tengo,—dijo el guarda.

—¿Cuántos celos tiene?

—Este año se caza de tercero.

—¿Cuánto quiere usted por él?

—En el mes de Marzo me dieron seis duros; por consiguiente, si me da usted uno más por la jaula y el trigo que se ha comido desde entonces acá, desde luego es de usted.

—Allá van,—y D. Sebastián le entregó los siete duros quedándose con el reclamo.

Y he aquí cómo adquirió un buen reclamo de tres celos por poco dinero, que después fué la admiración de los *cuquilleros* de Arjona y el azote de las perdices de Albaida, de las Rabuas, de los Cotrufes y de los barrancos de los Cristos.

En seguida se pusieron todos á comer un potaje de habas con berenjenas que había preparado el cocinero, y que estaba riquísimo. Los señores tomaron algunos postres y encendiendo después un cigarro, montaron á caballo, y, acompañados de la gente á pie, marcharon á cercar el Lanchar.

El tiempo se mantenía nublado y seguía el aire del cuarto cuadrante, por lo que no había temores de que lloviera por el momento.



XII

QUITIMOS referir la batida del Lanchar, porque fué un fracaso completo. Rastros frescos que se encontraron por todas partes, marcados después de la lluvia, delataban que las reses habían huído, espantadas sin duda por los tiros y por los latidos de los perros en la caza de conejos. Se pensó en montar el Cerro de los Pinos, porque aún había tiempo para ello, pero se desistió de hacerlo en la creencia de que sucedería en este portillo lo mismo que en el del Lanchar; así es que se tomó la resolución de volverse todos á la choza, y se puso en práctica en el acto.

Á la llegada de los expedicionarios, apareció el arriero montado en una bestia, y manifestó á Cardera que, por efecto de las lluvias y de haber tomado mucha agua el río Cabrera, no le había sido posible pasar el vado y dirigirse á la Centenera por vino, según se le había mandado. Esto contrarió mucho á Cardera, que quería que aquella noche se verificasen los festejos de su noviazgo; pero hubo que desistir de ello, en vista de faltar el elemento principal en estos casos, y aplazar la función para la noche siguiente en la Centenera.

El resto de la tarde se pasó en hacer una gran lumbre en el *vivac*, á la que los señores y criados aportaron su haz de leña correspondiente, y se formó una inmensa hoguera, cuyas llamas sobresalían de la techumbre de la choza, haciéndose buenas brasas, que muchas de ellas fueron trasladadas después al hogar de los señores.

Esta gran lumbre no sólo sirvió de diversión, sino también para que se secasen los capotes y aun las ropas de los expedicionarios, al propio tiempo que para orear el terreno próximo á ella, y que debía de servir de camastro á la gente auxiliar.

Á los perros se les dió su ración de cena; pero antes se les metieron las cuatro patas en una composición de vinagre y sal, que se llama *salmuera*, con el fin de que se les endurecieran, pues realmente estaban aspeados por efecto del mucho trabajo que habían tenido en tres días. Este remedio es eficacísimo, y los vuelve á poner en condiciones de cazar con todas sus facultades, por lo que suele repetirse cada tres ó cuatro días y á veces más á menudo, en las expediciones de montería.

La distribución de la comida á los perros constituye también un encanto para los cazadores noveles, ó que por primera vez concurren á una montería; por lo que, aunque nuestros lectores nos tachen de demasiado detallistas, nos decidimos á describirla.

Cada podenquero recibe del encargado del

hato el pan necesario para la comida de sus perros, y á la voz de *pan pan*, los reúne inmediatamente y se los lleva á un lugar apartado. Allí se sienta en el suelo ó en una piedra, y con su navaja hace las raciones para cada uno, teniendo en cuenta al cortarlas, no una igualdad perfecta para todos, sino la cantidad prudencial que juzga necesaria para que todos los perros queden bien alimentados.

En cuanto tiene hechas las raciones llama á cada perro por su nombre, le echa la ración de pan, que siempre es cogida en el aire, y con ella en la boca se separa cuatro ó cinco pasos del podenquero y se pone á comerla, ó mejor dicho, á devorarla.

Todos la despachan en media docena de bocados, porque saben que si no andan listos en dar fin de ella, vienen otros perros más voraces y se la disputan, librándose una lucha segura, en la que tiene que intervenir el podenquero para poner paz, y restablecer el debido respeto á la propiedad.

Algunos perros que han comido desperdicios de las reses muertas, ó que han aprovechado descuidos del cocinero ó del hatero, y otros que han participado de uno y de otro plus y se encuentran repletos, toman la ración de pan y escapan con ella en la boca á depositarla en un pequeño barranco que hacen con las manos, y que luego tapan muy disimuladamente con el hocico, para después comerla cuando les aprieta el hambre.

Pero como en cuestiones de comida son poco escrupulosos los perros, y las leyes del compañerismo son letra muerta para ellos, no falta quien observa las maniobras de los enterradores de pan, y cuando éstos vuelven al hato satisfechos del disimulo con que han hecho la operación, van aquéllos á la sepultura, sacan el muerto y se lo comen con singular afán, por lo mismo que ha sido substraído fraudulentamente.

Otros perros no comen su ración de pan á la vez y tienen que dársela el podenque á pedacitos; pero éstos son muy contados.

Ya anochecido se reunieron los señores en la choza, alrededor de las brasas del hogar, é iniciaron animada conversación sobre los sucesos del día y sobre los que probablemente acontecerían en los siguientes.

El señor cura manifestaba su contento por su triunfo en el floreo de las granadas, y por haber muerto once conejos y una perdiz.

Cardera no hablaba más que de la muerte de su venado y de lo mucho que le había contrariado que el arriero no hubiera podido pasar el río Cabrera.

D. Sebastián elogiaba las condiciones y excelencias del pájaro que había comprado al guarda; refería el puesto que le hizo por la mañana y lo melosamente que había recibido á las perdices del campo.

—Es un pájaro de muchísimo atractivo,—decía—y me prometo con él aterrar al famoso

Jaula Verde de mi cuñado Paco Javier, que tantos disgustos me ha dado en el monte de Mudapelo. ¡Ya verá el señor Jaula-Verde quién es Montealegre.

—Pero D. Sebastián,—objetó D. Pedro,—yo creía que las perdices no se cazaban con reclamo más que en Marzo con los machos y en Junio con las hembras. Al menos así he visto yo cazar en dichas épocas á mi padre, y ya sabe usted que es aficionadísimo é inteligente en esta clase de caza.

—En efecto; las perdices se cazan con reclamo macho en Marzo, que es cuando están en el celo, y con reclamo hembra en Junio, que es la época en que las hembras completan su echadura y no admiten á los machos. Pero las perdices tienen otro celo, que llaman el de San Martín, que es más ardiente y mucho más corto que el de Marzo; y este celo, que ordinariamente se logra entre la última decena de Octubre y la primera de Noviembre, es el que yo he aprovechado con mi reclamo esta mañana.

—¿Qué causas producen este celo?

Te las explicaré. Los pollos de perdiz, desde que las hembras los sacan del cascarrón, viven en bandadas regidas por las madres, y en algunas también por los padres, hasta que llega esta época, que hechos ya todos unos mozalbetes, pretenden los machos congraciarse con las hembras, por medio del valor y del poder, que son las manifestaciones que más eficazmente influyen en el ánimo del sexo débil.

De aquí que se piquen y entablen luchas encarnizadas, hasta que logran clasificarse por orden de poder. Entonces, el que más puede es el gallo de banda, y el primero que elige la hembra que más le place, luego hace lo propio el que le sigue en poder, y así todos los demás; quedándose los más cobardes sin hembras ó con las más feas de la banda, pues no siempre iguala el número de machos al de las hembras.

Hechas las parejas, se separan y viven independientes, hasta que las heladas y los temporales las enfrían y vuelven á reunirse en banda, y así pasan el invierno, pero ya emparejadas y sin perder la unión que se efectuó en la picadilla. Á fines de Febrero les vuelve el celo, y entonces es cuando definitivamente se separan las parejas para hacer la cría.

De todo resulta, que si un cazador con un buen pájaro, tiene la suerte de hallarse en un puesto cuando se verifique la picadilla de una banda, es seguro que logrará un gran éxito, pues irá matando sucesivamente á los machos conforme se vayan éstos clasificando en sus luchas intestinas. En el puesto de esta mañana encontré á los pollos de la banda ya emparejados y separados; así es que han entrado en la plaza por parejas, y aun he hecho carambola con una de ellas.

—Estoy conforme con cuanto usted dice, D. Sebastián; pero quisiera saber cómo se ha averiguado el que las perdices de una banda pasen el invierno emparejadas.

—Muy fácilmente. Fíjate en los dormitorios de las bandas después de pasado el celillo de San Martín, y verás cómo los montoncitos de gallinazas ó de excrementos de las perdices están muy juntos de dos en dos; lo que prueba que las parejas se juntan para dormir.

—¿Mudan la pluma todos los años las perdices?

—Sí, pero sólo cada dos es cuando hacen la muda completa, que son los que las corresponde tirar hasta la caspa. Los otros años sólo mudan la pluma larga, la de los escudos y alguna otra. Como yo vivo entre perdices, pues tengo siempre lo menos dos en mi despacho, he podido hacer las observaciones que te he referido; y es más, he notado también que los años que los reclamamos mudan del todo y tiran la caspa, es su comportamiento mucho mejor que en los que sólo mudan á medias.

—Fuerza es convenir, mi querido D. Sebastián, en que es usted un excelente cuquillero,—dijo Cardera;— pero dejemos esta conversación y vamos á otro asunto que interesa.

Aquí está pasando Perico Herrera como un veterano en matar reses, y todo porque dice, y yo no lo pongo en duda, que mató una marrana en el Peral, siendo muchacho. Dicha marrana, según tengo entendido, no la mató, entrándole cubriendo un puesto en un portillo, sino incidentalmente; y siendo así, creo que no debe dársele patente franca y relevarle del noviazgo;

sino, por el contrario, considerarlo como cazador novel y sujetarlo á las leyes de caza de Sierra Morena, en cuanto mate una res con todas las reglas del arte.

—No me considero relevado de que se cumplan en mí las leyes que mencionas,—dijo don Pedro,—y lo que deseo es matar mañana mismo un gran venado ó un buen jabalí, para probarte que sabré celebrar mi hazaña con el mismo entusiasmo que piensas celebrar la tuya del Mortero.

—Sin embargo,—añadió D. Francisco Talero,—Perico ha muerto una res, y sea ó no que le entrase cubriendo una postura, es lo cierto que se la remató á los perros con gran oportunidad y decisión; y esto me consta, porque precisamente los perros de D. Diego y los míos intervinieron en el suceso, y yo mismo, que llegué al Peral dos días después de ocurrido, pude enterarme de todos sus detalles.

Pero, en fin, como estos señores no están al tanto del lance, creo, Perico, que debías referirlo, y así decidieran de si se debe ó no considerarte como veterano ó como novel, según significa Antonio Luis.

—Sí, sí, que lo cuente, y así juzgaremos,—exclamaron todos.

—Corría el mes de Marzo de 1857,—empezó á referir D. Pedro;— tenía yo poco más de catorce años, y me hallaba en la dehesa del Peral en compañía de mi padre y de D. José Parras, que estaban allí cazando el pájaro.

Yo no lo cazaba, y sólo me entretenía en tirar conejos en los tamujares y palomas torcaces en los fresnos del río Jándula, y en no dejar vivir urraca, picarazan ni arrendajo que se ponía á tiro de mi escopeta, acompañándome siempre un cazador de los Villares de Jaén, ¡buen muchacho y excelente escopeta!, que se llama Justo Mena, hermano de Pío, que traigo de cazador en esta montería.

Habían llegado á la Casa del Peral las reales de D. Francisco y de D. Diego para esperar allí á dichos señores y á otros más que tenían concertado echar una montería en la misma dehesa del Peral y en otras colindantes; y con el fin de que los perros no estuvieran encerrados ni ociosos, me encargó mi padre una mañana que me fuera con ellos y con los podenqueros y Justo á cazar conejos al cerro del Tesoro, y así lo hicimos, soltando los perros al efecto en la ladera Oeste del mismo, y yendo nosotros en mano tras de aquéllos.

Cuando habíamos recorrido más de la mitad de la subida de dicha ladera, sentimos en lo alto del cerro latir de parada al perro *Malhato*, de D. Francisco, al propio tiempo que los podenqueros gritaban:

—¡Es un cochino! ¡Macho ahí! ¡Arrimarse ahí!

Oír yo tales voces y lanzarme á la carrera hacia la cresta superior del cerro, todo fué instantáneo; pero cuando llegué y me ví en la cima,

ya habían levantado los perros al cochino y lo perseguían furiosamente por la ladera Este del cerro, en dirección al de las Sepulturas, armando una gresca fenomenal, pues se habían reunido las dos realas para atacarle.

No me doy cuenta de cómo pude bajar por la vertiente oriental, erizada como está de peñones y cubierta de espesísimo monte. Pero es lo cierto que en cuatro brincos salvé los obstáculos y me puse á poca distancia de los perros y de la res.

Ésta iba que volaba; y al llegar al arroyo del Madroñalejo, que llevaba mucha agua, se echó de golpe en su cauce y pretendió pasarlo á nado, cuya maniobra le hizo perder tiempo y espacio, y dió lugar á que los perros, que los llevaba casi encima, la cogieran y sujetaran dentro del agua.

Yo llegué momentos después y presencié un espectáculo que no se borrará jamás de mi memoria. Buena cantidad de perros estaban agarrados á la res sin véseles más que las cabezas, pues los cuerpos los tenían sumergidos. Otros ladraban furiosamente desde la orilla y desde los peñones próximos, todos armando un guirigay infernal, y la res gruñendo desesperadamente.

Entonces eché una bala corrida, ó sin atacar, en mi escopeta, que la llevaba cargada de munición, y cogiéndola por la garganta como si fuera una pistola, apoyé la boca del cañon detrás de la oreja del animal, disparé, y quedó muerto en el acto, y yo con la mano derecha magullada por el violento retroceso del arma.

—¡Bien! ¡Bien, Perico! Esto es tener sangre serreña,—objetó el señor cura entusiasmado.

—No he concluído aún, y voy á hacerlo.

Á poco llegaron los podenqueros y mi cazador, ahuyentaron á los perros, que les costó bastante trabajo, sacaron la res del arroyo, que era una hermosa marrana, la destriparon, sacándola siete lechoncitos próximos á nacer, y perfectamente atada fué conducida en hombros á la Casa del Peral, que está á bastante distancia del sitio de la aventura, y con la agravante de que para llegar á ella hubo que subir primero una empinada cuesta y después bajar la llamada del Suspiro, que no es menos trabajoso recorrerla aunque sea para bajarla.

—Opino,—dijo el señor cura,—que á Pedro se le debe dar patente de veterano. Su comportamiento así le hace acreedor.

—Pues yo creo que no,—manifestó Cardera.—Convengó en que se portó como un hombre siendo un niño en la persecución y muerte de la marrana; pero repito que no la mató entrándole en un puesto de un portillo, sino de un modo incidental.

—No estás en terreno firme, Antonio Luis,—replicó D. Francisco Talero,—y de ello te convencerás cuando te haga la siguiente reflexión: dime, si te encontraras cubriendo un puesto en un portillo y los perros coparan un marrano baratero cerca de tí, y salieras valientemente del puesto y lo remataras, ¿te conside-

rarias con méritos suficientes para que te hicieran novio?

—Sí, señor.

—Pues el caso es el mismo para Perico en lo esencial del suceso; y así, opino como el señor cura y, desde luego, le doy la alternativa.

—Y lo mismo nosotros,—dijeron los demás.

—Pues yo agradezco la opinión de ustedes; pero no me creo relevado de festejar la primera res que maté, como si realmente me hiciera novio, y así lo cumpliré.

Y á propósito, D. Sebastián; como corolario á esta aventura de caza, voy á referir á usted, en breves palabras, mi primer puesto en la caza del pájaro, pues indudablemente tiene relación con la muerte de la marrana.

Contento mi padre de que hubiera muerto dicha res, me permitió cazar un pájaro suyo que decía que en la campiña era muy bueno y en la sierra no abría el pico, por asustarse de las urracas y otros pájaros; y aprovechando su permiso, me levanté con estrellas á la mañana siguiente, cogí el pájaro, la escopeta y la tronera, y me fuí á un puesto que había hecho en el tamujar cerca del río, que no distaba trescientos pasos de la casa.

Llego, cuelgo el pájaro, me siento en el puesto, y en seguida salió aquél con un reclamo y, sin concluirlo, se quedó recibiendo muy melosamente.

Miro por la tronera, y observo que se me

llenaba la plaza de bultitos que se movían y titeaban, que me hicieron creer que eran perdices, pero que realmente no las distinguía; y en mi impaciencia por tirar, suelto un escopetazo al tum-tum, salgo del puesto arrollando la tronera, espantando al reclamo y á muchas perdices que había alrededor del puesto y del colgadero, recojo dos pájaros que había muerto y que por casualidad tropecé con ellos, y con el reclamo, la escopeta, la tronera y las víctimas, me presenté en la casa sin haber tardado en toda esta faena un cuarto de hora.

En fin, baste decir á ustedes que cuando me fuí al puesto estaba el criado de mi padre concluyendo de cargar la marrana y bastante caza menuda para llevarla á Arjona, y cuando volví aún no se había marchado, y pudieron echarse en la carga las dos perdices que acababa de matar.

Después de amanecido volví al puesto, y recogí otra perdiz muerta; así es que fueron tres las víctimas que hice de un sólo tiro y en mi primer ensayo.

—¿Y qué te dijo tu padre cuando se enteró de esta peripecia?

—Se rió mucho, pero también me rió por mi impaciencia en disparar, y mucho más por salir del puesto inmediatamente después de soltar el escopetazo, y concluyó por darme consejos é instruirme sobre el modo con que debía conducirme en lo sucesivo, y le aseguro á usted

que supe aprovecharlos y aún los aprovecho cuando llega la ocasión.

—¿Y el pájaro se resintió de la cachuchada que le hiciste?

—No, señor, al contrario; en diferentes puestos que después le hice, tanto de alba como de sol y de tarde, le tiré varios, y á pesar de la frecuencia con que lo cazaba, siempre cumplió como un valiente, y concluyó por recibir hasta las urracas; tanto que mi padre me lo recogió para cazarlo él, y me dió en su lugar otro que llamaban «Jaula de guita», porque estaba metido en una jaula de cordelillo, que el muy zumayo, en cuanto lo colgaba, se ponía en competencia conmigo á ver quién guardaba más silencio, y siempre me ganaba con ventaja; por lo que en varias ocasiones lo tuve apuntado para descerrajarle un tiro, y si no lo hice fué por consideraciones á su amo; pero en cambio, al salir de los puestos lo cogía por el garabato de la jaula y le daba unos molinetes tan violentos, que si no echaba las tripas por el pico era porque las debía tener de alambre recocado.

Todos soltaron la carcajada al terminar don Pedro su relación, y siendo hora de celebrarse el consejo de ministros, se llamaron á la choza á los postores y al jefe de los podenqueros, y se empezó á discutir el plan de operaciones para el día siguiente, partiendo de la base de que había que trasladarse el rancho á la casa de Juanico

Navarro en la Centenera, y de que no por esto se debía perder el día.

Juanico Navarro opinó por que las cargas con el hato y las reses muertas salieran de madrugada y se marcharan á la Centenera pasando el río Cabrera por el vado del Piquituerto, puesto que si no llovía, como era de creer, y las señales así lo denunciaban, se podría pasar sin dificultad.

La expedición creía que debería ponerse en marcha un poco más tarde, y de camino montar las Vueltas del Molinillo, bajas, y por la tarde el barranco de la Parra, merendando en las orillas del río.

El guarda asintió á estos proyectos, y dijo que acompañaría á la expedición hasta dejarla en la Centenera.

D. Diego y los demás señores se manifestaron conformes; pero apuntando la conveniencia de que, una vez dejado el hato en la Centenera, continuaran las cargas de reses á Arjona con el arriero, y á la vuelta se trajeran pan para los perros, y algunas otras cosas que necesitaba la expedición.

Una sola dificultad se presentaba para llevar á cabo el proyecto, y era la falta de bestias; pero el guarda ofreció la suya, significando que se la traería á su vuelta á Montealegre, y todo quedó concertado y arreglado.

En seguida se sirvió la cena, que aquella noche fué espléndida, pues al abundante cocido

se agregó un excelente guiso de carne del lechón que mató D. Diego y además un frito de criadillas con setas; y con estos platos, ensalada y postres, se tuvo una colación admirable. La gente auxiliar comió su buen cocido, sustanciado con tocino, conejos y una buena cantidad de carne de lechón, y por extraordinario se le dió ensalada.

Hechos los últimos quehaceres y tendidas las camas, se acostaron los señores con la esperanza de que amanecería un buen día, y con la casi seguridad de que los portillos que se iban á montar proporcionarían buena cantidad de reses, especialmente el de las Vueltas del Molinillo; pues sabido es que este ojeo es uno de los más querenciosos de Sierra Morena, y además tiene una buena postura y claros tiraderos.

El aire soplabá del Noroeste, barriendo los nublos, quedando la noche despejada, pero bastante fría.



XIII

ESTA se pasó en un sueño, y aún desearon algunos que se hubiera prolongado; pero la necesidad obligó á ponerse todo el mundo de punta dos horas antes de la ordinaria. Era preciso liar las camas, hacer las cargas, recoger el menaje, etc.; y para poner todo en disposición de cargarse, interesaba moverse y multiplicar las fuerzas.

Juanico Navarro se puso á hacer las migas para todos en la gran sartén de la expedición y en la lumbre del vivac. Los señores arreglaban sus morrales; los criados aparejaban las caballerías, después de haberlas cuidado esplendidamente, y las escopetas negras ayudaban al arriero á cargar las reses.

En cuanto se comieron las migas y se cargaron las demás caballerías, rompió la marcha toda la impedimenta con dirección á la casa de Juanico Navarro de la Centenera, custodiada por el arriero y el cocinero. La burra del guarda quedó para conducir las árguenas con la merienda de los cazadores y para transportar las reses que pudieran matarse.

Los podenqueros, con sus respectivas reales acollaradas, marcharon con las cargas, y llevaban orden del postor de detenerse en la orilla del río y tomar posiciones en la orilla para entrar en el portillo á las nueve y media, batiéndolo hacia arriba.

Á la salida del sol se montó á caballo, y en el orden de costumbre se emprendió la marcha, llegando con oportunidad á la postura. El ataje se hizo en las silletas altas y en los pasos de la vereda del Piquituerto, marchando á las primeras, formando así el ala izquierda y colocándose en el orden que se anota, el Sr. Bellido, D. Pedro, D. Diego, el cazador de D. Pedro, el señor cura, su criado, una escopeta de la Centenera y Juanico Navarro; y á los pasos del Piquituerto, la otra escopeta de la Centenera, D. Sebastián, D. Francisco, Cardera, el criado del Sr. Bellido y el guarda de Montealegre. Y tanto las escopetas de una como de otra banda, recibieron orden de permanecer en los puestos hasta que Juanico Navarro las recogiese.

Las caballerías se quedaron estacionadas en la vereda del Piquituerto en uno de los viajes menos importantes, al cuidado del criado de D. Diego.

Á la hora convenida estaban monteadores y escopetas en sus respectivos puestos, y empezó la batida.

Ésta se inició levantando los perros tres cer-vunas, que se marcharon por la derecha de los

monteadores seguidas de los perros, en dirección á los terrenos del Lugar Nuevo, por lo que hubo que llamar á los canes para continuar la batida.

Esperándolos estaban los monteadores, cuando el perro Paje, de D. Diego, levantó un hermosísimo venado que, desde su arranque, inició el viaje hacia las escopetas.

Los monteadores vocean con energía y hacen salvas retumbantes; y observando la dirección de la res empiezan á gritar:—Hacia la silleta del alcornoque, es un venado.—En todas las silletas había alcornoques, así es que las escopetas que las ocupaban, redoblaron su atención y esperaban impacientes y emocionados la presencia de la res.

Ésta se aproximaba rápidamente, seguida sólo de Paje, que no la perdía la pista y le latía con coraje, hasta que por fin llegó á la línea de escopetas, entró en el puesto de D. Diego, y éste le disparó el cañón derecho sin resultado.

D. Pedro se levantó al oír el disparo y observó que el venado seguía corriendo y que D. Diego le apuntaba nuevamente. Pero cuál fué su sorpresa al ver que de pronto baja la escopeta y grita diciendo:—No, Perico, rectificaré.—Vuelve á llevarse, por segunda vez, la escopeta á la cara; dispara, y el venado cae muerto *como una gota de agua*, que es la expresión gráfica que los serreños usan para expresar la muerte instantánea de una res; pasando todo esto en menos tiempo que se necesita para referirlo.

D. Pedro aplaudió frenéticamente á don Diego, y hasta se salió del puesto para ver la pieza muerta, que era un arochón de diez y seis puntas.

—Aprende á matar reses, Perico,—dijo don Diego, mientras cargaba la escopeta en su puesto.—Al apuntar segunda vez á la res, te ví de pie, y quise darte una prueba de cómo deben tirarse las reses, y por eso bajé la escopeta y te dije, rectificaré.

—Pues esto se llama brindar las reses como los toreros los toros. No me olvidaré de sus consejos apoyados por el ejemplo; pero dudo que mis nervios me permitan observarlos. ¿Cómo es que no mató usted el venado al primer tiro?

—Porque al disparar el cañón derecho, hubo una pequeña interrupción entre la ignición del pistón y la de la carga, debido sin duda á que uso pólvora algo gruesa, y algunas veces no ceba bien la chimenea; pero ya has visto que bien pronto corregí la falta.

Durante esta corta conversación, estaba el perro Paje mordiendo á la res muerta con ansia, y D. Pedro pretendió ahuyentarlo, pero no hubo necesidad de ello, pues se oyó de pronto gran gritería de perros que corrían una res en dirección á los puestos de la vereda del Piquituerto, y en cuanto Paje se hizo cargo de la batida, escapó á tomar parte en ella, haciendo lo propio D. Pedro para volver á ocupar su puesto.

La res que perseguían era una gavatilla, que sin duda quedó amagada en el portillo al escapar las ciervas que primero se levantaron, y le entró al criado del Sr. Bellido, errándola con gran maestría, y después de rebasar la línea de escopetas y cuando se había alejado bastante, le disparó Cardera dos tiros y otro el guarda, todos sin resultado.

Con este último incidente terminó el portillo. Las realas se concentraron y bajaron al río, y las escopetas se fueron reuniendo en el puesto del guarda, para después desfilan todos al mismo punto.

Juanico Navarro hateó el venado guardando á Paje algunos despojos, y con ayuda de los criados lo cargó en la burra del guarda y fué transportado al hato.

Los señores cogieron de paso sus cabalgaduras y las de sus compañeros del ala derecha, y montados en ellas emprendieron la caminata hacia el sitio convenido.

D. Diego fué muy felicitado por su buen tiro, y mucho más por la serenidad y el aplomo con que lo disparó. El señor cura, sin embargo, no estuvo con él muy expansivo, y hasta se veía manifiestamente que no le agradaban las alabanzas que le prodigaban, expresando su contrariedad refunfuñando entre dientes.

—Si cuando yo disparé á la cierva hubiera dispuesto de otro tiro, es seguro que estaría á estas horas terciada en una bestia camino de

Arjona; pero, amigo, no todos tienen escopeta de dos cañones.

Se comió el *aceite y vinagre* en la orilla del río, al cual se adicionaron algunas tajadas de carne de jabalí fritas y varios postres, y en seguida montaron á caballo los expedicionarios, pasaron el río de la Cabrera con agua hasta las cinchas llevando á la grupa á la gente á pie y á los podenqueros, quedándose éstos en la orilla opuesta para entrar en la Parra á las dos y media monteando hacia arriba, y las escopetas siguieron con Juanico Navarro y el guarda á ocupar los diferentes puestos, divididos en dos bandas, una con el primero que debían formar el ala derecha, compuesta de D. Diego, D. Sebastián, el Sr. Bellido, una escopeta de la Centenera, el cazador de D. Pedro y el señor cura; y la otra con el segundo, que constituyeron el ala izquierda, en la cual figuraban, la otra escopeta de la Centenera, D. Pedro, el criado del cura, D. Francisco Talero, el criado del señor Bellido y Cardera.

Por esta vez no se reunieron las caballerías, como era costumbre, sino que cada uno la llevó á su puesto y la ató á un sitio conveniente para que no estorbase durante el ojeo, y todas las escopetas recibieron orden de reunirse en la Cabezada de la Parra, cuyos puestos ocupaban los postores de ambas bandas, en cuanto terminara el portillo.

Éste empezó inmediatamente. Aguerridos

como estaban los perros, encontraron las reses en cuanto se dispersaron por el ojeo. Un grupo de canes levantó dos venados y una cierva, siguiendo ésta á las escopetas de la derecha y los venados á las de la izquierda, entrándoles á una de las escopetas de la Centenera que hirió á uno de ellos levemente; pero que franqueando ambos el río, escaparon hacia las Vueltas del Molinillo, y á pesar de que los perros los persiguieron con gran empeño, no pudo cobrarse al lesionado. D. Pedro tiró á uno de ellos con la carabina Minié al pasar el río, pero luego se reconoció la huella de huída y se vió que no daba sangre.

La cierva siguió muy apretada por los perros y recorrió en esta forma todo el portillo, entrándole al fin á Juanico Navarro, que estaba colocado, en la misma Cabezada de la Parra, y dejándola cumplir con gallardía, le pegó un balazo en mitad de las paletas que le hizo empinar sobre los remos traseros, y después caer en tierra para no levantarse más.

Á esto habían vuelto al portillo los perros que siguieron á los venados, que fueron los más, los que unidos á los de la cierva y animados por los podenqueros, batieron con codicia el resto del portillo sin encontrar res alguna.

El portillo estaba terminado, y cumpliendo las escopetas y los podenqueros las órdenes del postor, se reunieron todos en el puesto de este último, en donde se ocupaba Juanico Navarro en hatear su cierva y en repartir los intestinos

á los perros, siendo muy felicitado por todos, y mereciendo que D. Pedro le compusiera la siguiente aleluya ante el cadáver de la res:

En la Parra el buen Juanico
Á una cierva la hace añicos.

Se pensó el montar otro portillo que hay próximo al de la Parra, que llaman Martín Gonzalo, pero no haciéndolo con reses los postores y teniendo en cuenta que para hacer la postura y montearlo se necesitaban lo menos dos horas y no quedaba más que una de sol, se desistió de batirlo, y en su defecto se acordó marchar á la casa de Juanico Navarro; y aunando el dicho al hecho, se pusieron todos en marcha, pasando sucesivamente por la piedra del pesebre y la fuente de la perdiz, llegando por fin á ella poco después de las cinco de la tarde.

Las dos reses muertas en el día fueron transportadas á la casa en la burra del guarda de Montealegre, y en otra que se alquiló á unos carboneros que había en las inmediaciones.



XIV

FERA el albergue de Juanico Navarro una casita de mampostería con techumbre de teja muy enjavelgada y limpia; que constaba de una amplia cocina, un cuarto casi tan grande como ésta que servía de dormitorio, otro más pequeño que hacía el mismo servicio y de una buena despensa. Un pequeño desván casi lleno de colmenas de corcho vacías y de algunos instrumentos de labor, un corral cercado de tapiales con su puerta falsa y un cobertizo con varios pesebres, constituían los servicios de esta rústica y pintoresca mansión, en donde no faltaban algunos muebles y utensilios tan necesarios para la vida doméstica, y que por su ordenada colocación y prolijo aseo, delataban que eran tratados por mujeres laboriosas y amantes de su casa.

Juanico Navarro tenía mujer y varios hijos de diferente sexo, algunos de los cuales eran mozuelos á la sazón, y le ayudaban en la guardurfa de los valles, en explotar varias colmenas y algunos pequeños trozos de terreno, sembrados algunos de vid y otros de cereales, y en apacentar un atajo de media docena de cabras, un par de vacas, una yegua con su potrillo y una rucha con su ruchejo.

Próximo á la casa había dos añosas encinas y un buen pozo de excelente agua potable, que al salirse por la sangría del brocal, originaba un arroyejo que pasaba por un pequeño huerto cercado con ramas de monte, trabadas con fuertes estacas, en donde se criaban hortalizas, algunas plantas de tabaco, varios rosales, jigantescos mirasoles, dos corpulentos almendros y un acerolo.

Cuando llegó la expedición á la casa encontraron todo el hato colocado en la despensa, las camas de los señores arrolladas en la habitación dormitorio, bastante cantidad de leña acumulada en el corral, los cántaros llenos de agua y la casa limpia como una patena. Verdad es que la guardesa y sus hijas intervinieron, con la mejor voluntad, en estos cuidados, y resultaron como hechos por personas expertas.

Los señores se sentaron alrededor de la lumbre de la cocina; los criados llevaron las caballerías al cobertizo, las reses muertas se colgaron en una de las encinas, los perros fueron cuidados y encerrados en el corral, se encendió una buena lumbre en la puerta de la casa, en donde se calentaba la gente auxiliar, y todo quedó ordenado como si hiciera tiempo que se habitaba el nuevo rancho.

La guardesa preparaba en la cocina una bien repleta sartén de arroz con conejo, que debía servir de cena á todos los de la expedición, y además un guiso de carne de jabalí con patatas

en un puchero, que se destinaba de segundo plato para los señores. El cocinero se dedicaba á confeccionar una buena fuente de ensalada, ayudado por una hija de Juanico Navarro y en escaldar las lenguas de las cervunas muertas en el día, á fin de guisarlas para el siguiente.

Mientras tanto, conversaban los señores animadamente y se hacía festivas señas al ver pasar y cruzar por la puerta de la casa algunas jóvenes ataviadas como los días que bajan á Andújar á hacer compras, y que bromeaban con los criados y podenqueros, como si toda su vida se hubieran conocido. Era que se habían apercibido de que aquella noche se debía celebrar el noviazgo de Cardera, y como la gente joven está casi siempre deseosa de jolgorio, se había dado cita la de aquellos contornos en la casa de Juanico Navarro, y acudían dispuestos á armar bulla y divertirse hasta hartarse.

Comprendiendo los señores que si la fiesta empezaba, sería después difícil interrumpirla para cenar, dispusieron hacerlo; y, al efecto, les fué servida á cada uno en platos sus raciones de arroz correspondiente, y el resto pasó en la sartén á estacionarse en las trévedes al lado de la lumbre del exterior, en donde fué consumido por los auxiliares y por la multitud de juerguistas que habían aparecido por el rancho.

Después comieron los señores el guisado de jabalí en los mismos platos, siendo antes fregados por la guardesa. Luego hicieron lo propio

con la ensalada; y, por último, tomaron cada uno un pero de Ronda de postre, encendieron un cigarro y volvieron á cercar la lumbre, avivando antes la llama con un buen brazado de jaras. La comida sobrante de los señores, que fué bastante, pasó á la gente del exterior, y como el arroz, fué devorado por los alegres comensales. No hubo consejo de ministros, y se decidió convenir el plan para el día siguiente, en cuanto se tomara el aguardiente de la mañana.

Los monteros tenían ya combinado el plan que habían de seguir para iniciar la vista del proceso de Cardera, y lo primero que pusieron en práctica fué prender al reo, y al efecto, se personaron en la cocina, presididos por Juanico Navarro, tiznadas las caras, con enaguas de mujer prendidas del cuello, y los sombreros adornados con tallos de monte, que daban á sus personas un aspecto extraño y grotesco.

Las mujeres tomaron también parte en la comitiva, é invadieron la cocina llevando en la mano ramas de monte para dar animación al cuadro. Pretendieron atar á Cardera con una soga de juncia, que al efecto llevaban preparada; pero D. Francisco Talero salió fiador del reo, y se le dejó en libertad, pero con la condición de que no se ausentara de la cocina hasta no verse y fallarse su proceso.

En seguida, y al rededor de una mesa, se constituyó el tribunal, que fué presidido por D. Diego Manuel, en el que actuaba de defensor

D. Sebastián, de fiscal el Sr. Bellido y de representante de la acción popular el bueno de Juanico Navarro. Al presidente se le puso al alcance de su mano un monumental cencerro, para que encauzara las discusiones, y sobre la mesa se colocó una albarda que representaba el proceso, sentándose frente á ella y en actitud de escribir con una gran cuerna de venado, un cabrero del conde de Gracia Real, que llamaban de apodo *El Indio*, que actuó de secretario.

Á un enérgico repique de cencerro del presidente empezó la vista, exponiendo el fiscal su acusación, pero no en tonos tan enérgicos como deseaba la acción popular. El fiscal se concretó á acusar á Cardera de haber muerto de un balazo á un inocente venado, y pedía se aplicara al asesino la pena que estimase el tribunal, en armonía con las leyes de caza que regían en la Sierra.

Pero Juanico Navarro, con la venia del presidente, manifestó que aunque la acusación comprendía el hecho principal, no abarcaba las circunstancias agravantes que en él concurrieron, como fueron: descubrirse cuando la res se presentó en el puesto, demostrando con esto tener el cazador poca serenidad. Tirarla parada y á bastante distancia, y recrearse apuntándola haciendo lo menos *quince varas de longaniza*, antes de soltarle el tiro. Que estas agravantes creía la acción popular que debían aumentar la pena, y así se lo suplicaba encarecidamente al tribunal.

D. Sebastián trató de rebatir estos cargos con bastante elocuencia, pero sus argumentos no convencieron á la acción popular ni tampoco al presidente ni á los vocales, por lo que en el acto se dictó la sentencia en esta forma:

Primero. El Sr. Cardera pagará, á modo de indemnización por la muerte de su venado, seis escudos á Juanico Navarro, como postor principal; cuatro al guarda de Montealegre, y dos á cada podenquero.

Segundo. Pagará asimismo el vino, los crespillos y las flores de maíz que se consuman en la noche que se dicte el fallo, tanto por los monteros como por la gente que á ellos se agregue.

Tercero. Declarado novio, bailará con las mozas que tengan á bien invitarle á ello, y recibirá de aquéllas el abrazo correspondiente.

Cuarto. El Sr. Cardera convidará á dulces á los señores de la montería, y obtendrá de ellos en cambio y del tribunal, la patente de veterano en el arte de matar reses.

Una salva de aplausos estalló en las masas de la acción popular al publicarse la sentencia, que fué la manifestación más elocuente de que la aprobaban en todas sus partes; y como en los fallos de los tribunales de la Sierra no hay apelación, y dictados éstos hay que ponerlos en práctica, en el acto se entregó el dinero á las personas que debían percibirlo, y además fueron gratificadas las escopetas negras y los criados por propia voluntad del condenado; se sacó de

la despensa una gran corambre llena de vino blanco del país, que estaba ya preparada; las mozuelas sacaron del bolsillo y se prendieron sus castañuelas; una de las escopetas negras se puso á templar una vihuela; se encendió y colgó otro candil en el techo de la cocina, y empezó el copeo, el baile y la juerga.

La guardesa sacó un buen trozo de masa de harina de trigo con vino, que tenía ya preparada y se puso á hacer crespillos en la mesa con auxilio de un canuto de caña, los que después frió en la sartén de la expedición, y enmelados últimamente los colocó en un gran lebrillo. También presentó unas cuantas piñas finas de maíz, que fueron desgranadas, con cuyos pequeños granos se hicieron flores, y tanto éstas como los crespillos, sirvieron de estimulante para consumir el líquido contenido en la corambre.

En seguida se empezó á bailar el fandango, que es el baile favorito de la gente de campo de la provincia de Jaén. Cardera fué invitado á servir de pareja á una linda muchacha y formó parte de una de las cuadrillas, y había que verlo contonearse al son de la guitarra y de las castañuelas, y subordinar los movimientos de sus kilométricas piernas á las cadencias de la música, al propio tiempo que subía, bajaba y arqueaba los brazos siguiendo el compás de aquélla.

En uno de los trezados de la copla y al dar

uno de los saltos, chocó su cabeza en el candil del techo, y cayó aquél en el suelo dejando el aceite y la torcida en la ropa del bailarín. Esto provocó gran risa en los concurrentes y aún en el mismo Cardera, que dió origen á no pocas bromas y á que se le compusieran coplas perfectamente ritmadas é intencionadas, alusivas al caso.

Después de bailar gran rato, y mientras se consumía vino, crespillos y flores, se hicieron varios juegos grotescos, pero divertidos, y se dijeron relaciones de las que los ciegos suelen vender por los pueblos, referentes á sucesos trágicos y hazañas de bandidos. El cabrero del conde de Gracia Real, que actuó de secretario en la vista del proceso de Cardera, relató con bastante buena entonación y gracejo un trozo del famoso drama *Diego Corriente*, y fué aplaudidísimo. Pero lo que más entusiasmó á la concurrencia fué cuando recitó aquellos versos que el autor pone en boca del bandido, y que en esencia dicen que, *si él robaba á los ricos, era para dar de comer á los pobres*. Esto fué el disloque, y provocó una salva de aplausos estrepitosa, incitando á dar un buen recorrido al jarro y otro rudo ataque al lebrillo de los crespillos.

Alternando con los juegos, se volvió á bailar y después á referir relaciones, y así se siguió largo rato hasta que la corambre quedó vacía, el lebrillo de los crespillos limpio hasta perder el barniz, la sartén de las flores totalmente vacía

y muchos de los concurrentes, danzantes, tañedores y cantores, con una pítima fenomenal, y los restantes con una papalina que les hacía estar entre Pinto y Valdemoro, y en este estado se fueron unos y otros recostando, primero en las sillas y después en el fresco y duro suelo, y allí pasaron la noche cada uno como pudo. Las mujeres desaparecieron de la escena allá á media noche, muchas de ellas demasiado alegres y todas complacidísimas del baile, de la juerga y de todo.

Los señores se fueron acostando por tandas, y sólo Cardera y D. Pedro resistieron hasta que terminó la fiesta. Cardera bailó varias veces, no por rendir culto á Terpsícore, sino para aprovecharse, según costumbre tradicional, de abrazar á las mozas con quienes bailaba.



XV

MANECIÓ un día espléndido, poco en armonía con los semblantes macilentos y trasnochados de los juerguistas. Juanico Navarro se presentó en el cuarto de los señores saludándolos con los cumplidos de siempre, y sentándose aquéllos en las camas y encendiendo el primer cigarro, tomaron el aguardiente y se tuvo el consejo de ministros.

—¿Qué hacemos hoy, Juanico?, le preguntó D. Diego.

—¿Creo que debemos echar los Desmontados por la mañana.

—¿Y por la tarde?

—Á Valpeñoso. En ambos portillos aseguro que hay marranas, por haber visto rastros frescos de ellas no hace media hora.

—¿Por dónde han de entrar los perros?

—Por la cuerda y bajarán hasta el río, para después doblar la mano y cojer segados los barrancos.

—¿En dónde merendaremos?

—Mejor sería llevar cada uno la merienda y comerla en los puestos. Esto facilitaría hacer

pronto la postura de Valpeñoso, que no deja de ser entretenida, y además se daría tiempo á los perros para que batan el terreno con escrupulosidad; pues, como es sabido, es accidentado y de espeso é intrincado monte, y si como espero, encuentran en él ganado, tal vez nos venga la tarde corta.

—¿Estamos conformes, señores?, preguntó D. Diego.

—Conformes, contestaron todos.

—¿Y el guarda de Montealegre?

—Todavía no se ha marchado, pero piensa hacerlo en cuanto se desayune.

—¿No podría quedarse hoy con nosotros? Llámeme usted, Juanico.

El citado guarda se presentó en el acto y manifestó á los señores que de buena gana se quedaría con ellos otro día, pero que sus obligaciones exigían su presencia en la dehesa y le era preciso marcharse. Los señores ante las razones expuestas por el guarda, no insistieron en retenerlo, y con grandísimo sentimiento, se resignaron á privarse de sus valiosos servicios.

Al enterarse D. Sebastián de las decisiones del consejo, abandonó la cama y se puso á dar órdenes al cocinero y á la guardesa respecto á la provisión de las meriendas de todos. Para los señores se frió carne de jabalí y se cortaron magras de jamón, dándose á cada uno raciones de ambas viandas y además algunos postres. Á los monteros se les repartió queso, pan y gra-

nadas; se les municionó debidamente y se les distribuyó tabaco.

Á los perros se les dió su comida, y al guarda de Montealegre se le gratificó espléndidamente en nombre de la expedición, y se le despidió con reconocimiento.

Juanico Navarro dió las últimas raseradas á las migas, las volcó con aplauso de todos y en el acto fueron consumidas; parte de ellas por los señores, servidas en una gran fuente, y las restantes en la sartén por la gente auxiliar; y todos las acompañaron con rábanos del huerto del postor y con algunos racimos de uvas que había colgados de las vigas del techo de la despensa. También sacó la guardesa una cestita llena de bellotas dulces, de las que todos tomaron un puñadito para comerlas después en los puestos.

Los criados habían ya aparejado los caballos; los podenqueros tenían acollarados los perros, y Juan Pablo, un hijo de Juanico Navarro, que era ya zagaletón, se disponía á acompañar á la montería arreando la yegua y burra de su casa, para cargar en ellas las reses que se mataran. Y estando todo preparado, montaron los señores á caballo y precedidos de la gente á pie, emprendieron la marcha para hacer la postura. Los perros quedaron en la casa, y á los podenqueros se les dieron instrucciones para que á las nueve soltaran colleras y entraran á montear en los Desmontados.

Los valles de la Centenera, por su estruc-

tura topográfica, se atajan siempre por los puercecitos ó *silletas* de las dos divisorias que los forman, y los perros entran por las vaguadas y se ciernen por ambas laderas, echando las reses hacia las cumbres, y á veces hacia los ríos Jándula y Cabrera, que corren en sentido normal á dichas divisorias.

De aquí el que esté bien marcada la necesidad de dividir las escopetas en dos bandas completamente independientes, y el que haya dos postores que simultáneamente las vayan tendiendo. Á Juan Pablo encargó su padre este delicado cometido, indicándole antes las escopetas que debía poner en los sitios más querenciosos y de más compromiso.

Había gran interés en que tirase el señor cura y D. Pedro, por ser los únicos que no habían matado reses; pero especialmente al primero era de absoluta necesidad proporcionarle el desquite de las desgracias que había tenido en la montería, y que dado su carácter impresionable, era seguro que no se consolaría jamás de ellas.

En este concepto se tendieron las escopetas de arriba á abajo en ambas divisorias, en esta forma: en la banda de la derecha, Cardera, una escopeta de la Centenera, el Sr. Bellido, el señor cura, el cazador de D. Pedro, D. Pedro y Juanico Navarro; y en la de la izquierda, la otra escopeta de la Centenera, D. Sebastián, el criado del Sr. Bellido, el del señor cura, don

Diego, D. Francisco y Juan Pablo, y á todos se les encargó que permanecieran en los puestos hasta que los recogieran los postores, y que atasen bien las caballerías en las inmediaciones de los puestos, pero en las laderas opuestas á las que se monteaban.

Á las nueve empezó la batida, inaugurándola el perro *Falucho* de la reala de Talero, latiendo de parada á un buen cochino, que no tuvo á bien levantarse de la cama, hasta que á la llamada del perro acudieron otros varios y le obligaron á hacerlo. Esta res no se detuvo á librar batalla con sus agresores, ¡y eso que los tenía bien retorcidos! sino que fiado en sus pies, tomó hacia las escopetas de la derecha, bien escoltado de perros, y le entró al Sr. Bellido, el que antes de que doblara la divisoria le disparó un tiro, que le hizo cambiar de dirección á su izquierda y marchar hacia abajo, desembocando á buen paso en la inmediata silleta, que cubría el señor cura.

Nuestro buen señor le dejó cumplir con serenidad, y al tenerlo á diez pasos, se echó la escopeta á la cara, con esa confianza que muestra todo aquel que sabe buscar bien y pronto el raso de metales, y al ir á disparar, y cuando se hacía la ilusión de ver á su tiro rodar á la res, se cae ésta muerta, como herida por una descarga eléctrica.

Esto fué para el señor cura el colmo de la desgracia. Éste rabiaba, pateaba y quería hacer

pedazos la escopeta. ¡Como si ésta tuviera la culpa! Se enredó á jarazos con los perros que seguían al cochino y que le mordían despiadadamente al verlo muerto, y exclamaba á voz en grito:

—¡Esto es burlarse de mí la fortuna!

Pero una vez desfogada su furia á costa de las costillas de los pobres perros, entró un poco en razón y se volvió á su puesto, sentándose en actitud desesperada, en la piedra que le servía de apoyo.

La res había sido herida de muerte por el Sr. Bellido, y luego se vió que la bala le había pasado las dos paletas; pero por un fenómeno, que no es raro en la caza de reses, continuó ésta marchando al sentirse herida, como si fuera ilesa, yendo á morir al puesto del señor cura, precisamente cuando éste la tenía apuntada y próximo á dispararle.

Es más, que después se registró el tiro del Sr. Bellido, y se observó que la res no dió sangre hasta que cayó muerta; por lo que todo el mundo se hacía la reflexión de que si el señor cura llega á disparar al mismo tiempo que caía la res, nadie se la hubiera disputado ni tampoco dudado de que la había muerto, aunque la bala no la hubiera tocado.

En tanto que se desarrollaba este suceso, un grupo de perros perseguía con coraje á una marrana, que siguiendo el viaje por la línea más honda del valle, escapó por donde no había

escopetas y se salvó pasando á nado el río. Pero durante el alarde de los canes se levantaron otras reses de cerda sin observarlo aquéllos, y fueron á huir *de buenas* por las silletas de la divisoria de la izquierda. Una marrana le entró al criado del Sr. Bellido y le hirió en una nalga, sin que pudiera cobrarse por el momento, y cuando estaba cargando la escopeta, le entró otra y tuvo que espantarla para ver si cambiaba de viaje, pero fué inútil.

D. Francisco mató un lechón y Juan Pablo erró otro. Los perros coparon otro lechón, y gracias al podenquero de Cardera, pudo recogerse la cabeza, algo de los jamones y un poco de los costillares; y con esto terminó el portillo, habiéndose cobrado un cochino grande, un lechón y restos de otro.

Replegadas las escopetas de ambas bandas por los postores y reunida toda la montería en las inmediaciones del puesto de Cardera, se fumaron varios cigarros mientras Juan Pablo cargaba las reses muertas y descansaban los podenqueros y los perros de la ruda fatiga que habían tenido.

El señor cura estaba inconsolable y se lamentaba de su suerte, asegurando que sólo á él le pasaban lances tan ridículos como el que le había ocurrido con el cochino.

Decía que hacía muchos años que monteaba y que jamás había concurrido á una montería con tan *mala pata*, y que estas contrariedades

le ocurrían porque era ya viejo, y la fortuna solo protege á la juventud, y que estaba decidido á *cortarse la coleta*, y á no acordarse que existía Sierra Morena, ni que había reses en el mundo.

—Señor cura, tome usted las cosas con calma, dijo D. Pedro. Ya cambiará la suerte. Todavía nos quedan que monterar tres ó cuatro portillos antes de que termine la expedición, y es fácil que en uno de ellos ó en todos se le presenten ocasiones de tomar la revancha. No pierdo la esperanza de que al fin y á la postre, ha de llevar usted á Arjona nuevos y señalados triunfos que agregar á los muchos que tiene acumulados en su brillante historia de montero, y que le han formado una envidiable reputación de cazador y de tirador, y si no, al tiempo.

—¡Sí! ¡Sí! Tú todo lo ves de color de rosa; pero si cuando tengas mis años y mi experiencia te pasaran estos lances....

—¡Bah! ¡Bah! Compondría tres aleluyas y en paz,—terminó D. Pedro.

En seguida se formaron los dos grupos de escopetas, y cada uno de ellos guiado por su postor fué á cubrir los puestos de sus respectivas bandas en el Valle de Valpeñoso.

Juanico Navarro puso las del ala derecha, que las constituían por orden correlativo y en el sentido de arriba á abajo, el cazador de don Pedro, D. Pedro, el señor cura, D. Francisco, el Sr. Bellido, una escopeta de la Centenera y

Juanico Navarro; y Juan Pablo puso las de la izquierda en igual forma, contándose en ellas la otra escopeta de la Centenera, D. Diego, don Sebastián, Cardera, el criado del Sr. Bellido, el del cura y el postor.

Los caballos quedaron atados y resguardados en los puestos, y las escopetas recibieron todas orden de no moverse de ellos hasta no ser replegados por los postores.

Próximamente á las dos, una gran gritería de perros, como si fuera dirigida á una cervuna, fué la señal de la entrada de los monteadores en el portillo. Era un corzo, que casi copado por las tres realas recorría vertiginosamente ambas laderas del valle, sin iniciar viaje determinado. Tan pronto seguía la dirección de la vaguada principal, como cambiaba de ruja y tomaba hacia las cumbres desprovistas de escopetas. Otras veces tomaba una curva de nivel en una de las laderas y cuando iba á llegar á la divisoria, torcía de repente y se marchaba á la ladera opuesta, desesperando á las escopetas, á los monteadores y á los perros.

Los podenqueros quemaban pólvora á gran el y redoblaban sus voces, pero el corzo seguía bajando por el portillo sin decidirse á salir del valle. Al fin enderezó hacia el puesto del cazador de D. Pedro y le disparó dos tiros sin resultado, pero consiguiendo al menos que el corzo no saliera del portillo y tomara hacia abajo en dirección de la línea de escopetas.

D. Pedro le tiró otro tiro sin herirle, y viendo la res el peligro que corría de seguir el viaje que había tomado, varió bruscamente de dirección á su izquierda, atravesó la vaguada en sentido normal, tomó la ladera opuesta, se presentó en el puesto de D. Diego, y allí encontró la muerte sin darse cuenta del tránsito del ser al no ser.

Inmediatamente después de sentirse el tiro de D. Diego, sonaron dos más en la banda de la derecha, y á poco otro como de remate en el mismo sitio. Era una marrana que sin duda espantada por la batida del corzo, se levantó y entró de buenas al Sr. Bellido, parándosele á unos cuarenta pasos. Dicho señor le disparó y le rompió los dos huesos superiores de ambos brazos, cayendo la marrana, pero tratando de huir, apoyándose tan sólo en las patas y en el hocico; y al meterse por una espesa labiérgana, le disparó el segundo tiro, pasándole la bala ambos jamones.

Entonces quedó la res echada en la mata, moviendo con la cabeza las ramas con gran violencia, por lo que tuvo el cazador que salir del puesto y dispararle otro tercer tiro, casi á boca de jarro, para rematarla.

Los perros no se enteraron de este suceso, y dispersos por el portillo después de la muerte del corzo, seguían husmeando las matas, codiciosos de encontrar nuevas víctimas.

Un latido enérgico del cachorro *Levita* de D. Diego, seguido de una serie de ladridos más

bien medrosos que de guerra, animó á sus compañeros, que en seguida acudieron en gran número á la llamada del cachorro, y momentos después seguían todos escoltando á una marrana que, valle abajo, se encaminaba á la Nava de Peña Rubia, con objeto sin duda de pasar el Jándula por dicho punto y escapar del peligro. Pero los canes no le dejaron llegar al río, y al cruzar la Nava la coparon, y allí armaron una gresca fenomenal, que terminó por fin el podenquero de Cardera, matando á la res de una puñalada.

Aun hubo otra corrida muy empeñada que siguió al río, sin que los podenqueros ni las escopetas acertaran á definir la clase de res que la ocasionaba, sospechándose que fuera una zorra, que acosada por los perros, buscó refugio en su madriguera.

Después confirmó Juan Pablo estas sospechas, asegurando que cerca del río y hacia el sitio que habían ido latiendo los perros, existía una zorrera en actividad, que surtía de raposos á aquellos contornos, y que eran el azote de la caza menuda, y sobre todo, de los gallineros y palomares de la comarca.

Un detalle. Reconocida la marrana que coparon los perros en la Nava de Peña Rubia, se le encontró en el jamón derecho un reciente rasponazo de bala, lo que hizo admitir la creencia de que dicha res era la misma que hirió el criado del Sr. Bellido en la batida de los Desmontados.

Terminado el portillo, reunidas las escopetas, monteadores y perros en el puesto más alto inmediato á la vereda de Valpeñoso y cargadas las reses muertas, montaron los señores á caballo, y por la fuente de la Perdiz se encaminaron á la casa muy contentos del día de montería que habían tenido. Sólo el señor cura iba preocupado con el suceso del cochino de los Desmontados, y si rechistaba, era para echar sapos y culebras contra su mala suerte.

El arriero llegó al rancho á media tarde, procedente de Arjona, después de haber dejado allí las reses muertas en Montealegre, y trajo á los señores las mejores noticias de sus familias, cartas, periódicos, una cesta llena de varias golosinas, pan para dos días para la gente y los perros, algunas botellas de vino generoso y otras cosas. Dijo que en Arjona había despertado gran entusiasmo los triunfos de la montería, y que los señores de la Sociedad de Labradores preparaban para la tarde del ocho un gran recibimiento á los expedicionarios. Aseguró que cuando llegó con las reses á casa de D. Sebastián le escoltó mucha gente, y después pasó todo el pueblo por la casa para verlas y admirarlas.



XVI

EN cuanto se llegó á la casa se colgaron las reses muertas en las encinas, se dió de comer á los perros y se encerraron en el corral, se cuidaron las caballerías, se avivó el fuego de la cocina, se encendió la lumbre del exterior, y alrededor es ésta los monteros, y sentados al lado de la de la cocina los señores, empezó la charla en uno y otro punto.

Barrerilla estaba loco de contento con la valiente acción de su cachorro Levita, y decía que al pasar por Andújar le iba á comprar un collar de lujo.

—Ya decía yo, añadió, que tanto Levita como su compañero Chaleco iban á ser de primera. ¡No podía ser menos! Desde que ando con la reala he criado algunos cachorros de la Curiosa y de Elefante, y todos han salido superiores. La Batidora de Andújar tiene uno que llaman Artillero, que es un asombro, y la última vez que hablé con el podenquero de dicha reala, me dijo, que en una montería que echaron al Lugar Nuevo, lo dejó un cochino muy mal herido, pero que á pesar de estar medio muerto, lo encontró agarrado á la res como el alano más fino y potente.

Acebes elogiaba también á su Falucho, y aseguraba que en cuanto tuviera más experiencia y picardía, había de ser el número uno de la reala.

El podenquero de Cardera dijo que sus perros se habían portado muy bien en el copo de la marrana de Peña Rubia, y que su Terrible había hecho honor á su reputación y nombre.

—Yo creo que mañana echaremos á Valcabero, dijo Acebes, y seguramente encontraremos en aquel barranco algún arochón de esos barateros que allí se cobijan y que dejan en cuadro á las realas. Entonces veremos lo que vale nuestra gente canina, pues hasta la fecha no hemos tenido ocasión de probarla en esta montería.

En la cocina habían promovido los señores animada conversación referente á los sucesos del día. La muerte del corzo había satisfecho mucho á D. Diego Manuel, y decía que en toda su ya larga vida de montero, no había muerto más que el de Valpeñoso y otro que cobró en la Solana del Tamaral, en una montería que echó en las Chozas del Colegial, hacía ya algunos años.

—Por cierto, continuó refiriendo D. Diego, que á nuestra llegada á dicho rancho, me enseñaron un venado, que tenía el tío Chimeno colgado de una encina, que aquella mañana había sido cogido con liga por un muchacho de diez años. ¡Si señor, con liga, y no se rían ustedes!, porque el hecho es exacto, y se conven- cerán de ello en cuanto lo explique.

—Venga el lance, dijo Cardera, pues debe ser curioso.

—Sí que lo es, y contado á bulto sin explicar los detalles, podría pasar como uno de los fabulosos que cuentan sucedieron al famoso Manolito Vázquez.

—Era por este tiempo. El tío Chimero, que era nuestro postor en aquellos terrenos y aun en los del Valle de Fuencaliente, tenía un chico de unos diez años, muy travieso, listo, y que manifestaba gran afición á la caza, y no pudiendo por sus pocos años ejercerla con la escopeta en las reses, conejos y perdices, se dedicaba á cazar colorines, chamarines, zorzales y otros pajarillos con espartos untados de liga. La tarde anterior á la de nuestra llegada, había enredado con estos espartos las orillas de una charca que formaba un remanso de un arroyo, y con el fin de tener preparado el cazadero para la mañana siguiente, dejó puestos los espartos en las orillas, y aun puso varios más sobre algunas piedrecitas que sobresalían del agua, y en las cuales, es sabido, se suben los pajarillos para satisfacer su sed más cómodamente.

Cuando clareó el siguiente día, fué el muchacho á su cazadero, y se encontró sorprendido por un espectáculo extraño, que le llenó de admiración.

Á pocos pasos de la charca había un venado grandísimo, que se movía mucho, pero que no podía correr ni aun andar, á pesar de gritarle

el muchacho, de acercarse á él con estrépito y aun de tirarle algunas piedras. Vista la actitud de la res, corrió el muchacho á llamar á su padre, y personado éste en el lugar del suceso y hecho cargo de la situación del venado, le disparó un tiro y lo dejó muerto en el acto.

Entonces se aproximó á la víctima y observó que tenía un brazo enredado en las cuernas, y pegados en los belfos tres espartos de liga, deduciéndose de esto que á la res se le adhirieron al beber agua en la charca, y por el afán de quitárselos tendría gran briega, en la cual metió por las cuernas uno de los brazos y no lo pudo desenredar por más esfuerzos que hizo.

—Ya ven ustedes, señores, continuó D. Diego, que el hecho está explicado perfectamente, y aunque no lo presencié, quedé convencido de su veracidad en cuanto el tío Chimeno y su hijo me lo refirieron. D. Francisco formaba parte de aquella montería, y también fué para él objeto de admiración este lance raro, que es posible que esté de non entre todos los extraordinarios ocurridos en la caza.

—En efecto, manifestó D. Francisco, y me impresionó tanto, que para convencerme de ello fuí á la charca, y ví aun tendidos los espartos de liga, y los rastros del venado próximos á la orilla, y marcados como de haber estado parado. ¡Qué montería aquella, Diego! ¡Cuántas emociones sufrimos, y qué malos ratos

pasamos! ¿Te acuerdas del susto que nos hicistes pasar cuando te hirió aquel marrano en la Umbría de Mingo Negro?

—Más grande lo pasé yó, y la verdad es que si no es por mi perro Hidalgo, que en la gloria de los perros esté, es indudable que á estas horas no me encontraría entre ustedes.

—Refiérelo, Diego, refiérelo, exclamó don Francisco, que seguramente lo oirán los señores con mucho gusto.

—Desde luego, dijeron todos y se lo rogamos con empeño.

—Íbamos á echar la Umbría de Mingo Negro, que es la vertiente Norte del Cerro del Tamaral. Hacía un aire muy fuerte acompañado de lluvia fina, que molestaba extraordinariamente y hacía dar al monte grandes sacudidas. El tío Chimeno me puso en un puesto aislado, muy cerrado de monte y de gran compromiso, según él me advirtió, y que no tenía más tiradero que el paso de una veredita que escasamente tendría una cuarta de ancha.

—Mucho cuidado, D. Diego, me dijo al darme posesión del puesto. Aquí no acudirán cervunas, pero si hay reses de cerda en el portillo, seguramente vendrán á visitarle. ¡Ojo con la vereda!, y no se mueva del puesto hasta que yo venga á recojerlo.

Me lié en mi capote de monte, me senté en una piedra al lado de una mata de torbisco, teniendo en frente la vereda, encendí un ci-

garro como pude, monté los dos cañones y quedé pendiente de los sucesos.

Más de una hora pasé sin oír voces de los montadores, latidos de perros, tiros ni ningún ruido que delatara que se estaba monteando el portillo, cuando de improviso sentí por mi izquierda un ruido sospechoso. Por el pronto creí que fuera un perro ó un lobo lo que se acercaba; pero fijándome en el movimiento de las ramas del monte y observando que éste era palmeado y no vibratorio, como es el que imprimen dichos animales cuando caminan entre matas, deduje que era un cochino la res que lo producía, y en tal convicción, me puse de pie, empuñé la escopeta como para apuntarla pronto, observé la vereda y el movimiento del monte, y esperé bastante emocionado, lo confieso, que apareciera la res ó lo que fuera.

La res llegó á una gran mata de madroña que había al lado de la vereda, y allí se detuvo, y empezó á mover las ramas como retozando. Yo estaba inmóvil, fija toda mi atención en la mata y en la vereda, dispuesto á soltar un escopetazo en cuanto en ésta última se me presentase un blanco.

Pero el movimiento seguía y el blanco no aparecía, y ya me iba impacientando, cuando por entre las ramas de la mata veo una cosa negra, y sin andarme en escrúpulos ni en vacilaciones, pongo en ella el punto con gran fijeza, disparo, y..... silencio sepulcral.

Espero cerca de un minuto con la escopeta en la cara y el dedo índice derecho en el gatillo izquierdo, y visto que nada se movía, me aventuré á ir por la vereda á la mata del suceso. Pero no bien me aproximé, salió de ella con gran estrépito y pujanza un tremendo cochino que se me abalanza, tira al suelo y empieza á darme derrotes con las cuchillas, destrozándome el capote, las mangas de la chaqueta, y aun hiriéndome fuertemente en el brazo izquierdo, qué fué lo peor.

Yo comprendí que de moverme era hombre muerto, y permanecí inactivo como si realmente lo estuviera, hasta que la Providencia en forma de mi perro Hidalgo, se me presentó para salvarme.

Este noble y valiente animal, que aun no me explico cómo ni por dónde apareció, en cuanto olfateó al cochino, se precipitó sobre él como una fiera mordiéndole en una oreja haciéndole presa; y viéndose la res agredida tan de improviso, da un gruñido salvaje, me deja á mí en paz, da una gran sacudida al perro, arrojándolo al suelo con violencia, y ensañándose en el noble animal, le hiere con las cuchillas en el vientre y lo deja muerto instantáneamente.

Yo me levanté como un rayo en cuanto me dejó libre la res, y poniéndole casi la boca de los cañones en el codillo, le disparé el izquierdo y cayó muerto encima del pobre Hidalgo. No

he pasado en mi vida un momento de más angustia, y confieso que el espectáculo de ver muerto tan heroicamente á mi perro más querido, me impresionó aun más que cuando echado en tierra resistía los derrotes de la fiera.

Pero era preciso darme cuenta de este hecho extraordinario, y, al efecto, empecé por cargar la escopeta con toda la tranquilidad que me fué posible y montar los dos gatillos, por si acaso. Después me até el pañuelo con ayuda de los dientes y de la mano derecha á la profunda herida que me había inferido la res en el antebrazo izquierdo, que manaba bastante sangre y me dolía mucho, pues la cuchilla me llegó al hueso, y con la escopeta casi en la cara me dirigí otra vez á la mata, viendo con sorpresa dentro de ella una marrana muerta.

Este hallazgo inesperado me lo explicó todo. Era la época de la cubrición, y seguramente las dos reses estaban emparejadas. Al primer tiro maté á la hembra, y sorprendido el macho por el disparo y por la muerte de su compañera, quedó por un momento aturdido y estático; pero en cuanto me aproximé y olfateó, desfogó conmigo sus furias y me atacó rudamente, conforme he referido.

En cuanto llegó el tío Chimeno á recogerme y le conté los detalles del suceso sobre el propio terreno, quedó el hombre asombrado, y su primer cuidado fué ajustarme bien el pañuelo á la herida, que yo no había podido hacerlo más que

de un modo imperfecto, poniéndome antes en ella buena cantidad de yesca de manzanilla, y me suplicó que me sentara en el puesto hasta que él volviera con mi caballo y una bestia para cargar las reses.

No esperé mucho tiempo. Al poco rato se presentó acompañado de D. Francisco y de otros compañeros de montería, que me prodigaron las mayores pruebas de afecto. Monté á caballo, se cargaron las reses y la cabeza del perro, y todos nos dirigimos al rancho, en donde se me hizo nueva cura con un bálsamo confeccionado con romero y otras plantas, muy semejante al de Fierabrás, de que nos habla Cervantes. Cené poco, me acosté y pasé calenturiento toda la noche, y á la mañana siguiente fuí á montar como si tal cosa me hubiera acontecido.

Y, señores, si alguna duda cabe sobre cuanto llevo referido, y alguien desea ver las pruebas de convicción, en el despacho de mi casa tengo disecada la cabeza de Hidalgo, y clavadas en la pared del patio las cabezas de las dos reses, pudiendo enseñar en el acto la cicatriz del brazo, que por cierto tardó en cerrarse completamente más de un mes.

En memoria de mi pobre Hidalgo, tengo siempre en mi reala un descendiente suyo, que le doy su nombre, y todos han sido buenos. El que ahora tengo es viznieto de aquel héroe, y se parece mucho en todo á su ilustre visabuelo.

—Verdaderamente es extraordinario el lance

que refieres, Diego Manuel, —dijo Cardera, —y me admira tanto más, cuanto que siempre he oído decir que los cochinos no acometían al hombre.

—Y estás en lo cierto, mi querido Antonio Luis. Siendo una fiera el jabalí, siempre huye del hombre; pero si se le ataja el camino y se le provoca; si en sus pasiones y luchas con los de su especie ó con los perros se contribuye á empeorar y á hacer crítica su situación y se le ataca, entonces se defiende con gran energía y no cesa hasta vencer ó morir. La historia de Francia nos presenta un caso de un jabalí, que acorralado en el bosque de Bondy por los monteros y perros, puso en peligro la vida del rey Carlos IX.

—¿Pero tanta pujanza tiene para acometer, que las fuerzas del hombre sean insuficientes para contrarrestarla?

—Sí, es un animal que tiene fuerzas prodigiosas, y especialmente en la cabeza. Recuerdo que monteando en cierta ocasión en el Socor el portillo llamado Las Chorrillas, lucharon los perros con un gran marrano, y después de matar y estropear éste muchos canes, se hubiera quedado dueño del campo y marchado victorioso, si el conde de la Quintería no interviene á tiempo y lo mata á escopetazos. Pero lo particular de esto fué, que uno de los perros que se encontró en la refriega, sacó en todo el lomo una calva como de dos dedos de ancha, que parecía que se la habían hecho con una

navaja de afeitar, cuya calva fué causada por el roce del colmillo de la fiera. Por esto comprenderás la fuerza que el animalito mandaría para causar tales efectos.

—De todo cuanto se refiere al lance que acabas de contar,—dijo el Sr. Bellido,—lo que más me llama la atención es, cómo fué á tu puesto el perro Hidalgo, sin llevarle rastro determinado.

—No te extrañe, pues debo decirte que el animalito, guiado por el poderoso instinto que tienen todos los perros, tenía la costumbre de venir con frecuencia á visitarme á los puestos, porque sabía que siempre le tenía reservado regalillos que él agradecía, y sin duda alguna se le ocurrió ser atento en aquella crítica ocasión, sin darse cuenta del servicio que iba á prestarme.

—Lo mismo hace conmigo Garibaldi en casi todos los puestos,—dijo D. Pedro Herrera,—y desde hoy prometo duplicarle los obsequios, y aun no arrojarlo de mi cama, si, como tiene por costumbre, viene á dormir á ella, por si acaso me veo en un lance comprometido, y cual otro Hidalgo, le lleva el agradecimiento hasta el extremo de sacrificarse por mí.

—Me parece, significó D. Francisco, que esta noche vamos á tener juerga también, porque veo por ahí la misma gente de anoche. Más vale que cenemos y nos preparemos para la tornaboda.

—Pues á ello, digeron todos.

En seguida se llamó al cocinero, se puso la

mesa y se sirvió la comida, que consistió en un buen cocido, lenguas, riñones y solomillos estofados, de principio, y pasteles y dulces, que Cardera había mandado traer de Arjona, de postre; y todo esto remojado con exquisito vino de Jerez y Montilla, obsequio también de Cardera.

Los monteros tomaron á la vez su cocido abundante, ayudados por la gente extraña á la montería que la noche anterior acudió á solemnizar el noviazgo de Cardera, y en la presente venía á empalmar otra fiesta con caracteres de tornaboda.

Juanico Navarro, que era más bullanguero que un muchacho, á pesar de su juicio y seriedad, tomó la venia de los señores para continuar la fiesta de la noche anterior, y no solo fué concedida, sino que en nombre de toda la expedición en general, se regaló á los juerguistas dos arrobas de vino, y D. Diego en particular, el gasto que se hiciera de crespillos, para que se solemnizara la muerte de su corzo.

Y desde aquel momento empezó el baile, alternado con los juegos y el recitado de relaciones terroríficas, y no cesó hasta la madrugada. La guardesa tenía ya preparada la masa de los crespillos y la miel, lo que demostraba que también estaba ella compinchada con los juerguistas. Se recitó la relación del bandido Diego Corrienté, y alcanzó un éxito extraordinario.

Los señores se fueron á la cama, menos Cardera y D. Pedro, que permanecieron en la cocina

hasta las once. D. Sebastián les acompañó un rato, y después le pesó, pues cuando fué á acostarse, encontró roncando á D. Francisco, y entre el ruido que metía dicho señor y el belén que tenían los juerguistas en la cocina, le fué imposible conciliar el sueño en casi toda la noche, y menos mal que no le dolió el estómago.

El consejo de ministros se aplazó para la mañana siguiente.



XVII

 la paz de Dios, Caballeros, dijo Juanico Navarro, al presentarse á la salida del sol al día siguiente en la habitación de los señores. Tenemos un hermoso día y convida á aprovecharlo.

—¡Hola! Juanico, ¿qué vamos á hacer hoy?, —preguntó D. Diego.

—Pues montar por la mañana á Buenasyerbas y Valcabero á la vez, y por la tarde á Valdelmedio. En ambos portillos hay reses, y bastantes. Hace un momento acabo de recorrer la cuerda de Buenasyerbas, y he visto rastros recientes de muchos jabalíes, y por cierto que he notado revolcaderos fresquitos de ellos en unas matas de ruda, que me han chocado, porque generalmente no suelen revolcarse en estas matas más que en la primavera.

—¿Y por qué en la primavera y no en el otoño?, —preguntó D. Pedro.

—Porque en dicha primera estación, están llenos de miseria, y se la quitan revolcándose en las matas de ruda, pero como hemos tenido un otoño tan temprano y tan hermoso, se conoce que se les ha adelantado la primavera.

—¿Ha encontrado usted rastros de cervunas?

—No, señor, en estos valles se acuestan pocas; pero con el ganado de cerda tenemos bastante. Ya pueden ustedes echar buena cantidad de balas en las cananas, pues creo que todas se han de tirar. En Valcabero hago reses de todos tamaños; pero sobre todas, ha entrado un cochino, que á juzgar por la magnitud y profundidad de la fóllica que deja, debe ser el abuelo de los de su especie. Y que no hay duda de que debe ser baratero, porque el muy bribón se ha estado afilando las navajas esta madrugada en el tronco de una encina.

—¿Qué dicen ustedes, señores?—interrogó D. Diego.—¿Aceptamos el plan del postor?

—Aceptado,—dijeron todos.

En seguida se sirvió el aguardiente, se concluyó de fumar el primer cigarro sentados en las camas, y acto seguido se abandonaron éstas y fueron recogidas por los criados. Los podenqueros cuidaron sus realas. D. Sebastián se ocupaba de preparar las meriendas y de municionar á la gente, y todos esperaban que la guardesa terminase de freir las asaduras de las reses muertas el día anterior y que debían de servir de desayuno para todos.

Una vez tomado éste, é instruídos los podenqueros sobre la forma y modo de batir el portillo, montaron á caballo los señores, y todas las escopetas se pusieron en marcha hacia Valcabero, precedidos como siempre, del postor.

Los podenqueros quedaron en la casa con sus reales respectivas, con orden de detenerse media hora, á fin de dar tiempo para hacer la postura, y después entrar batiendo á Buenasyerbas hacia abajo, para doblar por último la mano y entrar en el barranco de Valcabero batiéndolo hacia arriba.

Bien pronto llegaron las escopetas á la Cabezada del barranco de Valcabero, en donde hicieron alto y se dividieron en dos secciones. La primera, bajo la dirección de Juanico Navarro, compuesta de una de las escopetas de la Centenera, D. Pedro, D. Sebastián, el Sr. Bellido, el señor cura y el cazador de D. Pedro, ocuparon la banda de la derecha del portillo, ó sea la divisoria de Buenasyerbas; y la segunda con Juan Pablo, compuesta del criado del Sr. Bellido, el del señor cura, D. Francisco, Cardera, D. Diego y la otra escopeta de la Centenera, ocuparon la banda de la izquierda en la divisoria de Valdelmedio, colocándose la de una y otra banda en el sentido de arriba á abajo, por el orden dicho anteriormente.

Los caballos de los señores de la banda de la derecha permanecieron estacionados en la cabezada del barranco de Valcabero, y los de los señores de la izquierda, fueron á colocarse á espaldas de los puestos de sus respectivos dueños. Todas las escopetas recibieron orden de permanecer en los puestos hasta que los postores los recogieran.

Á las nueve y media empezaron las tres realas la batida de Buenasyervas, y su entrada fué señalada por una gran gritería de latidos que delataba el encuentro con las reses. Dos marranas y varios lechones corrieron hacia las escopetas de la derecha, matando una D. Sebastián é hiriendo otra el cazador de D. Pedro. Al Sr. Bellido le entró un lechón, y después de tirarle dos tiros se marchó ileso. Otros cogieron los perros, y algunos más pasaron el río, sin que se fijasen los canes.

El portillo empezaba brillantemente. La animación era extraordinaria, notándose ésta por las enérgicas voces de los monteadores, por sus continuas y potentes salvas, y por los corajudos latidos de los perros. Las escopetas se deshacían de impaciencia en sus puestos anhelando que se presentasen reses, y todo estaba pendiente de la dicha de los perros.

Hubo unos momentos de silencio, durante los cuales se replegaron muchos de aquéllos en los alrededores de los podenqueros, y cuando éstos reunieron la mayor parte, los animaron y pusieron en marcha.

Un latido enérgico de Paje, coreado casi instantáneamente por los de otros dos perros más, anunciaron el encuentro de otra marrana, que desde luego inició su viaje hacia el puesto de Juanico Navarro. En el camino se unieron á los tres canes casi todos los demás de las tres realas, y armando una gritería infernal, apretaban á la res hacia la dirección indicada.

El postor la sentía aproximarse, y cuando coronó la silleta, que es regla general que por muy corriendo que vayan las reses, siempre se detienen para respirar y elegir nueva dirección, aprovechó esta suspensión y le disparó una bala que fué á herirla en los pulmones. La res dió un gran salto y dobló la divisoria, internándose en el barranco de Valcabero, seguida de todos los perros; pero herida mortalmente, se rindió á menos de cien pasos del sitio en que se le hizo el disparo, y cayó moribunda al pie de un romero, en donde los perros la cercaron y trataron de devorarla, costando no poco trabajo á Juanico Navarro rescatarla y dispersar á los canes.

Momentos después de este suceso, varios enérgicos latidos de Liberal anunciaron el encuentro de otra res, un poco más arriba de la mata que servía de lecho mortuorio á la marrana. Los ladridos de Liberal son inmediatamente coreados por los de otros y otros, y por último, por los de todos los perros que prematuramente habían invadido el barranco de Valcabero en persecución de la marrana que mató el postor.

Á pesar de verse cercada y hostigada la res por tanto perro, ésta resistía con valentía en su cama y se disponía á luchar enérgica y desesperadamente. Los podenqueros no habían doblado aún la cuerda de Buenasyerbas, y por lo tanto, los perros se encontraban huérfanos de su ayuda, sin más amparo que sus propios esfuerzos y el que les prestasen las escopetas cercanas á los sucesos.

En medio de la algarabía que movían los canes se percibió muy claramente un gruñido salvaje de la res, é inmediatamente después un arrollón de monte y un alarido de muerte de uno de los perros; luego otros análogos alaridos de otros varios; más tarde otros y otros, y aquello se convirtió en una batalla encarnizada, en que visiblemente se percibía que los perros llevaban la peor parte.

Los ladridos casi cesaron para convertirse en alaridos, los momentos eran críticos y todo hacía sospechar que de prolongarse la lucha algunos instantes más, inutilizaría la res á las reales y aquélla se marcharía victoriosa.

Preciso era decidir la contienda, y al efecto salió del puesto el señor cura con la escopeta preparada, y con gran valentía se dirigió al sitio de la batalla; pero como había un matorral enorme, le fué forzoso ir sorteando las matas, lo que hacía que no pudiera seguir una dirección favorable al viento, para poder llegar á la res sin que ésta se apercibiera.

Cuando le faltaban unos cuantos pasos para personarse en el lugar de la lucha, y al recorrer velozmente un callejón de monte, se encontró frente á frente con el cochino, que le había olfateado; y venía como un rayo á su encuentro. El señor cura se detiene, apunta á la frente de la fiera, dispara, y la res cae muerta instantáneamente á los pies de su matador, no sin hacerle perder á éste el equilibrio al chocar su cuerpo con aquéllos y con sus piernas.

En esto llegó al lugar de la lucha el podenquero Acebes fatigadísimo y jadeante, y á poco Barrerilla, el cazador de D. Pedro y el Sr. Bellido, cuyos dos últimos eran las escopetas próximas al puesto del señor cura, presenciando todos un espectáculo, triste sí, pero á la vez épico y grandioso. Los perros Liberal, Terrible, Falucho, Paje y Fandango, yacían muertos á poca distancia unos de otros; el primero y tercero degollados y los restantes abiertas las cajas de sus cuerpos por el colmillo de la fiera.

En las matas próximas se encontraban echados, muy mal heridos y quejándose amargamente Pilatos, la Coqueta, Garibaldi y el cachorro Levita. Más allá, otros perros menos lesionados se lamían sus heridas y miraban á los cazadores y podenqueros como suplicando sus cuidados. Total, cinco perros muertos, cuatro muy mal heridos, cinco que no lo estaban tanto y tres leves, componiendo en conjunto diecisiete bajas.

Admirando este triste cuadro estaban las escopetas y podenqueros, y cuando éstos se quitaban los morrales para extraer de ellos las agujas corvadas para coser las heridas á los perros, surgió de pronto en el fondo de la vaguada del barranco gran gritería de latidos, que denunciaba el encuentro de otra res. Era un marranete, que sin duda actuaba de escudero del muerto por el señor cura, y que se dirigió velozmente á las escopetas de la izquierda.

Algunos perros de los heridos al sentir la

dicha de sus compañeros, olvidaron sus lesiones y se precipitaron tras de la res levantada, que inició el viaje hacia el puesto de Cardera. Éste le disparó dos tiros en muy buenas condiciones, y el cochino cayó muerto al segundo á pocos pasos del puesto.

Durante toda esta última batida abandonaron sus puestos las escopetas de la derecha y se reunieron en el sitio de la batalla del marrano, en donde los podenqueros cosían las heridas de los perros lesionados y correspondían con halagos á los lastimeros ahullidos que proferían y que partían el alma. Barrerilla lloraba al ver muertos á Liberal y á Paje.

—¡Dios os tenga en la gloria de los perros!, —decía,—pues os habeis portado como valientes.

—¡Ya os vengarán vuestros compañeros!, —añadía Acebes,—y por cada uno de los que habeis perdido la existencia en esta reñida batalla, perderán la piel veinte de vuestros enemigos.

Á Levita lo acariciaba Barrerilla como si fuera un ser humano. El animalito tenía una herida profunda en el cuello y no podía moverse porque había perdido mucha sangre. Garibaldi se condolía de una gran herida en el costillar, pero afortunadamente no era profunda. Pilatos se resentía de dos heridas en las paletas, y la Coqueta de una en el cuello, aunque no tan profunda como la de Levita.

—Pero á todo esto no sabemos lo que ha sido del marrano,—dijo Acebes;—yo sentí un tiro

cuando los perros reñían con él la batalla; pero después sólo percibí ahullidos lastimeros, y no me ocupé más que de acudir en socorro de mis perros.

—¿Tiró usted el cochino, señor cura?

—Sí, y allí lo tienes muerto. ¡No faltaba más! y al hacer esta exclamación echó el ronquido típico de la provincia de Jaén.

Todos se precipitaron hacia el sitio que los condujo el señor cura, encontrando en el callejón de monte ya descrito á la res muerta de un balazo en la frente, quedando admirados de sus magnitudes y mucho más de la forma de matarla en cuanto sobre el terreno explicó el lance el señor cura. Era un arochón de los más grandes y fieros que se crían en Sierra Morena, y de los cuales dan buen contingente los valles de la Centenera. Con razón decía Juanico Navarro, que era el abuelo de todos los de su especie.

Los señores abrazaron al señor cura y le prodigaron las mayores alabanzas, no sólo por la habilidad de herir en la frente á la res, sino por el arrojo y decisión que había demostrado al salir del puesto é ir á buscar un lance, que seguramente había de tener, dada la fiereza del marrano y lo acosado é irritado que lo tenían los perros.

El señor cura recibía los elogios de todos con vivas muestras de complacencia, y no hay para qué decir que su amor propio como cazador y su orgullo como tirador, se vieron en aquel momento considerablemente halagados.

Juanico Navarro se presentó también al poco rato en el punto de reunión. Venía el hombre incomodadísimo y diciendo á voz en grito que el portillo no había sido monteado más que á medias, y que en la parte baja del barranco de Valcabero no habían entrado los perros, y tenía él la certeza de que allí quedaban acostadas muchas reses.

Se condolió del desastre de los perros y alabó la valiente acción del señor cura, y propuso que las escopetas volvieran á ocupar sus puestos, que se acollararan los perros que habían quedado útiles, y con ellos bajasen los podenqueros al río por la parte de Buenasyerbas, para empezar de nuevo á montar el barranco de Valcabero de abajo á arriba.

Antes de llevarse á cabo este proyecto, se mandó recado á las escopetas de la banda izquierda por la de la Centenera, que ocupaba el viaje superior de la cuerda de Buenasyerbas y que se hallaba más próximo á ellas, é instruídos todos de los nuevos proyectos, que fueron aprobados sin discusión, se pusieron en práctica en el acto.

Los podenqueros protestaban de su buena labor y excelentes deseos, y aseguraban que ellos tenían el propósito de bajar monteando hasta el río, para entrar después batiendo el barranco de Valcabero de abajo á arriba, como así se les había encargado, pero que la circunstancia de haberse marchado la inmensa mayoría de los perros tras de la marrana que mató Juanico, hizo que doblaran antes de tiempo la

cuerda de Buenasyerbas, y se encontraran en la parte alta del barranco de Valcabero con el marrano que dejó en cuadro á las realas. Que esto había sido una desgracia que ellos no pudieron evitar, y estaban seguros que los señores lo entenderían así y disculparían su conducta.

Mientras que llegaba la escopeta de la Centenera que había ido á comunicar los proyectos del postor á las escopetas de la banda de la izquierda, se trasladaron los perros heridos y el marrano muerto al puesto del señor cura; se acollararon los canes útiles, y cuando regresó el que se mandó de propio con el consentimiento de los señores, se pusieron en marcha las realas, y las escopetas ocuparon sus puestos.

No fueron vanos los pronósticos de Juanico Navarro. En cuanto llegaron los podenqueros al río, soltaron colleras y se dispersaron los perros por el barranco de Valcabero, se armó una zambra de dos mil diablos. Una corrida siguió la dirección del río, pasándolo la res y tras de ella los perros que la escoltaban. Otra inició el viaje hacia las escopetas de la izquierda; le entró á Juan Pablo y la hirió mortalmente, cobrándose la res, que era una marrana, después de terminado el portillo. Y como los pocos perros que lo batían se habían dividido en las dos corridas, tuvieron que detenerse los podenqueros y llamar á los canes con los caracoles, lo que ocasionó una suspensión en la batida de más de media hora.

En este intervalo de tiempo se efectuó un fuego graneado en ambas bandas, que bien pudiera decirse que era la guerra del Moro, según frase de Juanico Navarro. D. Sebastián tiró dos tiros y mató un lechón; el cazador de D. Pedro mató otro; una de las escopetas de la Centenera erró una marrana. D. Francisco tiró dos tiros á un lechón, sin resultados, y después le tiró Cardera otros dos y el animalito marchó ileso. Juanico Navarro erró también otro lechón, que sucesivamente entró después al cazador de don Pedro y al Sr. Bellido, y ambos le dispararon dos tiros sin consecuencias.

Aquellos momentos fueron emocionantes y llenaron de entusiasmo á los cazadores. Contribuyó mucho á animar el cuadro, la llegada sucesiva de los perros de vuelta de las corridas y el copo que hicieron de una marrana, que después se vió que estaba herida en la parte baja del cuello, y que con fundamento se creyó que era la que tiró el cazador de D. Pedro al empezar el portillo, por dar la sangre espurreada por ambos lados, según pudo verse muy claramente al reconocerse el tiro.

Con este último episodio terminó el portillo, que puede decirse fué el más divertido de la expedición, pues se dispararon veintiseis tiros de bala y se recogieron diez reses entre chicas y grandes. Lo sensible fué la muerte de los perros, pero este lamentable incidente fué inevitable.

XVIII

REUNIDAS en la cabezada de Valcabero las escopetas de la derecha y los perros útiles de las tres reales, se procedió á cercar á Valdelmedio, y al efecto, marchó Juanico Navarro con las que había retirado de la cuerda de Buenasyerbas y las colocó en la de Valdelmedio por el orden que tenían en su anterior situación. Las de la izquierda recibieron orden de volver caras en sus propios puestos, y constituyeron así la banda derecha del nuevo portillo.

Á los podenqueros se les dió la orden de batir á Valdelmedio de arriba á abajo, y al arriero el de conducir á la casa las reses muertas en la cuerda de Buenasyerbas y los perros heridos que no pudieran marchar por su pie, y de volver después con todas las bestias de que disponía, para transportar las reses restantes y las que se mataran en Valdelmedio.

Á las dos y media empezó la batida del portillo, pasándose gran rato sin que los perros dieran señales de encontrar reses. Por fin en lo hondo del barranco se oyeron latidos de parada del perro Picatoste de Cardera, y á poco los de otros perros que se esforzaban en levantar la res encontrada por el primero.

Era un marrano grande, que al verse cercado por los perros y no hallándose con ánimo de librar batalla, rompió hacia las escopetas de la izquierda. Pero desviado de su viaje por el encuentro de otros dos perros que le atacaron por su costado izquierdo, tomó hacia abajo y pasó á gran distancia del puesto de Juanico Navarro, internándose en el valle próximo sin que pudiera aquél tirarlo. Los perros siguieron con verdadera furia á este cochino, y aun consiguieron cortarle el camino y volverlo á las escopetas, llevándolo últimamente al puesto del señor cura, que lo mató de un balazo en los codillos.

Pero estaba escrito que á este buen señor, aun en medio de la fortuna, le habían de pasar lances extraordinarios.

Cuando esperaba por su derecha á la res perseguida y al echarse la escopeta á la cara para apuntarla, se le presentó en el puesto otro cochino más pequeño que entraba de buenas por la parte izquierda, y ambas reses se cruzaron en un pepueño raso á poquísima distancia una de otra.

El cazador trató de matar á las dos reses de un solo tiro, pero únicamente logró dejar en el sitio á la más grande, marchándose la más pequeña por el mismo camino que trajo la primera. Pero al doblar la divisoria é internarse en el valle próximo, se encontró con los perros que venían tras del rastro de la res muerta, y entonces retrocedió y pasó otra vez por el puesto del

señor cura, que estaba cargando la escopeta, y tuvo que contentarse con tirarle, con la mano, la bala que tenía dispuesta para meterla en el cañón.

Los perros siguieron á esta res por Valdelmedio y la condujeron al puesto de D. Diego, quien le metió en las paletas las tres balas del cañón derecho de su escopeta, dejándola muerta en el acto. Este último suceso cerró la batida del portillo. Dos tiros se habían tirado en él, pero fueron bien aprovechados. Verdad es que los dispararon los dos mejores tiradores de la expedición.

Un detalle. Al hatearse el cochino que mató el señor cura en Valdelmedio, que era grandísimo, se le encontró una bala incrustada en la mandíbula inferior, que le había roto el colmillo izquierdo, la cual debía hacer bastante tiempo que la tenía alojada en dicha parte, puesto que la herida se presentaba completamente cicatrizada y aun algo encayecida. Esta particularidad hizo, sin duda alguna, que no se decidiera á librar batalla con los perros.

Á los pocos momentos de terminarse la batida se reunieron todos los expedicionarios en la cabezada de Valdelmedio, y allí sostuvieron animada conversación sobre los incidentes de las dos batidas.

Al señor cura le rebosaba la alegría por todo su ser, y aceptaba las felicitaciones de sus compañeros con gran complacencia, aunque con

frases modestas. Decía que iba á comprar una escopeta de dos cañones de las que se cargaban por la culata, para no verse desarmado en lances tan críticos como el de la cierva y el del último cochino que le entró y que después mató don Diego. Éste no escatimó sus elogios al señor cura, y puso muy de relieve ante todos, su valiente acción de Valcabero, y su serenidad y buen acierto para matar la res tan oportunamente.

—Si no mata usted la res tan á tiempo,—siguió diciendo D. Diego,—es indudable que hubiera corrido una aventura tan desagradable como la que yo corrí en la Umbría de Mingo Negro con mi cochino de marras.

—Así lo creo, pues la fiera venía hacia mí con malas intenciones, y como nos encontramos en un callejón de monte y no podía desviarme de su salvaje acometida, no tuve más remedio que esperarla á pie firme y afinarle bien á la cabeza. Yo creo que le metí hasta los tacos dentro del cráneo, porque cuando le disparé, la tenía á menos de un paso.

—Bien, señor cura,—añadió D. Francisco;—gracias á usted deben la existencia muchos perros, que sin su valiente intervención estarían á estas horas haciendo compañía á mi Falucho y demás compañeros de infortunio.

—Creo con esto, Sr. D. Francisco, haber cumplido con mi deber. El cazador que se encuentra en mi caso y no sale del puesto para

defender á los perros, no lo considero con sangre montera, ni tampoco digno de ocupar un puesto de reses en Sierra Morena.

Todos hablaban casi al mismo tiempo. Cardera estaba contentísimo con la muerte de su marranete, y explicando los incidentes del lance, olvidaba la muerte de su Terrible, que la sintió bastante. D. Francisco y D. Diego lamentaban la muerte de sus perros, pero como monteros experimentados, decían que los canes y los soldados nacían para morir en la guerra.

D. Sebastián estaba también muy animado con la muerte de sus dos reses, y hablaba por los codos, con gran extrañeza de sus compañeros que sabían era avaro en sus palabras. El señor Bellido, como era bastante *teniente*, gritaba para que le oyesen bien, y decía que no había concurrido á una expedición en donde más se hubiera divertido.

Solo D. Pedro estaba algo tristón y se lamentaba de no haber muerto ninguna res en toda la montería.

—¡Si aquella indecente cierva del Mortero, —murmuraba,—no me da el timo, hubiera, sin duda alguna, quedado como un hombre! Pero ya tomaré la revancha en otras monterías. ¡Voto al demonio! ¡Lo que es en ésta he quedado á la altura del más despreciable babuchari!

En amena conversación llegaron los expedicionarios á la casa, de donde salieron á recibirlos y formaron alegre grupo en el llanete la

guardesa y sus hijos; y como estaban enterados por el arriero que condujo las reses, de la aventura del señor cura con el marrano de Valcabero, le dirigieron las enhorabuenas más sinceras y los plácemes más entusiastas, las cuales recibía con las más vivas muestras de satisfacción.

—Gracias,—decía.—Y para probarles á ustedes que estimo sus cumplidos, les ofrezco pagar esta noche dos arrobas de vino y los crespillos que puedan consumirse, para que se solemnice ruidosamente la muerte de mis dos cochinos.

—¡Viva el señor cura! ¡Vivan los curas valientes!, gritaron todos.

—Nó, señor cura,—añadió D. Francisco.—El día de hoy es señaladísimo en la historia de las monterías de Sierra Morena, y además cierra el período de la que acabamos de realizar con tanta suerte, y es muy justo que todos lo celebremos.

—Sí, sí,—interrumpieron todos.

—Propongo, pues, que encarguemos una misa, en acción de gracias, á nuestra Señora la Virgen de la Cabeza, que deberá pagarse del fondo común, y que del mismo fondo salgan el vino y los crespillos, y que esta noche se tenga una juerga como si realmente fuéramos todos novios.

—Conformes, conformes,—dijeron los señores, al propio tiempo que los demás aplaudían con entusiasmo.

Y desde aquel momento se puso la guardesa á arreglar la masa de los crespillos, y uno de sus

hijos salió á comunicar á las caserías del contorno la determinación de los señores, y á invitar en su nombre á todos los que quisieran concurrir á la fiesta.

Se encendió la lumbre del exterior, al rededor de la cual se estacionaron los podenqueros, los criados y las escopetas negras, y allí continuaron los comentarios de la batalla de Valcabero, que no se habían interrumpido desde que acaecieron.

Los señores se sentaron también alrededor de la lumbre de la cocina y hacían la historia de la expedición, complaciéndose en recordar los sucesos más salientes y de más bulto. También formaban planes para el regreso á Arjona al día siguiente.

D. Sebastián decía que había que alquilar caballerías para conducir las reses muertas, que ascendían á diez y seis de cerda, entre chicas y grandes, un venado, una cierva y un corzo. Total, diez y nueve, que necesitaban lo menos ocho bestias para cargarse, y el arriero no disponía más que de seis, y éstas casi todas tenían que emplearse en conducir el hato.

Pero este asunto lo resolvió Juanico Navarro alquilando á unos carboneros y en los caseríos del contorno las caballerías que hicieron falta, las que después de ajustadas, obtuvo de los dueños la promesa formal de que á la mañana siguiente, muy temprano, se pondrían aquéllas á disposición del arriero en la puerta de la casa

del postor. También se ajustó á un zagaletón para que ayudase al arriero y después volviera á la Centenera con las bestias alquiladas.

Se decidió emprender la marcha á las ocho de la mañana, para llegar al puente de Andújar á las once y media; descansar allí una hora y tomar la merienda, y en seguida continuar la marcha á Arjona, para llegar allí entre tres y media y cuatro de la tarde.

Se sabía que los señores de la Sociedad de Labradores deseaban celebrar la vuelta de los expedicionarios, y la hora de llegada que se había elegido era la más apropiada al efecto.

En seguida se sirvió la cena, que aquella noche consistió en un buen cocido, y además un abundante guisado de lengua, riñones, lomillos y menudos de las reses muertas el día anterior, y que hubo para todos hasta hartarse. Y notándose impaciencia en la gente alegre, porque empezara la fiesta, se despejó la cocina, se encendió otro candil que se colgó del techo, se empezaron á freir los crespillos y dió principio la juerga.

Ésta fué monumental. Se bailó, cantó, se hicieron juegos, se representaron pantomimas y se digeron relaciones hasta la madrugada, y no bastando la masa de los crespillos que había preparado la guardesa para satisfacer el apetito y para que sirvieran de estimulante al blanquillo de la bota, dispuso D. Sebastián que se frieran las asaduras de los dos marranos gra-

des, y allá á la madrugada se consumieron, y con ellas las últimas gotas del vino de la corambre.

Y con este lastre reparador de última hora y con una mona más que regular, se dispersaron los juerguistas, marchando por su pie, el que pudo, y quedando en la cocina recostados como toneles los que la tenían más arraigada.

Los señores aguantaron hasta las once, á cuya hora empezaron á retirarse los más formales, y los restantes con el señor cura, quedaron hasta que terminó la fiesta.



XIX

AL amanecer, abandonó el lecho todo el mundo. Había que liar las camas, arreglar los bultos, recoger el menaje y cargarlo todo, así como las reses. Los podenqueros, escopetas negras y criados se ocupaban de estas rudas faenas, mientras que Juanico Navarro se dedicaba á confeccionar las migas, y la guardesa en freir carne de lechón, que parte de ella debía servir como plus al almuerzo, y la restante de plato principal de la merienda.

Las reses fueron cargadas en ocho caballerías. El venado iba sólo en una de ellas, la cierva y el corzo en otra y los jabalíes en las restantes, distribuídos según sus tamaños.

El almuerzo fué, si no triste, poco animado.

Los expedicionarios sentían esa pena que embarga el ánimo cuando se termina de disfrutar una fiesta agradable, á la que se ha concurrido después de haberla deseado con ansia, y bien podría aplicárseles aquella frase popular ¡De los toros....! que tan gráficamente expresa la desanimación de los que se encuentran en el caso á que nos referimos.

Sentían dejar Sierra Morena, aquellos lugares tan amenos como agrestes, aquellas aguas tan finas como ricas, y, sobre todo, aquella vida tan activa, tan serreña, tan higiénica y tan llena de accidentes; y solo encontraban compensación á estos pesares, con la idea de volver pronto á reanudarla; pues no había terminado aún la expedición de montería, y ya empezaba á bullir en la mente de todos la idea de realizar otra.

D. Sebastián pagó y despidió á las escopetas negras de la Centenera. Igualmente hizo con Juanico Navarro, á quien gratificó espléndidamente, así como á su familia, y ultimados estos detalles, montaron los señores á caballo, y todos se pusieron en marcha para Andújar.

Antes de doblar la divisoria de San Ginés, hicieron alto, volvieron caras al Santuario de la Virgen de la Cabeza, y descubriéndose con religioso respeto, dirigieron á la patrona de Sierra Morena una oración y un voto de gracias, siguiendo después la marcha á buscar primero el puente del Jándula, que pasaron á las diez y media, y luego el del Guadalquivir, que cruzaron á las doce sin el menor contratiempo.

Juanico Navarro acompañó á los expedicionarios hasta empezar á bajar la cuesta de la Centenera, y allí se despidió de cada uno en particular y de todos en general, con las frases ¡hasta otra! La verdad es que era un elemento insustituible en las monterías, y no se comprendía que se realizara una sin que él formara parte de ella.

La expedición se detuvo en un establecimiento de bebidas que hay á la cabeza izquierda del puente de Andújar, en donde todos merendaron, no solo los fiambres que llevaban en las horteras, sino también algunas cosas más que adquirieron en el establecimiento.

Los perros iban rendidos, y mientras estuvo parada la expedición, se mantuvieron echados en el suelo, como si fueran objetos inanimados, y parecía que en las jaras se habían dejado las energías; y desde que pisaron la Campiña y comprendieron que había terminado la campaña, se acordonaron las colleras tras de sus respectivos podenqueros y silenciosamente marchaban, unos cojeando y los más aspeados, como si desearan llegar pronto al término de la jornada. Los heridos la hicieron algunos ratos andando, y otros subidos en los capachos del hato.

Á la una y media volvieron á ponerse en marcha. Á los canes les costó trabajo levantarse, y al afirmarse en el suelo para emprenderla, parecía que pisaban sobre afilados espinos, y movían un baile y se les iban unos lamentos, que causaban tanta risa como compasión. Esto hizo que se soltaran para que hicieran la marcha con más comodidad, y cuando anduvieron un poco y entraron en calor, desaparecieron las cojeras y los lamentos, hasta el extremo de que en las huelgas del Salado levantaron una liebre, y después de correrla un buen rato, consiguieron coparla, matarla y comérsela.

Por fin llegaron á la fuente vieja, en donde se volvieron á acollarar los perros, y en donde se organizó la expedición para entrar en Arjona causando el mayor efecto. Á la cabeza se colocaron en fila los tres podenqueros, y detrás las realas. Después las caballerías que transportaban al venado y á la cierva, y en seguida las que llevaban las demás reses. Luego los señores á caballo precedidos de los criados, y últimamente las bestias del ható al cuidado del arriero.

Al entrar por las calles del pueblo empezaron los podenqueros á tocar los caracoles y los criados á disparar tiros al aire. Esto hizo que salieran hombres, mujeres y chicos á las puertas de las casas, y atraídos por la curiosidad y por el espectáculo que presentaba la montería, se fueron uniendo á ella los últimos y muchos de los primeros.

Al llegar á la plaza empezó á tocar la música, que para el efecto estaba allí preparada, un alegre paso doble, al mismo tiempo que desde la puerta de la Sociedad de Labradores se disparaban multitud de cohetes, que atronaban el espacio.

Los socios de esta culta Sociedad, que estaban esperados á los expedicionarios, se lanzaron á la calle y salieron á su encuentro para saludarlos y darles la bienvenida; y engrosando la masa de curiosos, que ya era respetable, siguieron todos, precedidos de la música, hasta la casa de D. Sebastián, que no estaba lejos.

En la puerta quedó tocando la música, mientras se descargaban las reses y los señores tomaban un refrigerio en unión de varios señores de la Sociedad de Labradores, y mientras refrescaban todos, se relataron los más salientes lances de la expedición, especialmente el de Valcabero del señor cura, por lo que fué felicítadísimo y justísimamente admirado.

Después se despidieron los expedicionarios, conviniendo antes en reunirse al día siguiente á primera hora de la noche, en casa de D. Sebastián, y cada uno marchó á su domicilio.

Las reses quedaron expuestas algunas horas en el patio de la casa, y no quedó persona en el pueblo que no fuera á verlas, y en los Casinos y Sociedades fueron objeto de las más animadas conversaciones las referencias de esta notable expedición de montería, que hará época en Arjona.

Las reses se distribuyeron equitativamente, adjudicándose además las cabezas y pieles á los que tenían derecho á ellas, según las reglas establecidas.

Á la mañana siguiente se pasaron los señores recados de atención para ver si habían descansado, y á la caída de la tarde se reunieron en casa de D. Sebastián, según tenían convenido, para el ajuste de cuentas, que aquel tenía ya perfectamente formuladas y detalladas, y ante una espléndida bandeja de empanadas de carne de monte, confeccionadas por las hábiles manos de

Conchita, su buena señora, y algunas botellas de riquísimo vino del tonel de San Andrés, que era de Moscatel, leyó aquél un resumen de los resultados de la montería en cuestión de caza, y el de los gastos generales, con la parte alícuota que á cada uno correspondía abonar.

La primera nota arrojaba un total de cuarenta y cuatro reses tiradas, de las cuales mataron veinticinco las escopetas, y cuatro los perros, cobrándose un total de veintinueve, entre las cuales estaban incluidos la loba y el corzo; disparándose ochenta y cuatro tiros de bala. Además se recogieron setenta y nueve conejos, nueve perdices y un gato montés.

La segunda nota ascendía á un total de mil quinientos cinco reales, que distribuidos entre siete socios tocaron á doscientos quince, que inmediatamente fueron abonados. Y después de conversar largo rato y de apurar las empanadas y el vino, se dieron un apretón de manos y se despidieron al estilo de Juanico Navarro «hasta otra».

FIN

El presente es un estudio de carácter general sobre el problema de la responsabilidad social de las empresas, en el que se analizan los factores que influyen en su desarrollo y se proponen algunas medidas para su mejora.

La responsabilidad social de las empresas es un concepto que ha ido evolucionando a lo largo del tiempo, pasando de ser un simple deber ético a un compromiso estratégico que afecta a todos los aspectos de la actividad empresarial.

Este estudio tiene como objetivo principal analizar el estado actual de la responsabilidad social de las empresas en España, así como identificar los principales factores que influyen en su desarrollo y proponer algunas medidas para su mejora.

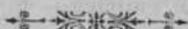
FIN

Appendice.



HISTORIA DE UN JABALÍ DE SIERRA MORENA,

CONTADA POR ÉL MISMO



Trabajo literario dedicado á mi excelente amigo y distinguido
cazador y montero

D. Diego Muñoz Cobo Hyala.

I

Nací en las orillas del arroyo de Valdecañas, en la dehesa del Socor, en el mes de Abril de 1885, y en unión de cuatro hermanitos más del mismo parto, pasé mi tierna juventud en aquellos terrenos de funesta historia para mis semejantes, y para las muchas reses cervunas que allí se crían y guarecen.

Mi madre era una excelente arochona, ya de edad, que había dado á la *humanidad jabaluna* muchos séres, y que dotada de gran inteligencia, á la par que aleccionada por las muchas vicisitudes que había corrido en su vida nómada, dirigía nuestra educación y atendía á nuestra crianza con la mayor solícitud y esmero.

La primavera y el verano del año de mi nacimiento lo pasamos alegremente por aquellos vericuetos, ya alojándonos en las umbrías del Socorejo, ya posesionándonos de las del Cerro del Cuervo y las de la Bornia, ó ya estableciéndonos en las Chorrillas, que era nuestro retiro predilecto.*De día permanecíamos echados al pie de una frondosa madroñera, rodeando á nuestra madre, y pasábamos las horas de calor durmiendo como bienaventurados, cuando los moscardones y tábanos no interrumpían nuestra quietud y sosiego, que solía ser con frecuencia.

Allá por las tardes cuando el sol caía, nos despabilábamos, desperezábamos y retozábamos en las inmediaciones de nuestro retiro, é invitábamos á nuestra madre á abandonar el alojamiento para iniciar nuestra excursión nocturna. La verdad era, que después de más de doce horas de abstinencia, sentíamos apetito, y el deseo de satisfacerlo hacía que nos parecieran las horas siglos.

Nuestra madre, sin embargo, no se alteraba, y sólo cuando las tinieblas invadían el espacio, era cuando se levantaba con mucha pausa, y con no menor calma nos decía: «vámonos».

Acordonados tras de ella por la ruta que seguía, caminábamos silenciosos, siempre á rumbo, como dicen nuestros mortales enemigos los cazadores, y nos dirigíamos á los terrenos del Yegüerizo, pasando por el raso del toro y por los de Cabras Quemadas.

En el Yegüerizo encontrábamos comida abundante. Allí había muchos terrenos sembrados, y el arroyo de Rabiavacas, que es de corriente permanente, nos ofrecía medios de subsistencia, que jamás se agotaban.

Mi madre era muy escrupulosa en cuestiones de higiene; así es que lo primero que nos ordenaba al llegar al citado arroyo, era revolcarnos en las matas de rudas que se crían en las inmediaciones de sus orillas, con el fin de quitarnos la miseria, y después bañarnos en las tablas de su lecho, y con estos aperitivos que hacían aumentar nuestro apetito, nos lanzábamos después por aquellos contornos á satisfacerlo.

Mis hermanos se metían en los sembrados, pero mi madre y yo nos dedicábamos á sacar criadillas de tierra, que son una especie de trufas silvestres muy apetitosas, y á desenterrar gazaperas y comernos los gazapos. También nos dedicábamos á comer culebras, víboras, alicántaras, alacranes, lagartos y toda clase de reptiles, que por allí abundan, y los engullíamos con placer. Pero sobre todo, los gazapos constituían mi plato más predilecto. Hubo noche que entre mi madre y yo nos comimos más de treinta conejillos, así es que aunque en aquellos terrenos se crían muchos, los guardas

veían con horror que no se multiplicaban como era de esperar, y con razón nos echaban á nosotros la culpa de la merma.

Los meses de Julio y Agosto, que ya las espigas de los sembrados están completamente granadas y secas, hacíamos gran consumo de ellas, si bien nos obligaba á tomar muchas precauciones, pues los segadores ordinariamente dormían en el tajo, y había que vigilarlos. Pero de esto se encargaban las reses cervunas que con nosotros compartían el banquete, y sólo cuando éstas faltaban, era cuando atendíamos por nuestra cuenta al servicio de vigilancia.

Pasamos un verano feliz, que lo complementó un otoño temprano y apacible, en el que no faltó la bellota. Algunas noches nos fué forzoso ocultarnos en el monte, porque notamos la presencia del guarda Bernabé, que vigilaba la finca, pero cuando se alejaba, volvíamos á nuestra tarea culinaria.

Una noche de luna clara y serena del mes de Agosto pasamos un susto fenomenal. Al aproximarnos á unas gavillas de trigo que aun no habían sido levantadas, venteó mi madre á un cazador que estaba oculto en otra gavilla de las inmediaciones, y dando aquélla el bufido indicador del peligro, corrimos como saetas á ocultarnos en el monte.

Durante nuestra vertiginosa carrera sonó un tiro, cuya bala sintió mi madre chocar en el suelo muy cerca de su cabeza; pero bien pronto nos ocultamos entre las matas y renació la tranquilidad.

Á poco vimos salir al cazador que nos había disparado, que no era otro, según dijo mi madre, que el bribón de Chiquiznaque, un cazador furtivo muy habil y constante para perseguirnos, y que á pesar de ser tuerto del ojo derecho, disparaba con una escopeta de garganta corvada, las más de las veces con gran acierto.

—Niños, nos dijo mi madre, preciso es que cambiemos de repostería. Este bribón de Chiquiznaque nos perseguirá á sangre y fuego, y el mejor medio de librarnos de sus acechanzas es ponernos fuera de su alcance. Mañana nos encaminaremos á la roza del guarda Antonio Costilla, que la tiene en la Parrilla, y allí satisfaremos nuestras necesidades.

Os aconsejo que tomeis bien la filiación á Chiquiznaque y huyais de él como de la muerte. Tira como un rifeño, y cuando esta finca era del Duque de la Torre, obtuvo muy buenas gratificaciones del Marqués de Ahumada, por matar con bala ante su presencia, tordos y zorzales volando.

Y en efecto, á la noche siguiente nos encaminamos á la roza del guarda Costilla, que aún no había empezado á segarse; pero acudían allí tantas reses cervunas, que entre lo que comían y lo que estropeaban con sus retozos y luchas, pues aún duraba la berrea, tenían la roza muy mermada, y esta circunstancia hacía sospechar que su dueño se viera precisado á observar vigilancia y tomar sus medidas, para ahuyentar á los merodeadores. En su consecuencia, en las noches sucesivas nos dirigíamos á otros terrenos no escasos de vituallas, y por espacio de algún tiempo no nos ocurrieron incidentes desagradables que turbaran nuestro sosiego.

Pero á pesar de tanta tranquilidad, mi madre no las tenía todas consigo y soñaba con el tal Chiquiznaque, como si fuera su pesadilla. Y la verdad es que no le faltaba razón, pues los hechos que se realizaron más tarde, vinieron á confirmar sus fatales presentimientos.

Por espacio de algunas noches del mes de Septiembre hacíamos nuestra colación en Navalrosal, atravesando para llegar á dicho punto el Raso del Toro. La última de las que me refiero, al pretender salir del monte para invadir dicho Raso, y yendo mi madre delante, como siempre acostumbraba, dió ésta un pequeño traspies y seguidamente sonó un tiro muy próximo, que la dejó muerta en el acto.

Nosotros nos asustamos atrozmente y volvimos grupas en dirección del cerro del Cuervo, en donde de día nos echábamos; pero observando que nadie nos seguía ni que tampoco se manifestaba la presencia de ningún cazador, decidimos volver, con grandísimas precauciones, al sitio del suceso, para darnos cuenta de las causas que lo originaron y ver si podíamos prestar auxilio á nuestra madre.

Ya allí, quedamos horrorizados al ver los artificios que los cazadores furtivos emplean para exterminarnos.

Mi madre, como ya he dicho, yacía muerta de un balazo que le atravesó las dos paletas. Pero lo que más nos chocó fué, que sus brazos los tenía enredados en una delgada cuerda de cáñamo que atravesaba la veredita de nuestra marcha en sentido normal, como á una cuarta de altura del suelo, y que una de sus puntas estaba atada á un chaparro próximo á la ruta, y después de pasar la cuerda dos veces por la vereda afianzándose en otra mata frontera al chaparro, se hallaba la otra punta atada al gatillo de una escopeta fuertemente sujeta al chaparro, con el cañón dirigido á la vereda. Se conoce que mi madre al tropezar con la cuerda, la comprimió, y entonces salió el tiro, que la dejó muerta instantáneamente.

Reconocida el arma, pudimos observar que la garganta la tenía corvada, lo que nos hizo deducir que pertenecía á Chiquiznaque, nuestro mortal enemigo, confirmándose nuestros cálculos, al observar que este infame matutero se presentó en el lugar de la catástrofe poco después de amanecido, dando muestras de júbilo al contemplar los efectos de su hazaña.

II

La trágica muerte de nuestra madre y el horror que nos causó la índole de la acechanza que nos había jugado Chiquiznaque, nos decidió á huir de aquellos lugares, y á la noche siguiente nos trasladamos á la dehesa de Navalamoheda, ó Navalamojea, como vulgarmente la llaman los cucones, y en sus frondosos alcornocales establecimos nuestro campamento.

Allí teníamos por el pronto bellota en abundancia, y el río de la Yegua, que limita dicha finca, nos facilitaba alimento seguro en el invierno. Cierta es que el nuevo alojamiento no era tan solitario como el que disfrutábamos en el Socor, pero en cambio tenía la ventaja de estar cerca de la campiña, y esta circunstancia hacía que por las noches nos fuera fácil trasladarnos á los olivares del término del Marmolejo, haciendo á cubierto la marcha de ida y vuelta por la dehesa de Valdeleches.

Así pasamos un otoño deliciosísimo. Pero estaba escrito que debíamos experimentar serios contratiempos, y no se hicieron esperar.

El 10 de Diciembre, ¡no se me olvidará!, sentimos llegar á la dehesa una porción de gente á caballo, precedida de no poca á pie, yendo todos armados de escopetas, acompañados por una multitud de perros acollarados, que movían una algarabía de mil diablos, no dejando vivir conejo, perdiz ni nada que encontraban al paso. De vez en cuándo sonaban unos rancos caracoles, cuyo sonido retumbaba por aquellos vericuetos, que nos llenaba de espanto.

Nosotros no sabíamos descifrar esta novedad, que turbaba el absoluto reposo que ordinariamente se disfrutaba en la finca; pero desde luego nos hizo entrar en escama ver tanta gente reunida, y, sobre todo, lo que más nos preocupaba era el acompañamiento canino. Una pareja de cervunas que estaba echada próximo á nuestras camas, abandonó precipitadamente el lugar y escapó hacia el cerro del Vidrio. ¡Ojalá hubiéramos hecho nosotros lo mismo!

Aquella noche cenamos admirablemente en un olivar del término del Marmolejo, que aun no había sido recolectado, y al pasar, á la vuelta, por Valdelechés, se le ocurrió á uno de mis hermanos la idea de quedarnos en dicha finca. No lo hicimos, y bien nos pesó después.

Á la mañana siguiente, cuando descansábamos tranquilamente de nuestra excursión nocturna, sentimos tocar los caracoles, y á poco un gran jaleo de perros acompañado de voces y de tiros que heló la sangre de nuestras venas. Parecía que se desgajaba el mundo.

Nos sentamos en nuestras camas y prestamos atención á los sucesos; pero fué tal el terror que nos entró, que lejos de huir como pensábamos, nos ocultamos en el monte y nos pegamos á la tierra como si fuéramos montones de pez.

En esta actitud vimos pasar por nuestra izquierda un alubión de perros que seguían á una cierva con su gabatillo, pero que yendo aquéllos muy distanciados de las reses y éstas á todo correr, no había peligro de que las alcanzaran.

Á poco sonaron dos tiros de bala en el lado opuesto de donde venía la batida, y poco después otros dos en el mismo sitio, y en dicha dirección siguió el aluvión de perros, latiendo cada vez con más energía, chocándonos sobre manera que á los pocos momentos de oírse los disparos, cesase tan desentonado escándalo.

—¿Qué habrá pasado? Nos preguntamos á nosotros mismos.

Pero bien pronto nos sacó de dudas la voz de un monteador, que llamaban Juan Manuel, que gritaba alegremente á otro que se hallaba próximo á nosotros.

—Ya tenemos carne. Párate, Almodóbar. Llama á los perros y no andes hasta que vuelvan.

Horribles momentos siguieron á tan estupendas noticias. Yo no sabía qué hacerme, y en mi confusión y espanto le pedía á San Antón que se abriera la tierra y me tragara.

En esto siento aproximarse unos menudos y precipitados pasos, y á poco aparece ante mi vista un perro blanco con manchas anaranjadas que se para á dos pasos de mí, me mira con ojos que echaban rayos y centellas, embela las orejas hasta ponerlas como dos moharras de lanza, y arrojándose sobre mi cuerpo como una fiera, al propio tiempo que daba un enérgico ladrido, me dió un mordisco en la nalga izquierda que me hizo ver las estrellas, y proferir un gruñido que se oyó más allá del Marmolejo.

Yo salí disparado sin darme cuenta á dónde me encaminaba, y conmigo arrancaron mis hermanos. El perro nos siguió ladrando cada vez más furioso, y á sus ladridos y á las voces de ¡macho ahí, Clarín! de los monteadores, y á los tiros que éstos disparaban, acudieron otros varios perros que chocaron en su camino con una hermanita mía, que se había desviado de nosotros, y después de cercarla, empezaron á devorarla despiadadamente.

Este sensible incidente, que ocasionó que nuestros perseguidores se reunieran para concluir con mi hermana, hizo que nos viéramos libres de tan furiosa persecución, y para sustraernos aun más de ella, nos deslizamos por un barranco

muy cubierto de monte, en el fondo del cual encontramos un arroyo, y en él nos bañamos y reparamos nuestras fuerzas.

Pero los tiros de los monteadores no se interrumpían, y las voces de ¡macho ahí, Clarín! continuaban y aun se notaban más cercanas, por lo que decidimos dispersarnos momentáneamente para huir mejor el peligro, dejando á la suerte la eventualidad de que uno de nosotros atragese sobre sí el aluvión de perros, para que su sacrificio redundara en beneficio de la libertad de los demás.

Á poco de emprender la marcha sonó un tiro desde una mata próxima, y una hermanita mía, que me precedía unos setenta pasos, cayó muerta. Yo me detuve sorprendido, y habiendo visto á un cazador salir de la mata donde partió el disparo con el cuchillo de monte desenvainado y dirigirse hacia donde estaba el cadáver de mi hermana, volví grupas, y gazapeando como un conejo, me interné en un grupo de peñascos y acebuches que había en las inmediaciones, y allí permanecí, casi sin respirar, una porción de tiempo, durante el cual presencié sucesos que no se borrarán jamás de mi memoria.

El cazador que mató á mi hermana, que después supe se llamaba D. Diego Muñoz Cobo Ayala, abrió en canal á la pobrecita con su cuchillo, y después de extraerle los intestinos y arrojarlos con desprecio al pie de una mata, ocultó el cadáver en otra y se volvió á su puesto, en el cual se sentó, se limpió las manos en los pimpollos de la mata que le servía de pantalla, sacó la petaca y se puso á liar un cigarro muy tranquilamente. ¡Qué ageno estaba de que yo me hallaba á unos cien pasos de él, observando sus inicuas maniobras!

Por el pronto quedó todo en silencio. Mis dos hermanitos que quedaban aun con vida, sin duda se habían detenido y ocultado como yo al oír el tiro de D. Diego; pero confiados en la quietud que existía en el lugar donde se encontraban, se volvieron á poner en movimiento, y á poco encontraron su muerte; uno de ellos producida por un señor cura, que llamaban Cordón, y el otro por el guarda de la dehesa.

De cinco hermanos que éramos, sólo yo quedaba con

vida, y para eso la tenía tan comprometida, que no daba por ella ni un cigarro.

Á poco se fueron reuniendo los cazadores, los podenqueros, los perros y las caballerías en el puesto de D. Diego, y al pie de un grupo de frondosos pinos, entre los cuales brotaba una cristalina fuente cubierta de zarzas, junqueras, adelfas y arrayanes, encendieron una gran lumbre, y al redor de ella entablaron animada conversación los cazadores.

Los criados preparaban la merienda. Los perros hicieron la rosca en las inmediaciones de la fogata, y D. Diego acariciaba á Clarín, á aquel indecente perro que nos echó de las camas y fué causa de nuestro exterminio.

De pronto surge una gran gritería de perros, y todos se dirigen á la vereda por donde habían llegado al hato los cazadores, y á poco aparecen por ella dos caballerías conducidas por otros tantos criados. En la primera venía terciada la cierva que ví pasar seguida de su gabatillo por las inmediaciones de mi cama al principio de la batida, y que según digeron mató un señor que llamaban D. Manuel Ayala, que estaba allí presente; y en la otra los cadáveres de dos de mis hermanos y los restos de la hermanita que coparon los perros, y que sin duda libraron de su voracidad los podenqueros.

Poco después de la llegada de las víctimas surgió otra gritería de perros, anunciadora de la aparición de otro personaje, que todos saludaron con gran regocijo y con no pocas chanzonetas. Era, según digeron, D. Rafael Suárez, un celebérrimo cazador de Ibros, que por el entusiasmo con que ejercía la afición y sus envidiables condiciones físicas, le llamaban sus compañeros y amigos *la fiera de Sierra Morena*.

El hombre había tirado, como quiso, al gabatillo de la cierva que se encontraba muerta en el hato; pero sea que al apuntarla se llenó *el ojo de carne* y no buscó el *raso de metales*, como decía D. Diego Cobo; ó sea que cargaba los cartuchos con hollín en lugar de hacerlo con pólvora de Cúrtis, como aseguraba otro señor que allí se hallaba y que llamaban D. Pedro Herrera, es lo cierto que el gabatillo se

fué á buscar nuevas guaridas, completamente ileso, según pudo observarse al reconocerse el tiro y su viaje de huída.

Después de comer todos un mejunje, que oí llamaban aceite y vinagre, y algunas otras viandas que sacaron de unas grandes alforjas forradas con pieles de venado, montaron á caballo los cazadores, y seguidos de la gente á pie y de los perros, se alejaron de aquel lugar de tan funestos recuerdos para mí.

Un detalle. Cuando los cazadores comían lo que ellos llaman postres, se le ocurrió á D. Manuel Ayala comer piñones de las piñas que había en los pinos de las cercanías, pero no siendo posible trepar á las ramas para alcanzarlas, se les ocurrió derribarlas á balazos. Muchas fueron derribadas por este procedimiento, pero todas caían hechas pedazos, y éstos se dispersaban tanto, que después costaba trabajo reunir algunos.

—Eso no tiene gracia, dijo uno de los cucones que acompañaban á los expedicionarios. Las piñas se derriban así.....

Y apuntando tranquilamente á una de ellas y disparándola, cayó intacta casi verticalmente, tronchada por el rabillo que la unía al árbol.

Un grito unánime de admiración y una nutrida salva de aplausos coronó esta famosa hazaña, que á mí me llenó de espanto al reconocer que el que la había realizado, era el vil asesino de mi madre, el de la escopeta de la garganta corvada, el bribón de Chiquiznaque, que Dios confunda y los lobos se lo almuercen.

III

En cuanto se alejaron los cazadores y con ellos el peligro de que algún perrito me olfateara y descubriera, empezó á serenarse mi espíritu y á volverme la razón que tenía atrofiada por las impresiones tan tremendas que había experimentado en pocas horas. La muerte desastrosa de todos mis hermanos me dejaba totalmente huérfano en el mundo.

No tenía con quién expansionarme ni con quién compartir mis afectos, precisamente cuando por mi corta edad, más necesitaba de compañía y de atenciones.

Estas reflexiones, unidas á que los cazadores permanecían en la dehesa con objeto sin duda de montearla toda, me decidieron á abandonar aquellos terrenos, y andar errante por otros en donde encontrara sosiego, y con él la posibilidad de vivir tranquilo entre mis semejantes.

Así es que poniendo en práctica mis designios, tomé aquella misma tarde las de Villadiego, y con el trote cochinerero propio de mi honorable raza, llegué al río Yleguas, que atravesé á nado, después hice lo propio con el Cabrera, y sin detenerme en toda la noche más que algunos ratos para comer y tomar alientos, me sorprendió el alba en la Umbría de los Albaricoques de la dehesa de Nava del Asno, en donde me eché rendido al pie de una frondosa chaparrera.

Allí permanecí todo el día pensando en las tribulaciones que pasé en el anterior, y animado algún tanto por la quietud tan absoluta que reinaba en los contornos de mi nuevo domicilio, me decidí, después de la postura del sol, á abandonar mi retiro y á salir á buscar alimento, que bien lo necesitaba.

La marcha la hice á campo traviesa y sin rumbo determinado, puesto que no conocía aquellos terrenos. Pero deteniéndome aquí y hozando allá, llegué á un raso que llaman de la Parra, en donde, con gran alegría, me encontré con un honorable barraco de la raza albar, ya veterano, que estaba allí retozando con una hembra de la misma raza, bastante aceptable, cuya pareja me recibió con el mayor agrado.

El barraco me propuso servirle de escudero, á lo cual accedí con gran placer, y desde aquel momento empezó á instruirme en mis obligaciones.

—Me acompañarás á todas partes, me dijo, y cuando nos pongamos en camino irás de explorador á 300 ó 400 pasos á vanguardia, si la marcha la hacemos de buenas, y á la misma distancia á retaguardia, si nos vemos perseguidos.

—Cuando nos echemos, lo harás á alguna distancia de mi cama, y siempre en sitios dominantes para vigilar mi reposo.

—Respetarás las hembras que yo elija, y estarás siempre

dispuesto á auxiliarme eficazmente en mis luchas, si necesitase de tu ayuda.

Instruido en mis obligaciones y dispuesto á cumplirlas como cochino honrado, desde aquel momento consideré á mi amo como el objetivo de mis desvelos, y me uní á él como la sombra al cuerpo.

Aquella noche la pasamos hozando en los rasos de la Parra y del Muerto, y después de amanecido nos despedimos del ama, que se fué sola á su guarida del cerro de la Lastra, y nosotros fuimos á echarnos á la Umbría de la Fuencuabierta, que no estaba lejos del mencionado cerro.

Así pasamos unos días sin que incidente alguno nos contrariase. El ama riñó con el amo, lo que hacía que por las noches, después de comer por aquellos rasos y apurar las aceitunas que se desprendían de los acebuches, nos dedicásemos á *flanear*, en busca de hembras que aceptasen nuestras nstancias.

Una noche extendimos nuestra ronda hasta los terrenos de Montealegre, y allá en el cerro de la Cabreruela, á orillas del río Cabrera, encontramos una marrana con dos lechones, algo más jóvenes que yo, que admitió gustosísima los galanteos de mi amo, y mientras ambos se expansionaban, yo intimaba con los lechones y retozábamos hasta hartarnos.

Al día siguiente nos fuimos á echar á la Umbría de los Albaricoques, no sin citarnos para la noche siguiente en el mismo lugar de la Cabreruela; pero no contábamos con la huéspedea, y ésta fué, que aquella tarde se presentó en el terreno una montería, que venía de la parte de Andújar con dirección á la casa de Nava del Asno, y al pasar por el menchón donde nos acostábamos, nos cercaron por todas partes.

Á mi amo no le hizo gracia semejante contratiempo, y á mí me entraron escalofríos y se me pusieron los pelos de punta, pues presentía acontecimientos análogos á los ocurridos en Navalamoheda; pero no había más remedio que resignarse y ver el modo de conjurar el peligro, ya que éste se nos presentaba de improviso y sin posibilidades de evitarlo.

Por fortuna nuestra había echadas en el menchón dos ciervas, que fueron las primeras con quienes toparon los perros, los que cargando todos contra ellas, desviaron la atención de los monteadores del sitio en donde nos encontrábamos, y aprovechando esta ventaja nos levantamos y pusimos en marcha muy sigilosamente, hacia el lado opuesto de donde venía la batida, yendo mi principal delante, y yo unos trescientos pasos detrás, según habíamos convenido.

En esta forma recorrimos un gran trecho cubierto de espesísimo bosque, y después entramos en una ladera que mucha parte de ella había sido quemada el verano anterior, pero que por no atravesarla al descubierto, cambiamos de dirección y seguimos á cubierto por la linde del monte verde y el quemado, en dirección al cerro de la Lastra.

Al llegar mi amo á un arroyo que había en el fondo de la ladera que recorríamos y al tomar la opuesta, sonó un tiro que me hizo detener aterrorizado, y á mi principal volver rápidamente sobre sus pasos y emprender desconcertado una vertiginosa carrera, precisamente por donde había más peligro, ó sea por el quemado de la ladera.

En cuanto repasó el arroyo volvió á sonar otro tiro y después otro y otros hasta nueve, y creo que hubieran sonado muchos más, si mi amo no dobla pronto una pequeña divisoria y se sustrae de la vista del cazador que los disparaba.

Yo no sabía qué hacerme. Cierto era que los perros distraídos con la batida que daban á las ciervas, y que yo sentía allá hacia el menchón del Escondido, me libraba por lo pronto de caer en su feroz codicia; pero ¿quién me garantizaba que á la vuelta de la carrera no husmearan mis rastros y me devoraran como hicieron con mi hermana en Navalámoheda?

Esta horrible hipótesis me desconcertaba, y hallando peligro en todas partes y faltándome resolución y experiencia para salir del apuro, tomé el partido de ocultarme lo mejor que pude en una espesa mata, y encomendándome á San Antón con gran fervor, esperé cosido á la tierra los acontecimientos.

Afortunadamente el crepúsculo se aproximaba, y para

que no sorprendiera la noche, apresuraron la marcha los montadores sin esperar á los perros, que aun seguían empeñados en la persecución de las ciervas, y con gran contento mío, sentí á poco tocar los caracoles y reunirse aquéllos y los podenqueros en la vereda que va á la casa, y que se halla á bastante distancia del sitio donde me encontraba.

El portillo había terminado, por lo que los cazadores que estaban apostados, abandonaron sus puestos, y algunos de ellos se reunieron en el del que disparó á mi amo. Éste era un señor de la provincia de Valencia, gran tirador, que había conquistado justo renombre cazando patos en la Albufera, y que siendo sus ilusiones cinegéticas matar una res en Sierra Morena, había hecho los imposibles por conseguir el logro de su ideal.

Llevaba una endiablada carabina Winchester de repetición, que hacía más fuego que un volcán, y con ella se proponía poner la ceniza en la frente á todos los afamados cuernos de Sierra Morena.

Sus compañeros de caza le hicieron observar que las armas de pequeño calibre no servían para matar reses, á no ser que las balas las hirieran en los órganos más importantes, y hasta le aconsejaron que llevara á los puestos, como arma principal, una buena escopeta de dos cañones calibre 12, cuyos proyectiles esféricos pesan 36 gramos, y que disparados con una carga de 5'50 de pólvora de Cúrtis número 6, producen horribles heridas, aun á distancias mayores de 150 metros.

Peró él decía que era amante del progreso, y que probaría que con su arma de once milímetros mataría reses á distancias desconocidas hasta entonces, destruyendo así las convicciones que sus amigos tenían, basadas más bien en la rutina que en la experiencia, y no hubo más remedio que dejarlo en sus trece.

Al reunirse los cazadores, examinaron los tiros, y observaron que desde el primero daba sangre la res, y que dicha sangre aumentaba al segundo y más al cuarto, pero que á juzgar por la forma de darla, no iba la res herida para morir en seguida.

Nuestro cazador, que era la primera res que tiraba, deseaba cobrarla, y al efecto, ofreció una buena cantidad al hijo del guarda de Nava del Asno, y éste se dió tan buena maña, que al poco rato de ponerse á rastrearla, se presentó en el ható reclamando una bestia para cargar el marrano, que había encontrado moribundo á una media legua del punto en que se le hirió. De los nueve tiros que se le habían disparado, hicieron blanco en su cuerpo siete balas.

De esta trágica manera murió mi principal. Yo presencié en mi escondite todas las maniobras concernientes á su rastro y oí las discusiones de los cazadores sobre las ventajas é inconvenientes de usar armas de pequeño calibre en la caza de reses.

—Con mi rifle, decía el cazador valenciano, he podido disparar á la res nueve tiros, y si no la pierdo de vista, le hubiera lanzado los doce del depósito; y, ¿qué res es la que resiste doce balas que le taladran el cuerpo, aunque éstas no le hieran los órganos más importantes?

—Convenido, objetó D. Diego Muñoz Cobo, que allí se encontraba. Pero ¿crée usted que siempre ha de tener ocasión de tirar á un cochino doce tiros y que éstos han de hacer blanco? ¿Crée usted que siempre se le ha de presentar la res en una ladera quemada en donde se le ven hasta las pezuñas, como ha pasado con la que acaba de herir? No, amigo mío, por la forma y modo de presentarse los cochinos en los puestos, es lo general que no pueda disparárseles más que un solo tiro, y cuando más, dos; por lo que conviene que ambos sean de potencia, para que la res sienta sus efectos y se rinda cuanto antes. Con las reses cervunas la cosa varía, pues sus relativas magnitudes y la dirección de sus viajes de huida, permiten, en muchos casos, repetirles varios disparos.

—De modo es, añadió el señor de Valencia, que usted no es partidario de las armas de repetición de pequeño calibre para cazar reses?

—Sí, concluyó D. Diego, pero solo usándolas como armas complementarias y para los casos como el de usted y para los que he indicado que pueden ocurrir con las cervunas.

IV

En cuanto traspusieron los cazadores por la vereda que conducía á la casa y quedó todo en silencio, empecé á formar proyectos de huida, y sin grandes esfuerzos de mollera adopté y puse en práctica en seguida la resolución de marchar á los terrenos de Montealegre, á unirme con la familia jabaluna, con quien tan buena amistad trabamos mi desdichado principal y yo.

La verdad era que me fué muy simpática aquella buena familia, y las muestras de afecto que me prodigaron, eran garantía para mí de que sería bien recibido y atendido. Por consiguiente, animado por tan lisonjeras esperanzas, tomé el trote cochinerero, y en poco tiempo me planté en la Cabreruela á orillas del Cabrera, en el mismo punto donde nos dimos cita la noche anterior.

Á mi llegada no encontré á nadie. Verdad es que era aun temprano; pero para cerciorarme de que no habían acudido aun á la cita, husmeé el terreno dándole una vuelta completa á bastante distancia, y quedé satisfecho de mi indagación. No habían acudido, por lo que para hacer tiempo, desenterré dos gazaperas que encontré por allí cerca, y me engullí los gazapos.

Á poco se presentaron la jabalina y los lechones; por cierto que venían muertos de miedo, porque al acercase al lugar de la cita, habían encontrado rastros frescos de lobos, y estos animalitos siempre son funestos y de mal agüero para nosotros.

La jabalina me preguntó por mi principal, viéndome obligado á contarle su reciente muerte, que oyó con gran pesadumbre, é impresionada con mi relato y con los temores que abrigaba por la presencia de lobos en las cercanías, me propuso abandonar el terreno y marchar á la dehesa de los Escoriales, de donde era ella oriunda, en cuya dehesa me aseguró que encontraríamos buen refugio y grandes medios de subsistencias, á lo cual accedí gustosísimo, pues estaba decidido á seguir á aquella buena familia hasta el fin del mundo.

Íbamos á poner en práctica nuestro acuerdo, cuando uno de los lechones que se había separado algún tanto de nosotros, dió un bufido de alarma que á todos nos sorprendió y puso nerviosísimos, y á los pocos momentos sentimos la aproximación de tres lobos que vertiginosamente corrían hacia nosotros, y que en su carrera se precipitaron sobre el lechón escarriado y empezaron á devorarlo.

En la imposibilidad de auxiliar al desvalido, y aterrORIZADOS por la presencia de las fieras, no pensamos más que en salvar nuestro pellejo, y al efecto pusimos pies en polvorosa, y atravesando los terrenos de Nava del Asno y los de la Virgen de la Cabeza, fuimos á ponernos bien al cerro de Estaca de Hierro de la dehesa de D.^a Rosa.

Allí nos echamos y tomamos alientos; pero como aun faltaban un par de horas para venir el día, y la verdad era que no se habían disipado nuestros temores de que los lobos una vez que hubieran devorado al lechón que coparon, nos siguieran los rastros é hicieran con nosotros lo propio, decidimos pasar el Jándula, como medio más seguro de interrumpir nuestra huella, y así lo hicimos sin vacilar, dándonos un buen chapuzón en sus cristalinas aguas, que á la vez que nos refrescó la sangre, templó nuestros espíritus.

Antes de tomar la orilla opuesta, seguimos nadando un gran trecho río abajo, precaución que me pareció muy prudente; y después de varios descansos en los islotes del río, tomamos el arroyo de los Escoriales, que seguimos un gran rato, y por último, pisamos tierra, y en un santi amén nos encontramos en la Loma de Mosquillilla de la dehesa de los Escoriales, objetivo principal de nuestra excursión.

En dicha dehesa disfrutamos de un bienestar admirable. Había mucha comida y gran abundancia de gente de mi raza; por las noches estaban concurridísimos los dos casinos que teníamos para nuestro recreo, el uno en el Horcajo del Moral, en el centro de las tres lomas, y el otro en la garganta de las Sepulturas. Á éste concurriamos todas las noches, y allí me hice de buenas amistades, y escuché consejos y referencias que me sirvieron de mucho provecho en mi vida futura.

Un viejo barraco de colmillos retorcidos, que tenía su domicilio en el cerro de las Sepulturas, y que no faltaba ninguna noche á la tertulia, me entretenía mucho contándome sus aventuras, pero la que más gracia me hizo fué una en que, según dijo, yendo perseguido por los perros, dió en el puesto de un señoritín muy bonito y almibarado que estaba escondido detrás de una mata, esperando sin duda asesinarlo con una magnífica escopeta inglesa de dos cañones que tenía en la mano, pero que en cuanto se presentó en sus inmediaciones, le entró tal miedo, que tiró la escopeta y se subió á un peñón, todo despavorido y temblando como un azogado.

Añadió, que cuando él se apercibió de la maniobra de su contrario, y lo vió subido en el peñón, aterrorizado, se paró por un momento para contemplarlo y admirar el traje tan reluciente que vestía, las flamantes polainas de piel de jabalí que calzaba, el artístico cuchillo de monte que pendía de su cinto, y sobre todo, la superior calidad de la piel de sus cartucheras, en donde sin duda almacenaba medio centenar de cartuchos de bala y de metralla, á juzgar por lo repletas que se veían las bolsas.

Concluyó diciéndome que de buena gana se hubiera echado al lado del peñón, como suelen hacer los toros bravos con las personas que burlan su persecución subiéndose á los árboles, y si no lo hizo, fué porque sentía á los perros muy cerca y le convenía sustraerse de su alcance.

Las continuas entrevistas que tenía en el casino con el barraco y las muchas pruebas de distinción que me prodigaba, hicieron que intimase con él y me convirtiera en su escudero, sin él exigirlo ni yo solicitarlo. La verdad era que se estableció entre los dos una corriente de simpatía tal, producto del paternal cariño que él me tenía, y de la gran admiración que á mí me causaba, que no sabíamos vivir el uno sin el otro.

La circunstancia de haberme quedado otra vez huérfano, pues la marrana con quien yo estaba unido se fué á la Loma del Medio á funcionar otra vez como madre, y el lechón se ajustó de escudero con otro cochino que solía acudir al ca-

sino muchas noches, y que de día se acostaba en el cerro de los Venados de la vecina dehesa de Cabeza Parda, contribuyó mucho á que yo intimase tan estrechamente con el marrano aludido, que me hizo abandonar mi refugio diurno en la Loma de Mosquililla y adoptar el de mi protector, que, como ya he dicho, lo tenía en Las Sepulturas.

Una tarde de Abril vimos llegar á la casa del Madroñalejo una montería procedente de Bailén, y esto, y el haber visto al Indio, el guarda de dicha dehesa, rastrear la mañana del mismo día la vereda de los Escoriales y las salidas de los Brecinales, nos hizo tomar la prudente determinación de mudar de hato y adoptar el que yo tenía antes en la Loma de Mosquililla. Y por cierto que no pudo realizarse el acuerdo con más oportunidad, pues al día siguiente montearon Las Sepulturas, y los cazadores hicieron una hecatombe con las infelices cervunas que allí se refugiaban.

En la Loma de Mosquililla pasamos un verano delicioso. Allí no se monteaba, porque según oímos una noche decir á Antonio, el guarda de los Escoriales, el dueño de la finca, que era el Marqués de la Merced, no tenía ya alientos para cazar, por no permitírsele su avanzada edad y sus achaques; y ya que no podía ejercer una afición que tanto le había dominado en su vida, y tan justo renombre le había hecho adquirir de buen montero, no daba permiso ni consentía que persona alguna, aunque fuera de su intimidad, cazara en la dehesa.

Así es que aquello era una iglesia segura para nosotros, y un refugio positivo, á la par que distraído, por las muchas reses de cerda que allí se criaban y guarecían.

En nuestro retiro de los Escoriales pasamos hasta mediados del mes de Agosto del año 1889, que con motivo de haberse pegado fuego en la Loma del Medio, y abrigando temores de que se propagara á la en que nosotros teníamos las camas, nos fué forzoso tomar el portante y trasladarnos á otros sitios más frescos, en donde hubiera agua para beber y para bañarnos, y como mi amigo conocía al dedillo aquellos terrenos, me llevó á la Umbría de Gangüeros, en la dehesa de

la Lancha, en cuyas inmediaciones se encuentra el Charco del Fraile, que forma parte del lecho del Jándula, y tiene agua en todas épocas.

Mucho sentí dejar los Escoriales, pues la verdad era que allí pasé casi año y medio, que puede decirse fué la temporada mejor de mi vida, pues aparte de las muchas y buenas subsistencias que allí había, se disfrutaba de una tranquilidad completa, y no le faltaban á uno buenas hembras con quienes expansionarse y retozar.

En este asunto cobraba el barato mi veterano amigo. Era una verdadera fiera cuando luchaba contra los que le querían disputar el derecho de pernada. Cierta noche se presentó un arochón muy baratero á disputarle una hembra de las que él galanteaba, y trabaron una lucha que hará época.

El arochón era valiente y tenía los colmillos bien afilados, por lo que arremetió á mi amigo con gran coraje; pero éste lo esperó tranquilo, y de un colmillazo le perforó dos costillas y parte de los pulmones. Él llevó también su correspondiente ración en una paleta, pero no pasó de la piel, y esta leve herida fué compensada con el placer de ver retirarse á su contrario para ir á morir no muy lejos del sitio de la lucha.

Escusado es decir que este señalado triunfo de mi amigo, acrecentó su fama de bravo y de galante entre las hembras, y por reflexión me aproveché yo de esta influencia, por lo que entre los dos disponíamos de un Serrallo más numeroso que el del Gran Turco.

En la Umbría de Gangueros permanecemos el resto del verano y todo el otoño. Algunas veces hacíamos escursiones por aquellas cercanías y visitamos el cerro de las Someras, la Umbría de Despeñaperros y otros sitios, y no pocas veces nos colamos en Valdeserranos por el Collado del Aire; pero estas escursiones duraban lo más dos días, al cabo de los cuales volvíamos á Gangueros.

Á principios de Noviembre, estando muy reposados en nuestras camas, nos encontramos desagradablemente sorprendidos por toques de caracol y ladrídos de perros, que nos hicieron comprender que estábamos copados por una monte-

ría; y en efecto, á poco se presentó un valiente perro en las inmediaciones de la cama de mi amigo, que al verlo sentado en ella en actitud de resistencia, ladraba furiosamente y castañeaba los dientes como si fuera un lobo hambriento.

Las voces de ¡macho, ahí, Artillero! de los monteadores y varios tiros que dispararon, animaron al perro, y con un ardor salvaje se arrojó sobre mi amigo, que sin abandonar su postura, le tiró un derrote que le abrió el cuello y cayó en tierra para no levantarse más.

Entonces abandonamos nuestro refugio, y seguidos de algunos canes que acudieron á los ladridos, nos encaminamos velozmente hacia la Umbría de Despeñaperros. Pero al pasar el arroyo de Gangueros sonaron dos tiros muy seguidos, que uno de ellos me atravesó una oreja, y otro fué á herir una pezuña de mi amigo. Esta contrariedad nos obligó á torcer nuestro viaje á la izquierda, y viendo en una quebrada del terreno varias caballerías paradas, y comprendiendo que el que las guardaba sería un criado sin escopeta, rompimos por este lado y escapamos de la línea de la postura, sin más percalce que los ya descritos.

Al vernos el criado, se subió aterrorizado á un alcornoque, y nos dejó pasar con el mayor respeto; pero al internarnos por un quemado, sentimos cuatro tiros, una de cuyas balas hirió á mi compañero en un jamón, que le hizo proferir un feroz gruñido, más bien de rabia que de dolor, porque tan desgraciado incidente le obligó á retardar la carrera, exponiéndose al alcance de los perros, que ya venían cerca.

En efecto, apercibidos éstos de que la res que perseguían iba herida, forzaron aún más la marcha, y á los pocos momentos la cercaron más de veinte. Los más valientes se arrojaron sobre ella como fieras, pero mi compañero empezó á repartir colmillazos, y en breve tiempo dejó á dos de ellos tendidos con las ansias de la muerte. Este espectáculo impuso á los demás perros, que no atreviéndose ninguno de ellos á luchar cuerpo á cuerpo, manifestaban su coraje ladrando desafortunadamente, siempre á honesta distancia de la res.

En esto llega un valiente cazador, que enardecido por

los lastimeros quejidos de los perros heridos, se precipitó cuchillo en mano sobre la fiera, sin tomar precauciones para llegar á ella, y ésta, como un rayo, le cortó el camino y le dió un derrote en una pierna que le hizo oscilar y caer en tierra.

Los perros, que hasta entonces estuvieron sin atreverse á entablar una acción definitiva, animados por el cazador, y más que nada por el ejemplo que les dió la intrépida presencia de otro perro que llamaban *Juaneca*, que sin vacilar se arrojó sobre la res y le hizo presa en una oreja, se precipitaron también sobre ella, y ya sujeta ésta, le cogió el cazador por una pata, y le hundió el cuchillo en el vientre, abriéndola en canal.

Yo seguí corriendo con toda la energía que pude, y bien pronto atravesé el quemado, que tan funesto fué para mi pobre compañero, y al meterme en el monte y observar que nadie me seguía, me embosqué en una espesa mata, y desde mi escondite presencié este horrible espectáculo, y después la cura de los perros heridos por el cazador que mató á mi compañero, que no era otro que D. Rafael Suárez, aquel señor que erró un gavato en Navalamoheda, y que D. Pedro Herrera decía que cargaba los cartuchos con hollín. Pero se conoce que si se dudaba de la bondad de sus cartuchos, en cambio nadie era capaz de dudar del temple del acero de su cuchillo, ni de la pujanza de su brazo para esgrimirlo.



Volví á quedar huérfano, pero ya era granadito, y bien podía buscarme la vida sin necesidad de ayuda. Los muchos episodios que me pasaron en los tres años que tenía de existencia, me habían hecho abrir los ojos y adquirir práctica en la vida nómada de la sierra.

El problema de la vida quedaba reducido á mirar ante todo por el número uno, y para ello, el medio más positivo era substraerse de la acción de las monterías y no refugiarse en los sitios querenciosos, que por su historia y condiciones los saben de memoria los cazadores y los montean constantemente. Así es que formé el decidido propósito de cambiar

frecuentemente de cama, y buscar ésta en los sitios que no causaran sospecha, y de huir como del demonio en cuanto oyese el sonido de un caracol.

Por lo tanto, aprovechando el que la montería se marchó á ojear el cerro de las Someras, emprendí la marcha resueltamente, y pasando por el Collado del Aire y por la ladera Sud de Valdeserranos, atravesé los Brecinales y fui á echarme al Cerro de la Tocha de la Nava de Martín Velasco. Yo no quería perder de vista á los Escoriales, en donde por experiencia sabía que se disfrutaba de paz octaviana, aparte de que allí se criaban muchas y buenas hembras con las que podía trabar íntimas relaciones en mis excursiones nocturnas.

Aquella noche, pues, me presenté en dicha dehesa, y mi primera visita fué á los contertulios del casino de la garganta de las Sepulturas, en donde me encontré alguna gente conocida, entre ella una linda cochineja, que admitió mis galanteos á las primeras insinuaciones. Á ésta le chocó el taladro que tenía en mi oreja izquierda, del cual me manaba aún alguna sangre, lo que me obligó á contarle el cómo me había sido hecho, y el episodio de la muerte de mi compañero.

Á éste lo conocían mucho en aquellos terrenos, por lo que despertó gran interés el relato de su heroica muerte, y á una damisela le costó enjugarse no pocas lágrimas.

En los terrenos del Madroñalejo, del Peral y de la Nava pasé el invierno muy divertido y acompañado de algunas hembras que conquistaba en los Escoriales.

Una noche me hicieron pasar un susto fenomenal. Me empuqué en sacar patatas de un patatar que tenía sembrado el guarda del Peral en los Brecinales, y apercibido éste de la merma del fruto y deseoso de escarmentarme, me acechó y me disparó dos tiros que afortunadamente no me tocaron las balas. Verdad es que yo lo olfateé á alguna distancia y salí de huida malográndole sus intentos.

También me pasó un lance horrible una madrugada del mes de Marzo. Me retiraba á la Umbría del Almez, algo tarde, porque me había entretenido con una amiga en las huelgas del Madroñalejo, cuando al doblar la cuerda que de

vista al Jándula, sentí una perdiz que cantaba admirablemente casi oculta en una mata. Algunas otras cantaban en las inmediaciones del sitio en que lo hacía la primera, y en mi deseo de ahuyentar á esta última y de hacer cesar tan escandaloso canturreo, me aproximé á la de la mata, que al verme, se cayó y empezó á moverse mucho y á dar saltos como queriendo levantar vuelo; y comprendiendo que el no hacerlo era porque estaría enredada en la mata, me aproximé á ella para cogerla y engullírmela. Pero no bien llegué á sus inmediaciones, salieron dos tiros de una mata próxima que me hirieron ambas posaderas, causándome poco daño, pero sí gran molestia, y salí disparado por el barranco abajo hacia el Jándula, que atravesé á nado, y sin detenerme, me fui á poner bien en lo alto del cerro de las Someras.

El que me disparó fué un cuquillero que estaba entretenido en asesinar perdices con reclamo en el puesto de alba. Mucho sentí la perdigonada que me propinaron en los jamones, que por espacio de algún tiempo me escoció bastante; pero más sentí no haber estrangulado al reclamo, para haber ahogado la diversión al cazador en los comienzos de la caza. Desde entonces, en cuanto oigo cantar á una perdiz, escapo por el lado opuesto para no ser víctima de otra acechanza semejante.

En las Someras estuve echado todo el día, y desde mi cama pude observar que por todas partes sonaban tiros, y en algunos sitios se repetían con frecuencia, lo que me hizo comprender que por efecto de estar en pleno celo las perdices, estaba infestado de cuquilleros todo el terreno; así es, que para no exponerme á correr un lance análogo al de la mañana, decidí abandonar mis guaridas circunstanciales, y refugiarme en las umbrías más cerradas del monte, que son ordinariamente inaccesibles á los cazadores de reclamo.

En su consecuencia, después de haber pasado la noche colacionándome en las orillas del riachuelo Sardinilla, me encaminé á la madrugada hacia la umbría de Mingo Ramos, en los terrenos de la Virgen de la Cabeza, y en lo más montuoso de un estrecho y hondo barranco, me eché cómoda-

mente. También había jaubleros en dicha dehesa, pero aunque yo los sentía tirotear por aquellas silletas, no me daban gran cuidado, dado el magnífico retiro que había elegido.

A fines de Marzo sentí llegar una montería á la casa del Coto, y firme en mi propósito de huir de todas ellas, abandoné aquella noche el terreno, pasé el Jándula, y al día siguiente fui á amanecer al cerro de las Sepulturas. Mi intención era internarme en los Escoriales, á cuyo terreno tenía singular afecto, pero había llegado á dicha dehesa el día anterior un rebaño de más de cinco mil machos cabríos, y tenía aquello infestado é imposible de refugio.

Por cierto que estando encamado en la ladera que mira á los Escoriales, presencié un espectáculo que me entretuvo agradablemente.

Llegó á la indicada dehesa el propietario del gran rebaño de machos cabríos, de que he hablado, y sin duda por el gozo de verlos reunidos ó por otros fines, es lo cierto que ordenó á los cabreros que concentraran el ganado en un sitio adecuado; operación que parece difícilísima, dado lo mucho que se dispersa este ganado en los montes, y la extensión de terreno tan considerable que, por lo tanto, ocupan las cinco mil cabezas.

Pero nada hay difícil cuando se tiene maña y práctica para realizar las cosas. En todos los rebaños de esta especie, se eligen para mansos cierta cantidad de machos, generalmente el quince por ciento, de los que presentan mejores condiciones de docilidad, y una vez educados por el mansero, se les pone una esquila y se les deja en libertad de hacer vida común como las demás cabezas del rebaño.

Los manseros son zagales muy diestros y de gran habilidad para el desempeño de su cometido, y su mayor orgullo estriba en maniobrar con los mansos y reunirlos á toques de silbido, como se reúnen los perros de montería al toque del caracol.

El mansero, pues, fué el primero que empezó á funcionar para lograr el deseo de su amo; y al efecto, se colocó en el centro de una extensa llanura, y metiendo los dedos de la

mano derecha en la boca, empezó á dar silbidos muy fuertes y estridentes, que escuchados por los mansos, acudieron presurosos á reunirse alrededor del zagal, con las cabezas hacia su persona; y había que ver más de setecientos mansos con sus esquilas, todos apelonados, haciendo esfuerzos para disminuir los espacios hasta conseguir formar una masa compacta, sin más estímulo que los interesantes silbidos del mansero.

Cuando éste comprendió que la unión era perfecta, cesó de silbar, y al quedar la masa inactiva, saltó por encima de los mansos, y andando por sus lomos, como si fuera sobre adoquines, se salió del círculo que le tenían formado, y ya en tierra, se echó al hombro su cayado y empezó á andar, siguiéndole docilmente todos los mansos, que por cierto armaban una cencerrada que aturdíá.

Los demás machos del rebaño, en cuanto se apercibieron de la marcha de los mansos, empezaron á bajar á escape al llano, y en poco tiempo se reunió toda la machada, que formaba un conjunto digno de verse, y cuando el dueño vió cumplidos sus deseos, dispersó el mansero á los mansos, y siguiendo el ejemplo las demás cabezas, se dispersaron también en todas direcciones.

Hago esta digresión, para exponer lo mucho que me chocó esta maniobra, que es tanto más de admirar, cuanto que se trata de animales, como los machos cabríos, que por sus instintos tienden siempre á la dispersión, y á andar por los terrenos más escabrosos y accidentados.

Los muchos y fieros perros que tenía el ganado, y que tuve ocación de ver cuando se reunió en la llanura, me hizo temer que éstos pudieran olfatearme y darme un serio disgusto, por lo que en previsión de que esto se realizara, tomé el partido de abandonar mi retiro de Las Sepulturas y trasladarme á las Calderas de Valdeserranos, que no están distantes, y en dicho lugar pasé el resto de la primavera y parte del verano.

VI

Á mediados de Septiembre emigré á la dehesa del Encinaje, eligiendo por alojamiento el Barranco de los Pinos. Allí tenía las grandes salidas para las viñas de la Centenera, que entonces estaban llenas de dorados racimos, por lo que pasé una temporada deliciosa, saboreando tan preciado fruto.

En dicho punto tomé de escudero á un marranete muy listo, que dijo era oriundo de la dehesa de Valdelagrana. Al pobrecito le había despedido su madre en el mes de Abril, y desde entonces andaba errante por la sierra, abandonado á sus instintos.

Le instruí en sus obligaciones y me prometió serme leal hasta la muerte, y habiendo terminado la vendimia en aquellos terrenos y deseoso de ir á otros en donde encontrara subsistencias, acepté las proposiciones del escudero, de trasladarnos á los terrenos de su nacimiento, y después de pequeñas estancias en los terrenos del Lugar Nuevo, Nava del Asno y el Peñón del Rosalejo, dimos fondo definitivamente en los de la dehesa de Valdelagrana, á primeros de Noviembre, refugiándonos en el Ojaranzal.

¡Buen refugio! Allí no faltaba bellota ni gente de mi raza con quien vivir en amigable compañía. Acostumbrado á los procederes absolutos de los dos marranos á quienes había servido de escudero, y crecido por los triunfos que obtuve en mis luchas con otros barracos, llegué á cobrar el barato en aquellos terrenos, y á ser el galán preferido de las hembras.

Me hice presuntuoso y hasta fanfarrón, y en mi desmedida confianza en sobreponerme á todos los peligros, me olvidé de que existían cazadores, perros y hasta lobos. Esta confianza en mí mismo fué mi perdición.

Una mañana, la del 11 de Noviembre, día de San Martín, me encontré copado por una montería. La noche anterior me había prevenido el escudero de la llegada de ésta al terreno, pero no hice caso, y aunque muchos de mis compañeros abandonaron prudentemente el Ojaranzal, y aun me

invitaron á que siguiera su ejemplo, permanecí en el terreno, para probarles que no temía á ninguna clase de peligros.

Hallábame en mi cama descansando de mi excursión nocturna, cuando se presentó un perro, que al verme, dió una pequeña huída y varios ladridos, que más bien parecían de miedo que de guerra.

—¡Pitofino, macho ahí! oí decir á un monteador.

É inmediatamente se presentaron tres perros más, que como el primero, ladraban á mi alrededor formando una orquesta desagradable. Después vinieron otros más y me formaron un círculo que estrechaban poco á poco, conforme acudía más gente canina y se apercebían de mi pasividad.

Uno de ellos se atrevió á mordirme en una pata, é indignado por esta agresión, arremetí con furia al primer perro que hallé á mano y le dejé muerto en el acto. Esto hizo aumentar el círculo y los ladridos, que se hicieron insufribles cuando vieron aquéllos que después de matar á su compañero, me senté tranquilamente en mis posaderas esperando otra agresión.

En esto sentí aproximarse un monteador, y estuve dudando si salir ó no á su encuentro; pero observando que éste se subió á una piedra y echaba una bala en su retaco, comprendí que contra un tiro bien dirigido no había defensa posible, y me decidí por la huída arrollando los obstáculos que encontrase en el camino, y así lo hice, abriendo un portillo en el círculo que me formaban los perros, que costó á dos de ellos quedar muy mal heridos.

Yo seguí disparado, escoltado por más de veinte canes, que animados por mi huída, por las voces de los monteadores y por los tiros que éstos disparaban, me seguían como fieras, armando una algarabía infernal.

Mi marcha era cuesta abajo, por lo que fué fácil adelantarme á mis perseguidores é interponerles un arroyo cubierto de zarzas y de malezas, que los canes se resisten casi siempre á atravesar. En el arroyo me bañé y tomé alientos, y en seguida continué mi marcha, agua abajo sin dejar la caja, para despistarlos.

Cuando había recorrido un buen trecho de la caja del arroyo, salté á la orilla derecha y me embosqué en una frondosa mata de arrayán, con ánimo de dejar pasar los perros y escapar después por uno de los costados.

Los perros pasaron el arroyo todos latiendo, y siguieron haciéndolo en la dirección que yo había iniciado á mi arranque; doblaron una pequeña divisoria y se internaron en una quebrada muy cerrada de monte. Entonces me levanté, y gaxapeando como un conejo, me escapé por la izquierda de mi primitiva línea de marcha, muy satisfecho de mi estratagemá y contentísimo de verme libre de tan escandalosa y molesta comitiva.

No había andado trescientos pasos, cuando sentí dos tiros muy próximos, una de cuyas balas me atravesó los riñones, dejándome inactivo de los remos traseros, y por consiguiente imposibilitado de huír.

Á los tiros acudieron varios perros de los que volvían de la *dicha* falsa que siguieron, uno de los cuales, que era de los llamados de presa, se me colgó á una oreja, y me complacé en abrirle el vientre de un colmillazo, despidiéndolo después de muerto á gran distancia.

Pero á los pocos momentos se reunió á mi alrededor tal cantidad de canes, que me veía y deseaba para librarme de sus ataques.

Aquellos que lo hacían de frente los tenía á raya, defendiéndome con la cabeza; pero los que me atacaban por la espalda, lo hacían impunemente, por no poder revolverme. Éstos me desgarraban las heridas, me arrancaban la carne y se la comían en mi presencia, sin que yo pudiera escarmentarlos.

Mis sufrimientos eran horribles, y para colmo de desdichas observé que el cazador que me disparó, y que no se había atrevido á moverse del puesto hasta que me vió acosado fuertemente por los perros, cargó la escopeta, salió del puesto, y aproximándose por mi espalda, me puso la boca de los cañones en la nuca, disparó, y..... ¡aquí concluyó mi existencia!

Como escudero que era del valiente jabalí, cuyo relato de su vida y detalles de su muerte acaba él mismo de describir, afirmo, completando así, esta relación, que quien lo mató fué un novel cazador de Córdoba, que por primera vez se metía en un puesto de reses, y fué tal la alegría que le asaltó al ver á mi amo muerto, que empezó á bailar ante el cadáver, como el más aturdido saltimbanqui.

Las dos escopetas próximas acudieron al sitio del suceso, y allí lo abrazaron y felicitaron, recordándole al propio tiempo que había que festejar el noviazgo, á cuya advertencia asintió gustosísimo. Después se reunieron en el mismo puesto las demás escopetas, los podenqueros y los perros, y todos los expedicionarios felicitaron al matador, que no cabía en sí de gozo.

Se acarició mucho á Pitofino y se lamentó la muerte de tres perros y las heridas de otros cinco más, acaecidas en la lucha con mi difunto principal. A los heridos se les cosieron y curaron las heridas allí mismo, y seguidamente se cargó en una bestia el cadáver del cochino, y precedido de los cazadores, podenqueros y perros, marcharon éstos á batir otros terrenos.

Yo presencié todo este espectáculo desde un cerro próximo, y á pesar de que mis nervios estaban excitadísimos por los incidentes de la batida y por un gran susto que llevé, ocasionado por dos tiros que me dispararon sin resultado al atravesar la línea de escopetas, no perdí detalle de los concernientes á la lucha y muerte de mi amo. Tal era el interés que me causaba el desarrollo de tan terrible drama.

Cuando quedé solo, me alejé lentamente de aquellos lugares de tan lúgubre recuerdo, haciendo reflexiones en el camino sobre lo expuesta que está siempre nuestra existencia, aunque nos esforcemos en conjurar los peligros que por todas partes nos cercan. El principal es indudablemente el amor desenfrenado á las hembras. Este fué el móvil principal que causó la muerte á mi amo.

¿Me servirá de escarmiento? ¡Quién lo sabe!

Por el pronto prometo ser casto, y tratar de desmentir con mi morigerada conducta, que tiene sus quiebras aquel proverbio que dice: *A cada cerdo le llega su San Martín.*

Por la copia,

Pedro de Morales Prieto.

Actas de aprobación.

Nota núm. 1.

Reunidos el veinte de Octubre de 1903 en la dehesa de Nava del Asno de Sierra Morena, los infrascriptos cazadores de sangre, de fervor é impenitentes, saborearon en agradable solaz los seis párrafos del apéndice, hecho por el Excelentísimo Sr. General D. Pedro de Morales Prieto, á su novela original sobre caza, LAS MONTERÍAS EN SIERRA MORENA Á MEDIADOS DEL SIGLO XIX, cuyo apéndice lleva por título HISTORIA DE UN JABALÍ DE SIERRA MORENA, CONTADA POR ÉL MISMO, y poseídos de verdadero y positivo entusiasmo, felicitan con toda su alma al ilustre é inspirado autor de tan entretenida como ingeniosa historia, en que campean de modo admirable la singular inventiva, los recursos de imaginación, la dicción notablemente castiza de la lengua Castellana, los conocimientos al detalle de Sierra Morena, y sobre todo los entusiasmos y sentimientos todavía juveniles del gran cazador y montero, que Dios conserve muchos años, para gloria del arte venatorio y ejemplo de aficionados.—Afectuoso saludo y estrecho abrazo de sus amigos y entusiastas de su nombre, Diego Muñoz Cobo Ayala.—Juan Serrano.—Joaquín Martínez.—Cobo Jiménez.—Diego Martínez.—Rafael Suárez.—Juan Suárez.—Miguel Suárez.—Luis Juárez Garrido.—Por todos los guardas, monteadores, escopetas negras, hateros por no saber firmar, Diego Muñoz Cobo Ayala.

Nota núm. 2.

Excmo. Sr. D. Pedro de Morales Prieto.—Reunidos en la dehesa de Valdelagrana de Sierra Morena el quince de Noviembre de 1903, los lectores de la HISTORIA DE UN JABALÍ DE SIERRA MORENA, CONTADA POR ÉL MISMO, todos monteros de pura sangre, llenos de entusiasmo por la veracidad que respira, la galanura de estilo y tecnicismo clásico, aun sin tener el gusto, algunos de ellos, de conocer á su ilustre autor, le envían sus plácemes por tan linda obrita, y con ellos el deseo de conocerle, tratarle y recibirle en esta casa, surgida á la vera de la choza de Quilino, el decano de los guardas de Sierra Morena, en esta dehesa que tiene la honra de ser dueña de la mancha del Ojaranzal, en que finiquitó el jabalí de su bien escrita historieta, y en un momento en que figura entre las escopetas negras el tuerto del derecho, el marrullero y simpático Chiquiznaque.—Luis Hernández Gómez, de San Lucar de Barrameda.—Francisco Ruiz Alvarez, de Jaén.—Manuel Ruiz Córdoba, de Jaén.—Manuel F. Villalta, de Jaén.—José Alvarez Capra, de Madrid.—Rafael Suárez, el Rey de Sierra Morena errando venados, de Ibros.—José de la Matta, de Sevilla.—Florentino Sotomayor, de Córdoba.—Señor de Rueda, de Córdoba.—Luis Bertodano, de Madrid.—Fernando Fernández, de San Lúcar de Barrameda.—Don Luis y D. Manuel Perales, del Marmolejo.—Alfonso Cárdenas, de Belalcázar.—Antonio Díaz, el Andaluz, de Córdoba.—Luis Bertodano, de Madrid.—José Fernández Portero, de San Lúcar.—Por todas las escopetas negras, háteros, cocineros, monteadores, perros y reses, por no saber firmar, Diego Muñoz Cobo Ayala,

ÍNDICE

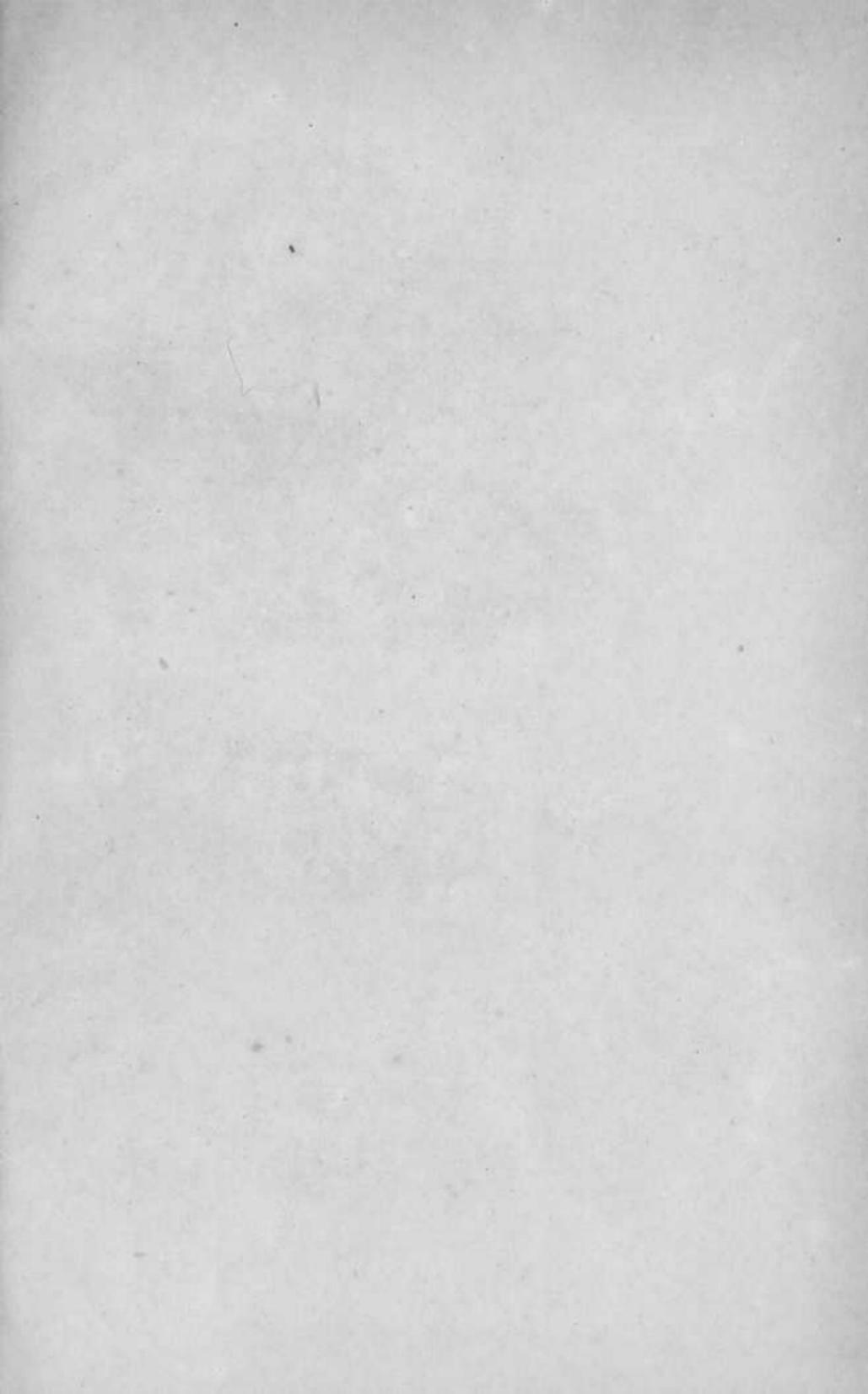
Párrafos.	—= MATERIAS —=	Páginas.
I	Descripción de los elementos inherentes á toda montería.....	5
II	Retrato de los cazadores más importantes....	15
III	Preparación de una montería.....	22
IV	Descripción geográfica de la cuenca del río Jándula y del curso del de la Cabrera....	31
V	Salida de la expedición de Arjona y marcha á Sierra Morena.—Merienda en el raso de los Arrayanarejos.....	38
VI	Llegada á la dehesa de Montealegre.—Instalación de la montería en la choza del guarda y en sus alrededores. — Primer Consejo de Ministros.....	45
VII	Despertar alegre.—Desayuno de los expedicionarios y municionamiento de la gente auxiliar.—Batida al cerro de las Minas....	57
VIII	Batida al cerro de D. Simón.—Explicaciones de D. Diego Manuel.—Segundo consejo de ministros.....	72
IX	Batida á la Cabreruela.—Excelente comportamiento del perro del guarda de Montealegre.....	88
X	Batida al Cerro del Mortero.—Chasco que le sucedió á D. Pedro Herrera en este portillo.—Cardera se hace novio.—Continúan las explicaciones de D. Diego Manuel.—Tercer consejo de ministros.....	97

XI	Noche toledana. — Ejercicios de floreo. — Triunfo del señor cura. —Caza de conejos. —El reclamo de perdiz del guarda.....	108
XII	Fracaso de la batida al Lanchar. —Detalles sobre la distribución de las comidas á los perros. —Curiosos detalles sobre las costumbres de las perdices. —Relato de una aventura de caza mayor y descripción del primer puesto hecho por un cazador novel en la caza de perdices con reclamo.....	119
XIII.	Traslado del rancho á la Centenera. —Batida á las Vueltas del Molinillo y al barranco de la Parra.....	135
XIV	Descripción de la casa en donde se estableció nuevamente el rancho de la expedición. — Vista y fallo del proceso de Cardera. — Baile y juerga monumental.....	143
XV	Batida á los valles de los Desmontados y Valpeñoso.....	152
XVI	Relato de dos lances de caza ocurridos con circunstancias extraordinarias. — Torna-boda del noviazgo de Cardera.....	164
XVII	Batida á Valcabero. — Brillante acción del señor cura.....	177
XVIII	Batida á Valdelmedio.....	189
XIX	Marcha á Arjona de la expedición y entusiasta recibimiento que le hizo la «Sociedad de Labradores».....	198

APÉNDICE

Historia de un jabalí de Sierra Morena, contada por él mismo.....	207
Actas de aprobación.....	237







SIBABA

HOARNA